

Hélène Bonnaud

El inconsciente del niño

Del síntoma al deseo de saber



Título original: *L'inconscient de l'enfant*

© Navarin/Le Champ freudien, 2013.

© de esta edición digital: RBA Libros, S.A., 2018.

Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

www.rbalibros.com

REF.: GEBO499

ISBN: 9788424938123

Composición digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Todos los derechos reservados.

Índice

PREFACIO

EL INCONSCIENTE DEL NIÑO

OBERTURA

1. EL NIÑO, DESAFÍO DE LA MODERNIDAD

EL NIÑO, ¿UN SUEÑO PARA TODOS?

DESEO DE NIÑO

ELEGIR EL PSICOANÁLISIS LACANIANO

2. NIÑOS EN ANÁLISIS

EL SÍNTOMA ES UN DECIR

LA DEMANDA INCONSCIENTE

MADRES SOBREPROTECTORAS

AUSENCIA O PRESENCIA DEL PADRE

TRAUMA Y TRANSMISIÓN

LA TRANSFERENCIA Y EL ACTO ANALÍTICO

3. LUGARES PARA DECIR LOS VÍNCULOS

EL PSICOANALISTA Y LA INSTITUCIÓN

NO HAY CLÍNICA SIN ÉTICA

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

AGRADECIMIENTOS

NOTAS

Sí, el niño por nacer está ya, de pies a cabeza, rodeado por esta hamaca de lenguaje que lo recibe y al mismo tiempo lo aprisiona.

JACQUES LACAN, *Las claves del psicoanálisis*
Entrevista en *L'Express*, 31 de mayo de 1957

PREFACIO

por

JACQUES-ALAIN MILLER

Este libro hará época, y no será únicamente por su título. Busquen en Google «el inconsciente del niño», no van a encontrar nada, fuera de fórmulas aproximadas. Hagan la misma experiencia en Amazon y obtendrán el mismo resultado. Nadie hasta Hélène Bonnaud había puesto a un libro el título en cuestión.

Hay una razón para ello. Y es que los psicoanalistas no están muy seguros de que los niños tengan un inconsciente digno de tal nombre. No hay inconsciente sin represión. Ahora bien, la represión comienza con el periodo llamado «de latencia». Después, es seguro que hay inconsciente. Hasta ese momento, se duda de ello.

Hélène Bonnaud tiene otra noción del inconsciente, que le viene de Lacan, de su análisis y de sus controles conmigo, de su práctica con los niños. Es el inconsciente real, el inconsciente como imposible de soportar. Están las formaciones del inconsciente, que se descifran, que producen sentido. Pero está también lo que hace agujero, lo que está de más, lo que hace *tropmatisme* o *troumatisme*.¹ La defensa, como decía Freud, no tiene la estructura de una represión. Está antes que ella. El *parlêtre* se encuentra directamente allí, crudamente, confrontado a lo real, sin interposición del significante —que es cataplasma, ungüento, medicamento—. El delirio, decía Freud, es un intento de curación. ¿Cómo *molestar la defensa*? Esta es la cuestión mayor que la práctica plantea a una analista.

Para muchos, la defensa está fuera de su alcance. Incluso ni la perciben, no saben que existe, no conocen del inconsciente más que lo simbólico; incluso, para los más zoquetes, lo imaginario. Hélène se refiere a ella constantemente. En el niño, sucede que se interviene cuando la defensa no ha cristalizado todavía. Tal situación ofrece una oportunidad que hay que aprovechar. El sujeto sale aplastado de su encuentro con el lenguaje, sepultado bajo el significante que lo colma. Él renace, *born again*, del llamado

hecho a un segundo significante. Ahí está entre dos, reprimido, deslizándose, *ek-sistant*, sujeto barrado y que se barra. Si el analista consigue hacerse este segundo significante, consigue milagros con el niño.

Todas las culturas prevén procesos destinados a hacer nacer o renacer al sujeto por la imposición de un significante suplementario. Para ello, se grava, se corta, se agujerea, se suturan trozos de cuerpo: circuncisión, bautismo, infibulación, etc. Más tarde, es el Bar y la Bat Mitzvah, la comunión solemne, todo tipo de ritos de iniciación. Están los de los francmasones, los de la mafia, están los sacramentos. Son siempre tejemanejes, remilgos, chanchullos con el significante. El significado no está muy claro, pero justamente eso se percibe con más facilidad.

La iniciación es lo contrario de las Luces. Todo reposa en la tradición, que se sacraliza. Porque durante siglos se pasaron de mano en mano significantes de los que no se comprendía nada. ¿Debería venerar esto? ¡Ah! *Non possumus*. Volteriano soy, como se ve, aunque puedan decirme que adoro lo absurdo. Yo respeto, que ya es mucho. Es decir que guardo mis distancias. No me imagino que la risa sea suficiente para vencer a los ídolos, que vi restablecidos después de la Gran Revolución. Soy volteriano pero no de la edad de Voltaire: de la de Stendhal, más sabio para haber visto el retorno en lo real de lo que fue forluido de lo simbólico —Dios, la monarquía, la aristocracia—. La descristianización de Francia no resultó ser exactamente un éxito. La de Rusia tampoco. No hablemos ya de la *desconfucianización* de China. En cuanto a lo volteriano de la edad de Flaubert, que es el señor Homais, me resulta vomitivo.

Volvamos al niño. Alrededor del «matrimonio para todos»,² nombre ridículo, es el *choeur des pleureuses*: «¡El niño —dicen ellos—, el interés del niño! ¡Ataque a la filiación! ¡Vergonzosa mercantilización de los cuerpos!». No estamos hablando de la misma historia del mundo. ¿Dónde están ellas cuando se las necesita, estas asociaciones que reclaman indemnizar a los descendientes de los esclavos? El comercio de los seres humanos es también algo más viejo que la humanidad. El primer vínculo social es el amo y el esclavo. Jean-Jacques señala el inicio de la sociedad civil a partir del enunciado: *Esto es mío*. Pero este *esto* no era un cercado, era el cuerpo del otro. Pues es a partir de su cuerpo como se les atrapa a ustedes, señores míos.

Ojeaba hace algunos días un libro que celebraba en el Congreso de Viena la refundación de Europa, como pudo hacer en otro tiempo Harold Nicolson. Siendo todo lo stendhaliano que soy, odiando a Metternich y a Spitzberg, admito que la concepción

del equilibrio de los poderes tiene algo de grandeza; un Kissinger hace de ello el alfa y el omega de la gran política. Pero estos grandes tratados establecidos a partir de ruinas formidables, de Westfalia o de Berlín, esenciales en efecto para nuestra civilización, consistían en hacer un corte en la carne de los pueblos y distribuirlos sin pedirles su opinión. Esto no fue diferente en París, en 1919. Observemos a Clémenceau, Lloyd George y Wilson, trío siniestro y estúpido tal y como se demuestra en el libro notable de Margaret MacMillan, *París, 1919. Seis meses que cambiaron el mundo*. Es a partir del comercio de los pueblos que durante siglos se construyó el orden de Europa. Pero basta con que se hable de PMA y de GPA para que se clame contra la mercantilización de los cuerpos.

«El hombre nació libre, y por doquier se encuentra sujeto con cadenas». Nada más falso que esto. El hombre nació con cadenas. Es prisionero del lenguaje, y su estatuto primero es el de ser objeto. Causa de deseo de sus padres, si tiene suerte. Si no, desecho de sus goces. Hoy, los progenitores por venir comienzan por un estudio de costes antes de ponerse a la labor de producir un ser humano. Si la natalidad francesa es próspera se debe en parte a las sensatas disposiciones del legislador. La política es de entrada una regulación de las poblaciones, «biopolítica», dice Foucault muy acertadamente.

El *Baby Business* está en su apogeo. Este es el título del libro de Debora L. Spar, subtulado *Cómo el dinero, la ciencia y la política condicionan el negocio de la infertilidad*. Hombres y mujeres políticos, lo peor sería que ustedes cerrasen los ojos para continuar soñando en un mundo ideal en el que *papá respuntea y mamá cose*.* Sepan dirigir una mirada valiente sobre lo real. Solamente entonces tendrán la oportunidad de actuar por las libertades.

Bangor, 15 de marzo de 2013

EL INCONSCIENTE DEL NIÑO

OBERTURA

Me encontré con el psicoanálisis al tratar con niños en los inicios de mi práctica. A la cita, acudió la angustia, que indica que el objeto del que se trata es consistente, absoluto. El niño me tocaba de lleno, pero yo no lo sabía todavía con certeza. Por otro lado, la única experiencia de la infancia que tenía era la mía. Si bien esta me resultaba pasada y ya lejana, estaba sin embargo convocada en mi análisis. Fue en este lugar donde descubrí la importancia de la palabra y de la verdad —no la verdad objetiva de mi historia, sino el encadenamiento lógico de los acontecimientos de mi vida con lo que yo fui para el deseo del Otro.

El encuentro con la obra de Freud, al final de la adolescencia, no había hecho más que reforzar mi deseo de saber un poco más sobre la cosa. Quería saber cómo funciona esta ventana oscura que llamamos inconsciente. Mi primera lectura de Lacan fue algo más tardía. Compré un libro titulado *Scilicet*, que llevaba como subtítulos dos frases: «Tú puedes saber», y justo debajo, «Lo que piensa la École Freudienne de París».¹ Empecé mi propio análisis precisamente a partir de esta idea de *poder saber*.

Ha llegado para mí el momento de transmitir este «tú puedes saber» encontrado en el margen de mi práctica. Después de años de experiencia, mi curiosidad se mantiene viva. Acoger al otro es todavía lo que motiva mi presencia, de la misma manera que la certidumbre de que la palabra cuenta. De hecho, se trata de una práctica exigente y delicada que pone el juego el propio deseo. A veces es muy difícil saber cómo actuar ante los niños y ante sus padres, soportar sus angustias, sus expectativas o sus excesos...

Este libro se dirige de entrada a aquellos que se preguntan lo que es la práctica psicoanalítica con los niños cuando esta se inscribe en un marco terapéutico; cómo se sirve ella de los conceptos del psicoanálisis para orientar su acto. El anudamiento entre teoría y práctica me parece indispensable. Sin este anudamiento, la práctica se vuelve rutinaria, o peor aún, se lleva a cabo para solucionar una cuestión que quedó sin resolver. La práctica analítica no está fundada en la escucha del otro, aunque realmente lo

parezca. Se apoya en el inconsciente y en la estructura que lo determina, y hace del síntoma una manifestación de su existencia. Es por el hecho de que un sujeto sufre sus síntomas por lo que el encuentro con un psicoanalista puede resultar necesario.

El psicoanálisis debe transmitirse sin la jerga que le perjudica. En este libro, he intentado mostrar, más que instruir; declarar algo una práctica más que teorizar sobre ella. Porque *creer en el inconsciente*² —fórmula que Lacan utiliza para indicar que se trata de una creencia fundada en una decisión del sujeto— tiene consecuencias. La escritura de este libro es una de ellas.

EL NIÑO, DESAFÍO DE LA MODERNIDAD

EL NIÑO, ¿UN SUEÑO PARA TODOS?

El niño nunca tuvo hasta hoy un lugar tan importante en nuestra cultura. Es un claro desafío social, político y económico. Él hace presente una fuerza que mantiene vivo el vínculo familiar y representa en sí mismo un mensaje de amor y de esperanza. Funda la idea de la familia como estructura que lo acoge y lo cuida. Él es el producto de una pareja nueva, portadora de un deseo asumido. Si bien la idea de la pareja actual ya no se acompaña de los ideales de fidelidad y de eternidad, se ve reforzada la pareja de padres fieles a sus hijos. Estas nuevas familias son una invención de nuestra época. El niño es la causa de ello.

FAMILIA IDEAL, FAMILIA SÍNTOMA

Mi hipótesis es que la familia contemporánea es un síntoma. La familia freudiana, tradicional, ya no existe. El declive del padre es manifiesto, y su autoridad está en vías de extinción. La pareja heterosexual ya no constituye la base. La familia cobra formas nuevas: monoparentales, recompuestas, homoparentales, etc. Las familias no dejan de sorprender por su diversidad. Antes se definían a partir de las leyes del parentesco y de la función paterna que ordenaba la ley del deseo. El complejo de Edipo verificaba la posición del niño en la pareja parental y condicionaba una elección sexuada por medio de la identificación con el padre del mismo sexo: o niña o niño.

Esta lógica no está por otra parte totalmente superada; los efectos del Edipo son todavía identificables en numerosos casos. Pero los avances de la ciencia ofrecen en estos momentos nuevos medios para convertirse en padres. Intervienen sobre todo en la fecundación, en la verificación genética, fabricando así problemáticas inéditas. ¿Quién es el padre? ¿El progenitor o bien aquel que educa al niño? Otras cuestiones similares se plantean más adelante, también para la madre. Todos estos cambios radicales —que

comportan implicaciones jurídicas complejas— remueven los cimientos de las referencias simbólicas tradicionales.

Sostengo la idea de que la familia —incluida en estas nuevas versiones contemporáneas— es un significativo amo del psicoanálisis. Este significativo encarna la historia del sujeto, la historia como efecto del inconsciente, del que la repetición y las identificaciones son los pilares. En este sentido, se puede decir que la familia fue y sigue siendo uno de los síntomas del psicoanálisis, su ombligo, su vía de investigación. Desde que no se sostiene ya esta hipótesis de la familia como nudo de significaciones, se deteriora una cierta concepción de la libertad del sujeto en tanto que actúan en connivencia con la palabra.

El ataque que se desplegó contra el psicoanálisis en el momento de la publicación del informe del INSERM,¹ más tarde con el *Libro negro del psicoanálisis*,² me sorprendió. Aunque en la prensa, los conductistas atacaban al psicoanálisis y los estudios supuestamente serios cuestionaban su método y su eficacia en los tratamientos, me parecía que no había ninguna razón para no abordar al niño freudiano. Este niño, al que he calificado como «freudiano», es, en efecto, el niño del deseo erigido como ideal, el niño del que el psicoanálisis hizo un sujeto de pleno derecho, atribuyéndole el poder de pensar, de sufrir, de amar y de ser escuchado como tal.

Este niño freudiano creció con esta ideología de la palabra, una ideología que hoy molesta. De la misma manera que los síntomas tienden en estos momentos a ser reducidos a comportamientos negativos, como si no fueran más que malos hábitos, el niño es objeto de una nueva lectura, que se pretendería científica por el hecho de que opera a partir de los progresos de la imaginería cerebral. Los exámenes por IRM o por escáner permiten saber muchas cosas sobre la actividad cerebral, pero no detectan para nada la causa de los síntomas. El psicoanálisis busca, en cambio, elucidar la causalidad inconsciente implicada en su formación. En efecto, los síntomas tienen un sentido particular y, más aún, una función: conciernen al sujeto que se queja de ellos y están regidos por leyes precisas.

El descubrimiento del inconsciente muestra el impacto de los primeros años de la vida en la construcción de un sujeto. El niño es el objeto mismo de esta invención. Es la prueba lógica de ello, su marca estructural. Freud lo señaló en su teoría de la represión. Mostró que los síntomas histéricos tenían su fuente en escenas infantiles olvidadas. Planteó la increíble hipótesis de que hay una correspondencia, una relación causal, entre

el síntoma que sufre un sujeto y el recuerdo traumático que se le asocia. Yendo al encuentro de este recuerdo olvidado, descubrió que el hecho de hablar de sí mismo conducía al analizante a hablar de su infancia, de sus padres y de sus primeras experiencias infantiles. Ahí se desveló el origen de un conflicto psíquico que ponía en juego al niño en sus recuerdos, a veces completamente desconectados de su realidad actual, incluso en situaciones de la vida consideradas como banales y que, sin embargo, contenían una verdad olvidada. El inconsciente esclareció el hecho de que la infancia es el receptáculo de experiencias decisivas que marcan el psiquismo del sujeto.

Nunca antes se habían depositado en el niño tantas esperanzas. Él encarna en sí mismo una prueba de la felicidad de la que todo el mundo tiene derecho. No es sorprendente que este niño portador de goce no esté siempre a la altura de la satisfacción esperada. El niño está a menudo sobreinvestido y conminado a responder al ideal que él simboliza. Cuando pierde este lugar, se vuelve un síntoma familiar.

Para alcanzar esta perfección, el niño debe responder a normas cada vez más codificadas. Debe adaptarse a las situaciones más complejas de su existencia, sin manifestaciones sintomáticas. Si fracasa en ser «normal», entra entonces en el triste mundo del trastorno psíquico y de sus evaluaciones.

TRANSPARENCIA ENGAÑOSA

Encubierto de «transparencia» y de prevención, el niño es entonces encasillado, identificado, medido, comparado. Pero ¿para qué sirve secretamente la llamada transparencia, este cuidado en no esconder ni ocultar nada, sino para preservar a aquel que tendría el saber? Algunos médicos se tomaron el asunto en serio y respondieron a esta obligación de revelar y de predecir los efectos de los tratamientos, así como los pronósticos en términos de vida, de muerte y de discapacidad. Hemos pasado de una posición médica que velaba por el sujeto y tenía en cuenta su palabra, a una posición de objetivación absoluta por parte del saber médico, que crea un *impasse* en la palabra del sujeto. De golpe, existe un deber de nombrar la enfermedad, de enunciar un saber que vale como verdad absoluta y de prescribir el tratamiento definido como única respuesta posible a la enfermedad constatada. Así, uno se evita el riesgo de que le acusen de haber disimulado un diagnóstico y, de ese modo, haber engañado a pacientes y padres.

La transparencia sostiene así la idea de clasificación. En efecto, esta concepción identifica grupos de personas bajo un significante que los nombra por sus síntomas; los toxicómanos, los bulímicos, los depresivos, etc., inscriben su singularidad en nombre de una diferencia llamada «trastorno» o «hándicap». Encuentran su lugar en la sociedad, que les empuja a existir y les otorga sus derechos en tanto que enfermos. La transparencia es el nombre de un nuevo modo de saber que trata el sufrimiento humano por medio del reconocimiento del síntoma, que funda la discapacidad.

En cambio, el psicoanálisis cuestiona y busca con los padres cómo responder al síntoma en tanto que él es una particularidad del niño. El psicoanálisis les ofrece también un lugar donde decir su propio sufrimiento, su propia angustia, frente a las consecuencias ligadas a la patología de su hijo. La búsqueda de la causalidad psíquica ha dado ciertamente lugar a una culpabilización de las madres, que retorna hoy en forma de odio hacia el psicoanálisis. Ahora bien, la cuestión no es acusar, sino entender y tratar. No es raro, en efecto, que frente a su hijo que no evoluciona normalmente, los padres busquen ellos mismos cómo entender el porqué. No dudan en explicar cómo actuaron, cómo un acontecimiento imprevisto les obligó a separarse de su hijo, o bien cómo se desbordaron por la angustia o el miedo de hacerlo mal.

El psicoanálisis ha puesto especialmente de relieve que el vínculo madre-hijo no era inmanente, que podía tardar en darse, pero que podía también resultar obstaculizado por todo tipo de miedos, angustias y sufrimientos vinculados a su historia. El psicoanálisis ha ayudado a verbalizar estas cuestiones secretas y vergonzosas; a elucidar, en gran medida, las causas de su sufrimiento, de su inhibición o de su fracaso, y a dejarlas atrás. Ha acompañado los cambios acaecidos en la familia, y ha hecho especial hincapié en la cuestión de la separación de las parejas. El lugar y la función paterna se han visto modificados. La situación de las mujeres ha sufrido cambios importantes y la posición del niño ha sido sacudida por las nuevas elecciones de vida de los padres. El psicoanálisis ha sido ciertamente impotente para curarlo todo, pero no ha sucumbido nunca a la imposición de un ideal de adaptación loco.

RETORNO DE LA ZANAHORIA Y EL BASTÓN

Desde Estados Unidos o desde Canadá nos llegan sin cesar nuevos métodos para abordar

la educación de nuestros hijos: programas para detectar infradotados, así como superdotados, fóbicos, disléxicos y revoltosos, a los que se les diagnostica hiperactividad... incluso futuros delincuentes, por lo que será tan importante detectarlos lo antes posible, como si la hiperactividad fuera el índice de un síntoma ya conocido que conduce a la delincuencia.

Estos enfoques son simplistas y conservadores, a pesar de que utilizan un vocabulario que se pretende científico pero que enmascara mal la inconsistencia conceptual que los promueve. Como su nombre indica, el conductismo parte de lo que se muestra, de lo que se ve, sobrepasa o molesta. Busca hacer desaparecer rápidamente el comportamiento que se juzga inadecuado. Su método parece reducirlo todo a una falta, a un defecto que haría falta corregir. Reducir el síntoma a un comportamiento, excluyendo el hecho de que se trata de una formación del inconsciente, decretarlo inútil y no válido, sin preguntarse acerca de su utilidad y de su función —y después hacer todo lo posible para vencerlo—, es un método de condicionamiento. No es creativo, se apoya, en el mejor de los casos, en la buena voluntad del sujeto o, la mayor parte de las veces, en un forzamiento, siempre recompensado, siempre valorizado, como si los progresos estuviesen exclusivamente ligados a la voluntad y a la fuerza mental del yo consciente.

Desgraciadamente, vemos cómo el conductismo ha causado furor justamente en este periodo en el que la familia se ha debilitado, se ha recompuesto, y que la función paterna se ha mostrado ausente. Este hecho tiene una cierta lógica: la familia patriarcal ya no existe. El conductismo encuentra ahí su atalaya. No se interroga ni sobre los vínculos familiares de los sujetos ni sobre su historia, sino que trata al paciente como un robot cuyos actos hay que programar convenientemente. Cuando fracasa, se le reprograma para que consiga finalmente aquello en lo que falló. Inspirado en un modelo informático, al trastorno se lo supone arraigado en las neuronas y las zonas del cerebro. Ningún rastro de historia, nada que decir sobre la educación, ninguna reflexión sobre la transmisión, nada sobre fenómenos de interpretación. Los sujetos no están ahí considerados como insertos en una cadena significativa inconsciente que organizaría la condición de unos vinculados con los otros. Se procede como si existieran individualmente, de manera absolutamente autónoma, y sobre todo como si no tuvieran nada que decir.

El psicoanálisis pretende aliviar a las personas que sufren de su infancia —ya se trate de maltrato, de una tristeza indeterminada o incluso de malestares aparentemente ordinarios— y especialmente de *aquello que no ha podido decirse*. La lista de perjuicios sería demasiado larga. Sin embargo, basta con pensar en las enfermedades, en los suicidios, en los niños que nacieron muertos, o incluso en los dramas familiares como el alcoholismo; y ustedes se podrán hacer una idea de lo que puede suceder y llegar a ser silenciado en una familia considerada «completamente normal». Pues el miedo de hacer daño está a menudo en el horizonte del silencio promovido. En efecto, ¿cómo decir a su maravilloso hijo que, antes que él, uno tuvo otro hijo que murió asfixiado en su cama? ¿Cómo anunciar a su hijo de tres años que su padre tiene cáncer y que su vida está en riesgo? ¿Cómo hacer saber a una hija de seis años que uno no pudo continuar con sus estudios porque tenía entonces dificultades de aprendizaje?

El rechazo a responder a estas preguntas es muy frecuente. Se dice que el niño no comprende, que es demasiado pequeño. Se piensa en ello y después uno quiere olvidarse de ello. El olvido es una forma de silencio que se impone, pero lo que queda olvidado mantiene siempre una huella ya enunciada, un dicho que dejó consigo una marca. En todo esto, la palabra es una fuerza inimaginable de la que todo sujeto en análisis puede dar fe.

Los síntomas de los pequeños tienen esta particularidad, que son manifiestos y aparecen siempre a plena luz. No están velados ni por el ideal ni por la consistencia moral ni por el «superyó», esa instancia elaborada por Freud que vigila y prohíbe, por la simple razón de que no están considerados en el psiquismo de los más pequeños. Estos no experimentan ni el bien ni el mal, sino nada más que el placer y el displacer. Es por ello que es un ser frágil y que demanda tantos cuidados. Sus síntomas no son habitualmente más que medios para manifestar su angustia o responder a la de sus padres, y quizá también para protegerse de las expectativas de un padre demasiado impaciente, demasiado ansioso o exigente.

Resulta crucial que existan lugares en los que este encuentro con el psicoanálisis permanezca vivo. Son refugios para aquellos que han sufrido algún perjuicio, una pérdida —a esto lo llamamos traumatismo—. Para hacer algo con ello y no ser roído o engullido por este trauma, un sujeto debe poder dirigirse a aquel que él mismo se construyó desde su particularidad —es decir, con su síntoma— y que llamamos «psicoanalista». Ir a

hablarle de su sufrimiento implica poder separarse de ello concibiéndolo de otra manera. Así, el sujeto construye él mismo un nuevo saber.

La clínica se lleva a cabo sobre la base del sufrimiento del paciente. Esta evidencia está al inicio de todo trabajo a partir de la palabra, llámese psicoterapia o psicoanálisis. Al mostrar lo que es este trabajo cotidiano acompañando a familias y a niños con dificultades, pretendo sobre todo demostrar el efecto de alivio, de apaciguamiento y de elucidación que permite el tratamiento psicoanalítico; pretendo exponer los efectos de desanudamiento operados por la palabra dirigida a aquel que sabe cómo uno se enreda con las palabras de sus allegados, con las palabras de su Otro, y por supuesto con sus propias palabras. El concepto de gran Otro de Lacan define un lugar, el de los significantes,³ pero también el de una relación que inaugura ahí esa posibilidad.

El deseo del Otro es uno de los nombres del deseo parental que inágtroduce al niño en la particularidad de un deseo tal. El psicoanálisis permite tratar el vínculo entre el sujeto y su Otro. Le permite situarse en su responsabilidad con respecto a lo que le hace sufrir y donde él aloja su goce secreto.

A partir de la estructura de lenguaje de su inconsciente, el niño en análisis se concibe como un sujeto en relación con su padre, su madre y la historia de su familia. Este es el hilo conductor, auténtico, verificable, que se mantiene en cada encuentro con un paciente como el testimonio más esclarecedor del deseo que ahí se aloja. La determinación de los síntomas como nudos de saber y de goce constituye una referencia indefectible para entender de qué modo se vincularon, se fijaron, para satisfacer al sujeto. Un análisis le permite sacar en claro lo que determinó su existencia y le ofrece la posibilidad de hacer nuevas elecciones con mejor conocimiento de causa. Así, el psicoanálisis defiende y promueve una cierta concepción de la libertad. Está claro que el ataque frontal del que es objeto pone en evidencia la llegada de una ideología que deja menos lugar a la singularidad.

La práctica clínica que deseo mostrar aquí no es la de la consulta del psicoanalista, sino la que se desarrolla en una institución sanitaria, plural en su concepción de la ayuda y donde el psicoanálisis ha sabido encontrar su lugar. Esta práctica clínica se inscribe en un trabajo conjunto, y da cuenta del impacto de las políticas de salud mental que sitúan al niño y a su familia en el centro de sus preocupaciones.

Querría decirles a ustedes hasta qué punto mi orientación, la que toma una posición de

transferencia con respecto al psicoanálisis lacaniano, me permite exponer las impresiones del encuentro del niño y de sus padres con un analista.

DESEO DE NIÑO

En nuestra cultura, el niño es ese objeto esencial y maravilloso capaz de derrotar a esos pesimistas convencidos de que las mujeres empiezan a refunfuñar cuando asumen el dominio de sus óvulos, es decir, cuando quieren dar a luz. Pues bien, parece que el fenómeno de la maternidad ha ganado en dignidad desde mayo del 68, y que hasta el momento las mujeres la escogen como una referencia necesaria para su plenitud. «No tener más niños que los que deseemos», afirman ellas desde entonces. Esta postura supone una victoria sobre la época en la que las mujeres sentían que el miedo a la maternidad era una desgracia ligada a su sexo, transmitido en el decurso de los siglos, e inherente a la condición misma de mujer. La sexualidad sufría las consecuencias de todo esto, porque era la causa principal de los embarazos vividos como faltas o como riesgos de la vida sexual femenina. Un buen número de nacimientos eran entonces «accidentes» y, de un cierto modo, la maternidad, una maldición ordinaria.

Hoy, esa funesta norma se ha modificado. Tener un niño se vive como una elección, un deseo singular, una aventura que uno decide emprender, habitualmente entre dos. Es a la vez lo que funda la pareja y lo que le profiere su consistencia. El niño es el elemento suplementario que convierte la pareja en una familia. De algún modo, la produce. El niño es ahí un objeto particular para el padre y la madre, de quienes él descende. Ocupa un lugar y tiene una función que le llevará a ser, en palabras de Lacan, un síntoma de la pareja parental.

MATERNIDADES

Sexualidad y maternidad son dos cosas distintas, que tienen consecuencias importantes para la familia. Lacan fue el primero en establecer esta disyunción entre la mujer y la madre. Allí donde Freud había concluido su cuestionamiento en cuanto a la feminidad a partir del falocentrismo de la niña y su prolongación en la maternidad, Lacan introdujo la

clínica de la privación fálica y del goce femenino que se caracteriza por estar más allá del falo.

La cuestión sexual en adelante ha tenido mayor protagonismo en el discurso de las mujeres. Ellas ya no se contentan amando o siendo amadas, ahora quieren también conocer el goce sexual. La maternidad no se superpone a la cuestión del goce femenino, que hoy forma parte de sus aspiraciones.

Las mujeres reivindican cada vez más ampliamente el derecho a la felicidad. Quieren trabajar y compartir la carga de la vida familiar con el hombre que acepte implicarse en sus elecciones comunes. Un gran número de divorcios están relacionados con esta dificultad para las mujeres de mantenerse en su posición de mujer responsable, con sus elecciones y sus expectativas. Y si antes las mujeres se contentaban con ser madres recluidas en sus hogares, las cosas para los hombres eran más sencillas. Ellos no veían en sus mujeres más que a las madres de sus hijos, ocupadas en educarlos y en esperarles en casa. Este esquema clásico ni mucho menos se ha superado completamente y se mantiene todavía el modelo que muchos adultos conocieron en su infancia. Sin embargo, se ha producido una verdadera modificación en el reparto de los roles femenino y masculino, que obliga a salir de este esquema tradicional y a inventar su propia posición en la pareja. Un buen número de padres ya no buscan ausentarse del día a día de sus hijos, incluso en el caso de los más pequeños. La presencia del padre constituye uno de los cambios más importantes de nuestra cultura. La paternidad ha pasado de ser una función simbólica —el padre que transmite, da su nombre a su hijo— a ser una función de presencia y de proximidad. Esto origina un nuevo tipo de vínculo en la tríada padre-madre-hijo, flexible y vivo, más creativo y generoso. Sin embargo, sucede que la redistribución igualitaria pero no diferenciada de las funciones parentales, incluso la inversión de los roles tradicionales, crea rivalidades entre los dos progenitores.

El niño no constituye ya el objeto-cause en los desacuerdos de la pareja, incluso si se lo instrumentaliza en la separación de los padres. El niño sigue siendo el objeto amado de su padre y de su madre cuando la pareja atraviesa un divorcio, permanece todavía en el corazón de la pareja parental. Los compromisos del padre y el de la madre se mantienen. Encontramos toda una clínica de estas nuevas construcciones, que muestra por otra parte cómo el niño sigue siendo el objeto de mayores atenciones para los dos progenitores que lo educan. La familia descompuesta no está exenta de vínculos, todo lo contrario. De

este modo, el niño se convierte en la razón de esos vínculos. Él es el objetocausa, el vector de un vínculo indefectible.

Hay una clínica de este anudamiento que muestra cómo, en cada situación, las funciones de padre y de madre se apoyan en nuevas formas de familia, en nuevas maneras de ser padres.

La elección amorosa no está ya considerada como el compromiso para toda la vida. Las parejas jóvenes saben que hay riesgos de que su vida conjunta se vea un día estancada, y que en ese momento la separación aparezca como la solución inevitable.

«La familia conyugal», según el término de Émile Durkheim que Lacan retoma en sus «complejos familiares...»,¹ no está, sin embargo, finiquitada. Al contrario, tiene un éxito que muestra que los vínculos entre hombres y mujeres encuentran su fin, se encarnan en el matrimonio.

A pesar de las heridas provocadas a esta institución, queda de ella la estructura que sostiene la idea de la familia. Mantiene, entonces, esa función.

Lo que motiva las reivindicaciones relativas al matrimonio homosexual es el ideal. Esta expectativa pone de relieve que la vida en pareja no está fundada en la diferencia de los sexos. Desde el momento en que el deseo y el amor se establecen ahí, el concepto de pareja responde a la norma familiar. Con el reconocimiento del «matrimonio para todos»,² las relaciones de pareja se fundarán en la elección de *partenaire* liberada de las trabas del modelo heterosexual. El hijo de padres homosexuales será aceptado en tanto que hijo de una pareja que se ama. La ley reconocerá, así, que «madre» y «padre» son conceptos relativos. El concepto «pareja» se separará de su connotación heterosexual.

Aunque todavía no hemos llegado a ese momento, este más allá del Edipo fue teorizado por Lacan, quien dio una interpretación visionaria de los nuevos modos de vida de los hombres y de las mujeres. Esa interpretación sitúa en el seno de la pareja, no una diferencia, sino tanto el malentendido como la soledad de cada uno, ya sea hombre o mujer. En ese momento ella abre una clínica del síntoma separado de las normas, para hacer que el sujeto consienta a aquello que liga su ser y su goce.

En cuanto a la familia monoparental, aparece las más de las veces de forma accidental, ligada al divorcio o al fallecimiento del cónyuge. No obstante, la demanda de un niño excede la función de la pareja, y algunos sujetos deciden reproducirse sin mantener una relación con una pareja. Esto hace surgir formas inéditas de vínculo parental. Es suficiente el deseo de tener un hijo, independientemente de una vida en pareja. En

efecto, la dificultad de encontrar la persona, que sería el compañero ideal, ya no es un impedimento para satisfacer un deseo de hijo. Se puede tener un niño por medio de la adopción o de técnicas de fecundación.

Así, la maternidad puede mantenerse fuera de la vida de pareja. No está ya, entonces, sujeta a la sexualidad. El niño es de este modo el resultado, no de una unión entre un hombre y una mujer, sino de un medio obtenido por la madre para dar a luz. La ciencia se sitúa a veces al servicio del deseo de hijo de una mujer. Haciéndolo posible, cumple la función de *partenaire* de esa mujer —lo que no impide situar ahí un *partenaire* en el plano imaginario (a menudo una expareja), o incluso a su propio padre en el plano inconsciente.

Esta figura del niño deseado es, pues, también una consecuencia de los progresos de la ciencia. Esta ha permitido grandes avances en lo que respecta a la reproducción. Inicialmente, con la anticoncepción, que borró la idea del niño como «accidente». Después, por el manejo de los óvulos y espermatozoides, que ofrece nuevas modalidades para concebir. La madre de alquiler, finalmente —incluso si está actualmente prohibido en Francia—, es una forma de intercambio inédito que muestra cómo el cuerpo de una mujer puede servir para concebir y después para dar su hijo a una pareja o a alguien cercano (a menudo, una hermana o una hija estéril). Sin embargo, alquilar el propio cuerpo a otras personas acostumbra a estar condicionado y motivado por dificultades económicas.

EL NIÑO REMEDIO

Así pues, el niño está en el centro de muchos proyectos, de muchas esperanzas. Aparece incluso como lo que queda cuando el amor fracasa. Es el niño como salvavidas, el niño como consuelo, el niño como regalo que uno se hace así mismo, el *niño remedio*.

En nuestra época, un niño insufla una energía formidable. Referencia omnipresente en nuestro mundo, sirve también para toda una industria que se dedica a inventar nuevos productos para alimentarlo, vestirlo, divertirlo, cuidarlo, transportarlo... Sirve incluso para convertir en deseables una gran cantidad de objetos de consumo solo por el hecho de que despiertan el interés del niño. Es un guiño a su poder y a su capacidad de influir en las elecciones de sus padres, pero también es un guiño a su capacidad de incrementar o

disminuir nuestro goce. El arte, el espectáculo, la moda, la música, la industria hotelera y todo el turismo de masas ponen en juego este concepto de niño, con el fin de formalizar un ideal familiar centrado en su presencia, en su bienestar. Esto da a la familia un carácter trascendente como nunca antes lo tuvo. En realidad, la familia nunca estuvo tan idealizada y nunca sirvió tanto a intereses económicos.

En pocas palabras, ¡que el niño tiene mucho futuro! Mi experiencia como psicoanalista con niños me ha enseñado hasta qué punto no hay solución ideal para educar a un niño. Tener padres de sexos diferentes no asegura el éxito, aunque la ausencia de uno de ellos hace la vida del sujeto más difícil.

Si bien ya no basamos la idea de pareja en el modelo heterosexual, la idea del *heteros*—aquello que no conocemos, que es diferente, a partir de lo cual el deseo y el goce se vuelven enigma— resuena siempre como síntoma de apertura al otro. En efecto, para el psicoanálisis lacaniano, la elección de *partenaire* sexual es siempre traumática y la relación sexual siempre fracasa. Desde este punto de vida, Lacan fue muy avanzado a nuestra época con su *no hay relación sexual*.³ Esta fórmula dice que no hay relación en el sentido de una proporción matemática, escrita, entre el hombre y la mujer. Sean cuales sean sus elecciones sexuadas, ellos no se completan. Ante este traumatismo de lo sexual, el sujeto debe siempre inventar la respuesta que no existe. Es en esto que las nuevas modalidades de formar pareja, que conciben formas exigentes en el plano de la relación, participan a menudo de un deseo innovador respecto a la relación de los *partenaires* entre sí. Ellos sitúan la palabra en un primer plano de la relación con el niño y le dan así una oportunidad suplementaria de realizarse.

Sin embargo, la idea extendida de que el amor es una garantía para conseguir educar al niño y que crezca sin demasiadas complicaciones no es la más justa. El amor, en efecto, no protege de todo. Puede incluso causar los más severos estragos.

El niño tiene ciertamente necesidad de ser amado y de sentirse seguro para poder crecer. Sin embargo, demasiado amor asfixia, demasiadas pruebas de amor obligan a alejarse, llevan al rechazo. Hay ahí una paradoja descubierta por el psicoanálisis. El amor puede revelarse patógeno si no hay nada que le ponga un límite. No es así en lo que respecta a la falta de amor, que puede tener destinos diversos. Las *madres-todas* son, por ejemplo, las que buscan tener un niño perfecto, una especie de imagen ideal que quieren obtener por todos los medios. El niño podrá entonces rechazar el vínculo desconectándose del Otro, o bien pervirtiéndolo y utilizándolo para su goce propio.

Habitualmente, las madres sienten los límites de su amor por sus hijos. Se dan cuenta de que este pequeño ser que les fascina puede también irritarlas y ponerlas en situaciones duras. La maternidad no llega a colmar su falta de manera eficaz. Su deseo está dividido, es decir, no está dirigido por completo hacia el niño. Entonces pueden sentirse culpables de no amarlo tanto como ellas lo habrían imaginado. Es por ello que es malintencionado decir que los psicoanalistas han culpabilizado a las madres de los niños con dificultades. Si hay culpabilidad, esta proviene siempre del sujeto mismo: cualquier madre experimenta en un momento dado este sentimiento de no haber estado a la altura de su tarea; es algo habitual. El amor no es un recipiente que funcione con un pitorro. Tampoco el niño es una planta. La culpabilidad de la madre puede ser fuente de malentendidos suplementarios entre ella y el niño. Es importante que la culpabilidad no arrastre al niño y a sus padres al sufrimiento que produce una espiral de reproches.

UN LUGAR EN LA HISTORIA FAMILIAR

Desde su nacimiento, el niño está tomado por los significantes de lo que será su historia, es decir, que existe ya un cierto lugar en el discurso de sus padres. Todo lo que dicen estos sobre el niño que nacerá constituye ya un discurso articulado, que va a influir en el niño. Pero hay también lo que no se dice, o lo que no ha podido ser escuchado en las generaciones precedentes y de lo que nosotros somos más o menos prisioneros. La historia de un sujeto no empieza con su llegada al mundo. Él se inscribe en una continuidad con relación al saber inconsciente.

Ser niño es también recibir un nombre y un apellido. El nacimiento es, de entrada, un acontecimiento biológico que tiene una implicación social. El recién nacido entra en el mundo y debe ser declarado como nuevo ser viviente. La declaración de nacimiento constituye la marca irreversible de su existencia. Este acto es también simbólico, puesto que inscribe a este niño en un linaje determinado por sus padres. Lleva el apellido de uno de ellos o de los dos. Desde el momento en que se le priva de un apellido (porque su madre, por ejemplo, quedó embarazada sin padre reconocido), el niño corre el riesgo de no poder nunca inscribirse en la relación con el Otro, o muy difícilmente.

El acontecimiento que produce en cada familia el nacimiento de un bebé permite también a cada uno situarse de nuevo en la genealogía de la historia de su familia. El

nacimiento de un niño convierte a la hija en madre —y al hijo en padre—, pero transforma también sus propios padres en abuelos. Cuando ese nacimiento se sustentaba en una función de transmisión del nombre dando al recién nacido el de algún abuelo o abuela, así como el del padre o la madre, el hecho de dar nombre al niño determinaba una continuidad simbólica entre las generaciones. El abandono de este uso indica la dispersión de los vínculos y el rechazo de las determinaciones simbólicas. Esta referencia al Nombre del Padre se siente cada vez menos como una necesidad. Actualmente también se puede percibir una tendencia a diferenciarse de la propia procedencia familiar. El sentimiento de deuda y de deber hacia la familia ha disminuido bastante. Nuestra cultura está presa por el instante y el goce inmediato, que rechaza la espera y prefiere disponer de la vida como si no hubiese ni un antes ni un después. Es una fuerte creencia en *ser-en-sí-mismo*, una creencia que pretendería librarse de las complicaciones que comporta la transmisión. La elección de los nombres de los niños se refiere entonces a los héroes de las serias americanas o a los ídolos de los padres —una manera de inventarse otra filiación fuera de su familia.

El niño hace entrar a la pareja parental en la responsabilidad. Un nuevo significante apareció en los años 1990: «la parentalidad», que designa esta implicación, sobre todo en la práctica educativa con los niños. Con este concepto, los significantes «hombre» y «mujer» desaparecen, y la diferencia de las funciones «padre» y «madre» se borran. Es la radicalización de una idea que consiste en no designar ya la sexuación en la función parental. Este concepto define la igualdad de los derechos entre el padre y la madre frente a sus hijos. Pero la igualdad no significa la equivalencia de las funciones. La maternidad y la paternidad no son experiencias intercambiables. La función «padre» y la función «madre» no se solapan para el hijo, y es importante mantener esta diferencia.

El niño será entonces implícitamente deseado como aquel que servirá al vínculo familiar. Él mismo proviene de este deseo de familia. Aunque no esté enunciado así, está presente igualmente esta idea de perpetuar un modelo familiar, de llevarlo a cabo, de fortificarlo. Las identificaciones con los significantes «padre» y «madre» se mantienen muy presentes. Convertirse en padres es una elección que procede de estas identificaciones fundamentales, sean cuales sean, por otra parte, del padre y la madre que se hayan tenido. En tanto que padres, uno puede situarse «contra», «mejor que», «al lado de», o «idéntico a» sus padres. Inventar una nueva manera de asumir el ser padre o

madre es, muy a menudo, una solución para intentar superar los traumatismos de la propia infancia.

UNA DEPENDENCIA VITAL

La dependencia del niño es un hecho biológico, clínico y social. La existencia del niño está sujeta a un Otro, que se encarna a menudo en las funciones de padre y de madre. La extrema fragilidad del niño en su nacimiento, su *prematuridad*, su imposibilidad de hacer frente a sus necesidades más fundamentales, caracterizan al ser humano. Para vivir y crecer, el niño debe recibir el amor y los cuidados sin los que no podría sobrevivir. Es decir, si los vínculos que se crean entre el niño y aquel o aquella que se ocupa de él tienen implicaciones inmensas en su devenir. Los estudios múltiples sobre la carencia de cuidados —lo que el psicólogo René Spitz describió en el siglo pasado con el término de «hospitalismo»— mostraron los daños irreversibles producidos en los niños que pasaron los primeros meses de su vida en los orfanatos.⁴

Si bien la dependencia del recién nacido necesita una respuesta en términos de cuidados, de nutrición y de higiene, más allá de la necesidad se manifiesta la demanda de amor. Esta se satisface no con la comida, sino con el anudamiento que se produce en la relación entre dar y recibir. El niño, cuando recibe el alimento, se alimenta también del amor que está presente en aquel que le da de comer. «Amar es dar lo que no se tiene»,⁵ decía Lacan. Es una manera de nombrar el más allá de la respuesta a la demanda. Esto define el amor como algo que no puede faltar, tan necesario como la satisfacción oral en la alimentación. El niño que recibe su biberón únicamente como lo que servirá para cubrir su necesidad de ser alimentado estará potencialmente en peligro de quedarse fijado a esta dependencia oral, separada del Otro en tanto que deseante.

La dependencia concierne también al niño en la relación con el Otro social durante todos los años de vida hasta su mayoría legal, y a menudo mucho más allá. Hoy en día, muchos jóvenes adultos dependen mucho, afectiva y financieramente, de sus padres. Es una paradoja de nuestra modernidad, la de producir niños que se convierten muy pronto en adolescentes —desde los diez u once años, salen de la infancia para convertirse en adolescentes con sus códigos de indumentaria, sus objetos, sus placeres...— y a la vez retrasar el momento de independizarse. La prolongación de los estudios superiores indica

sobre todo la dificultad para dar el paso hacia la autonomía. Es también una manera de engañar al tiempo, de posponer la caótica y difícil búsqueda de empleo. Existe también un tipo de fantasma de igualdad de los derechos que se ha insertado en los vínculos familiares. Los lugares de «padre», «madre» y «niño» son a veces muy confusos, están mal diferenciados; la pareja parental fracasa entonces al significar una barrera generacional. Los niños ya no son tratados como tales, sino como adultos o más bien grandes adolescentes a los que se continúa sirviendo. No es raro que ellos tengan el poder y abusen de él. Este contrasentido en la situación familiar causa bastantes sufrimientos. Un desarreglo tal provoca formas de ruptura en las funciones parentales y filiales e impide que el hijo tome la distancia necesaria para construir su propia vida adulta.

LA NOVELA FAMILIAR

La novela familiar⁶ es el nombre que Freud dio a una construcción fantasmática común para un buen número de sujetos y que abre una brecha en la relación con sus propios padres. Freud habla de una diferencia entre la realidad familiar y la que el niño puede explicarse a sí mismo. Esta construcción fantasmática tiene lugar al salir del complejo de Edipo, en el momento precisamente en que el niño adquiere un cierto saber sobre sus padres y puede, sin demasiada inquietud, soñar en otros más satisfactorios.

El psicoanálisis en adultos ha verificado el impacto que esta novela familiar tiene en el psiquismo de los sujetos. Muchos son los adultos que se sienten culpables de haber tenido pensamientos imaginarios en los que hacían que sus padres muriesen para reemplazarlos por otros mejores. El interés de esta construcción reside en abstraerse de su propia historia para soñar con otra en la que él pueda aparecer, por ejemplo, bajo la máscara de un niño original, o de un niño adoptado. Este tema equivale a un fantasma de un niño que provendría de otro lugar, de un lugar fuera de los vínculos conocidos. Introduce el mundo exterior en su imaginario.

Se trata de la dificultad para un niño de admitir que él proviene de una relación sexual entre su padre y su madre. Este descubrimiento puede en efecto producir un sentimiento de horror. Imaginarse ser adoptado libera entonces del peso de la sexualidad de los padres y permite velar el goce femenino en la madre, y el deseo del hombre en el padre.

El psicoanálisis se funda, más que en los hechos de la realidad supuestamente objetiva, en la realidad subjetiva del analizante. Las trazas de la novela familiar indican la capacidad de un sujeto para proyectarse en otra escena, para soñar, para imaginarse otro. La vía imaginaria es una protección contra la angustia. Si los libros de cuentos son tan atractivos es porque vehiculizan escenarios familiares en los que la violencia aparece bajo formas crueles (actos de devorar, asesinato, abandono, pérdida). Así, los libros ofrecen a los niños soportes imaginarios a sus propios miedos. Nombran esos miedos y los hacen entrar en escena para producir su realización. De golpe, la angustia puede cobrar un marco. Los videojuegos toman a menudo el relevo de los libros: algunos plantean, por ejemplo, ataques y crímenes inspirándose en fantasmas de asesinato del padre por los hijos y de mundos en los que se transgredió la ley del padre.

Por otra parte, la idea de nacer en otra familia permite luchar contra el sentimiento, en ocasiones pesado, de ser el objeto exclusivo de sus propios padres y de estar en deuda con ellos. Provenir de otro lugar es una versión atractiva que permite soñar la vida de uno bajo la forma de una novela en la que uno podría deshacerse de sus padres e inventarse una familia según el propio deseo.

Se trata, pues, de algo que ha sido así desde que el mundo es mundo: nadie elige a su familia. Nos viene dada, nos sobrepasa, y siempre podemos reprochar a nuestros padres que nos hayan hecho tal y como somos —este tema es efectivamente enunciado a menudo en momentos de disputa—. No se elige a los padres que se tiene. De la misma manera que no se elige nacer. Para el niño o el adolescente, este reproche dirigido a los padres cuestiona la responsabilidad paterna. Los padres sirven a esta cuestión. Ser padre es consentir a la filiación y asumir sus consecuencias.

La novela familiar permite también soñar y creer en el niño como objeto de deseo de la madre y objeto de la protección del padre. Aparece entonces como un medio para ignorar todo lo que contraría esta doble función de padre y madre, del amor y de la protección, excluyendo la relación sexual, que orienta de manera diferente sus respectivas elecciones y deja entrever otros intereses. Desde el momento en que se percibe la dimensión real, el niño se ve desplazado de un lugar en el que se creía el único.

Ahora bien, los progresos de la ciencia llegan hoy a tocar los fantasmas de los orígenes. Los padres pueden verificar su paternidad real como si la palabra de una mujer no fuera suficiente ya para nombrar simbólicamente su función. La paternidad no fue nunca cierta pero el acto de reconocimiento del niño como propio venía a garantizar un

acto del padre, que está contradicho desde hace algún tiempo por el saber científico. El padre genético desaloja al padre simbólico, y esto tiene repercusiones en la construcción misma de los vínculos familiares. La ciencia llega a hacer un corte en el reconocimiento paterno. Es intrusiva ahí, y en ocasiones destruye. Verifica entonces una duda, una mentira, una herida, y constituye la paternidad como un vínculo de sangre y no de nominación. Subrayemos que todo niño, sea o no genéticamente propio, es «adoptado» tanto por su padre como por su madre. Se trata de asumir el compromiso de responsabilizarse de él, de convertirse en sus padres.

SUJETO DE DERECHO, OBJETO DE MEDIDAS

Otros discursos se apiñan en torno al niño. Son los discursos educativos, pedagógicos, psicológicos, el discurso médico y el de la justicia. Todos ellos asumen funciones cruciales en la aprehensión de situaciones complejas, y también ordenan posiciones que influyen en el concepto mismo del niño, en su protección, su salud y su educación.

En la segunda mitad del siglo XX, el niño apareció como un sujeto de derecho. El legislador notificó los deberes que se tienen con respecto a él y crea lugares en los que se reflexiona acerca de su propio ser, sus necesidades, lo que debe recibir para crecer y convertirse en un ciudadano capaz de ser feliz y de responder a las exigencias morales y cívicas. Esto ha modificado radicalmente el estatus del niño.

Actualmente, la cuestión de la protección de los menores en lo referente a abusos sexuales ha permitido levantar uno de los tabúes esenciales concernientes a la sexualidad de los mayores con los niños, sobre todo la pedofilia y el incesto. Es notable que esta cuestión pudiera formularse en el momento en que se descubrió la incidencia de la prostitución infantil en los países pobres. Para admitir lo que uno no quiere saber sobre sí mismo, se debe pasar por lo que sucede en los otros.

En cuanto al enfoque evolucionista, asistimos a una recuperación del éxito que tuvo en otro momento entre educadores y padres. Encaja bien con nuestra época, en la que se pretende cifrarlo todo y asegurarse de ello con métodos y test que lo evalúen todo al menor indicio de desviación.

Los test sirven para asentar una psicología de la normalidad y del éxito escolar. Sin embargo, la experiencia demuestra que un niño con una capacidad intelectual normal no

necesariamente está a salvo del fracaso escolar. En la mayor parte de los casos, el fracaso escolar es un síntoma que no se puede descifrar si no se analiza la relación particular del sujeto con el Otro del saber. A partir de esta no relación directa entre el fracaso escolar y el CI se construyó una clínica del niño operando a partir del discurso psicoanalítico. Aquí se considera que el niño «mal alumno» es algo más que un mal estudiante, es un niño con dificultades psicológicas al cual se le puede ayudar y tratar mediante la palabra.

Es interesante señalar cómo el entusiasmo que trajo el CI hizo nacer una nueva patología, la de los niños superdotados. Cuando un niño más inteligente que la mayoría fracasa, se le supone «superdotado». Su inteligencia superior le permitiría comprender más rápidamente que los demás, y es lo que provocaría su aburrimiento en clase. Se desadaptaría progresivamente de los aprendizajes, se evadiría de todo lo que sería para él demasiado fácil y dejaría sus apetitos intelectuales sin respuesta. El fracaso escolar está entonces considerado como el síntoma de una mala adaptación de la enseñanza a ese caso particular. La cosa ha llegado tan lejos que se han creado clases de superdotados en función de los resultados obtenidos en los test. Entretanto, se produce una segregación en espejo, la que señala a los niños potenciales reducidos y los excluye del aprendizaje normal. Así, estos planes educativos se fundamentan en el CI del alumno, y a menudo no tienen en cuenta las causas y las consecuencias del propio proceder educativo; sobre todo, se ignora el hecho de que sobrevalorar el éxito escolar puede producir un desmoronamiento, principalmente al abandonar la adolescencia.

Para la medicina, finalmente, la psicoterapia es el nombre genérico utilizado para decir que hay que ayudar al niño y que para ello se disponen de diferentes técnicas. Según esta concepción taxonómica, la psicoterapia analítica es una de las rúbricas de este catálogo y significa «tratamiento mediante el psicoanálisis».

En nuestros días, la indicación de un tratamiento se recomienda a menudo a partir de uno o de varios elementos sintomáticos inscritos en las categorías definidas en el DSM-IV-R,⁷ sin tener en cuenta la opinión del sujeto ni el sentido que la intervención podría tener para él. Esta nueva psiquiatría prescribe la psicoterapia ignorando totalmente el concepto de inconsciente. La decisión se sustenta básicamente en una representación del niño como un todo cerebral y psicológico del que la medicina hace inventario, poniendo de relieve ciertos déficits. Una vez todo esto ha sido catalogado, se convoca el arsenal de las diferentes terapias con el objetivo de restablecer un equilibrio, redinamizar los

trastornos de desarrollo o rellenar las lagunas que puedan existir. Estas respuestas, planteadas como tratamientos reeducativos, tienen una apariencia científica y tranquilizan a los padres. En las consultas hospitalarias, se favorecen los «balances» y las evaluaciones que se supone darán una imagen totalizadora del niño, como si fuera una foto de su estado mental. Después viene el tratamiento.

Esta pendiente evaluadora pone en evidencia el giro de 180 grados que se produjo en el discurso médico, después de la época en la que el psicoanálisis, dentro del ámbito hospitalario, tuvo una función de investigación clínica —recordemos, por ejemplo, la memorable *consulta gratuita* de Françoise Dolto en el Hospital Trousseau—. El psicoanálisis no se funda ni en una utilización reeducativa de la conducta, ni en una concepción puramente adaptativa del niño; no se construye en un saber médico-educativo, sino en una respuesta sobre el deseo de acoger la palabra y la singularidad del caso.

Los nuevos detractores del psicoanálisis buscan negar el alcance del sujeto del inconsciente; prefieren para él una dimensión fundada en la estadística y la norma obtenida a partir de las cifras. Lo opuesto a atender a la singularidad del caso se halla en este muestreo que insta una medida que sirve de norma. Desde la guardería hasta la residencia de ancianos, el sujeto está constantemente evaluado y clasificado, y por ello se le inscribe en programas que nos recuerdan demasiado a menudo que no somos más que números. Los números de una pasión por la cuantificación y la estadística.

Antes de que esta era salvaje nos engulla, déjenme decirles cuál ha sido la función de los centros (consultas padres-niños, CMP,⁸ CMPP,⁹ consultas hospitalarias o asociativas, SESSAD,¹⁰ hospitales de día, etc.) que fundaron su trabajo en los efectos de la palabra y el vínculo de transferencia. Estos lugares permanecen abiertos a la apuesta psicoanalítica, es decir, creen que hay que buscar la etiología de los síntomas en el inconsciente. En estos servicios, la experiencia del psicoanálisis depende de los practicantes, y más específicamente de los médicos psiquiatras y psicólogos que allí ejercen. Y mediante ese ejercicio, el psicoanálisis se construye y se desarrolla. Y lo ha logrado no sin dificultades, ni conflictos ni dolor, pero es un hecho que el método psicoanalítico es eficaz en la clínica con niños y adolescentes.

ELEGIR EL PSICOANÁLISIS LACANIANO

Todos los días de la semana paso consulta en un pequeño despacho del CMPP.¹ De esta práctica nació la idea de dar a conocer el oficio *psi* que se lleva a cabo en dicho centro, en el que cada uno tiene la función de entender en qué consisten los síntomas de los niños que vienen a visitarse.

La violencia y la brutalidad a la que a menudo se somete al niño generan un rechazo que puede quebrantar la profesionalidad de quien escucha. La crudeza de los sentimientos de odio es estremecedora. El maltrato se ha convertido en un hecho banal que puede expresarse de múltiples formas, pues existen muchas maneras de ser maltratado. La más violenta no es siempre la más insoportable. Puede presentarse bajo la forma de un sobrentendido, de la repetición del mismo calificativo hasta llegar a no oírlo. Esta verbalización, que asesta a un sujeto una verdad hiriente y devastadora, a veces se lleva a cabo de manera oculta —bajo la forma del rencor, de la decepción, del reproche o de la mofa, algo que resulta ser profundamente dañino—. El deseo del psicoanalista es un arma poderosa para soportar los efectos nocivos de la negación o del rechazo, cuando este se hace escuchar o se actúa por razones que deberán ser exploradas.

La formación psicoanalítica me resulta todavía necesaria para no quedar atrapada en mi propio ideal. Esta permite, a la vez, desproveerse de las construcciones sobre la propia historia personal e inmiscuirse en el saber. Realicé mi formación mientras continuaba con mi propio análisis durante años y controlaba mi práctica con analistas expertos. Mi creencia en el inconsciente no me ha abandonado nunca, incluso si ha evolucionado debido al avance de mi análisis y también de la experiencia clínica del día a día.

Mi análisis fue un acto. Sin este encuentro vital, no habría conocido más que el desasosiego del síntoma y su inmenso veneno, que hace que se pueda vivir sin querer saber nada de las causas determinantes que anudan nuestras elecciones de vida.

El inventor del psicoanálisis dedujo el inconsciente de la realidad de los deseos, de los recuerdos que se olvidan, que se reprimen. Descubrió la prueba del inconsciente en los sueños, los lapsus, el olvido y los actos fallidos. Actualizó sobre todo los procesos psíquicos que determinan nuestros destinos y que provienen de una estructura lógica. Dio el nombre de «traumatismo» a lo que permanece indeleble y ajeno para un sujeto.

Lacan prosiguió con el descubrimiento freudiano. Transmitió Freud al pie de la letra, y lo reinventó después forjando la tesis: *el inconsciente estructurado como un lenguaje*.² Devolvió su valor a los conceptos de «pulsión», «repetición», «transferencia», y llamó «saber» al resultado de la palabra analizante. En esta enseñanza, el niño no figura como una personita prisionera de su linaje. Ante todo es plenamente un sujeto, a la vez que sujeto de verdad y sujeto de goce. Tenemos la confirmación de ello en cada reunión clínica, en cada lugar en el que el niño es interpretado, ya sea en la escuela, en el hospital, o en la literatura actual. El niño como sujeto nace del psicoanálisis, y su palabra cuenta. De hecho, adquiere su valor al ser única y someterse al baño de lenguaje bajo el cual él evoluciona.

Estas fórmulas lacanianas —*el inconsciente estructurado como un lenguaje*, o incluso *el inconsciente es el discurso del Otro*—³ muestran que el inconsciente participa de la palabra implicada en el deseo del Otro. El saber en cuestión sobrepasa lo que es accesible a la consciencia del sujeto. Es un saber que se dice en la transferencia de la experiencia analítica. Esto abre a la dimensión de decir lo que no se sabe e incluso lo que no se quiere.

En algunos casos, lo que parece estar afectado es el proceso mismo de la significación. El sentido supone «la palabra plena»⁴ mientras que la «palabra vacía» no es un *querer decir*, no se dirige al Otro. Esta constatación puede ser útil en la clínica con niños. En efecto, algunos niños hacen un uso del lenguaje tal que no se asocia al hecho de significar. Su palabra es casi intemporal, no pueden decir nada de ellos, incluso de manera simple. Tienen un lenguaje distinto de la lengua común, y muchas veces estos fenómenos permanecen desconocidos o se entienden como señales de inadaptación escolar. El psicoanálisis pretende entender todo aquello que afecta al sujeto, su palabra, siendo esta siempre el mayor indicio de su posición. Cuando no se comprende a un niño, no hay que pensar que este no se expresa como debería. Hay que escuchar lo que dice,

más allá de las palabras que se le resistan. El concepto de *lalengua* que Lacan inventó al final de su enseñanza aclara el modo singular en que cada sujeto atrapa el lenguaje antes incluso de que hable.

Freud nos dejó un inconsciente «reservorio» de recuerdos que tendrían un efecto traumático en la vida de un sujeto. El análisis permitiría que lo que está oculto pasara a la consciencia. Lacan actualizó el inconsciente: se trata, no de un «paso a la consciencia», sino de un «paso a la palabra», que debe ser «escuchada por alguien allí donde ni siquiera podía ser leída por nadie: mensaje cuya cifra está perdida o cuyo destinatario, muerto». ⁵ Es por ello que el inconsciente está *por fuera, por venir*. No es un «bolsillo» de recuerdos que habría que remontar a la superficie, sino que representa una cierta relación del sujeto con lo que no sabe.

El inconsciente lacaniano se escribe durante la sesión. No estaba allí antes; estará allí en el sentido en que, de haber estado allí y olvidado después, podrá advenir como acontecimiento en la sesión misma. El analista es el testigo de la palabra, que es a su vez una invención en curso, pues los avances del análisis se registran con la rapidez del rayo.

Lacan redujo el tiempo de la sesión freudiana en el mismo movimiento. Le dio un ritmo propio para cada análisis, interrumpiendo la sesión en el punto que se recorta del discurso continuo y que, más allá de la sesión, resuena y pone a trabajar la cadena asociativa. Ese corte puntúa el discurso, suspende el sentido y acentúa el valor enigmático del significante. Favorece la apertura del inconsciente y es propicio a la sorpresa que le es propia. El inconsciente es a la vez lo que se manifiesta del modo más inesperado, como en el lapsus y los actos fallidos, pero también de la manera más esperada, cuando es el síntoma lo que está en el primer plano de la escena y aparece como causa de repetición. El síntoma puede obligar al sujeto a múltiples actos que le constriñen o le fuerzan a hacer lo contrario de lo que tendría ganas de hacer —por ejemplo, huir ante el deseo, esquivarlo o recubrirlo de rituales ridículos y, sin embargo, protectores.

La palabra separa el recuerdo de su punto de horror. Por el hecho mismo de lo que ella enuncia, se pulveriza la parte insoportable que a menudo paraliza al sujeto o le hace sufrir. Es por lo que la palabra está definitivamente proyectada hacia el futuro, pues el deseo del analista es volver al sujeto más libre para elegir su vida.

En el tiempo del inconsciente también hay una lógica particular. En su texto «El tiempo lógico...», ⁶ Lacan se sirve del sofisma llamado «de los tres prisioneros» para

explicar el movimiento propio de un psicoanálisis. Es un texto fundamental para comprender cómo operan la decisión y el acto que implicarán el cambio en el trabajo de un analizante. Esto procede de una temporalidad entre el inicio y el fin del análisis.

La asociación libre constituye la regla fundamental del psicoanálisis. Ella libera el deseo de decir su «esto no va» y de hallar la causa; la asociación permite saber. La palabra en el dispositivo analítico cobra una resonancia particular que sorprenderá al sujeto. Funciona un poco como un revelador químico. Hace progresar, es una invención propia, una manera desconocida para uno mismo de hablar de sí mismo. Cada sesión permite al sujeto experimentar el pequeño vértigo temporal, esa sensación de locura que se produce cuando uno avanza, cuando hay alguien que le escucha allí donde él mismo no sabe quién habla, porque el otro sabe escucharle cuando lo que uno dice está embrollado por sus propios pensamientos. El psicoanalista no aconseja ni perdona: intenta operar sobre la pulsión de muerte cuando esta se impone al sujeto y produce en él estragos. Por otro lado, no le es posible llegar siempre hasta ahí, en tanto que el combate entre el goce mortífero parece largo, y la repetición, su obstáculo más difícil. Por esta razón —y se nos hace a menudo esta objeción—, el psicoanálisis es un tratamiento que requiere tiempo y una fuerte implicación. Se necesita, en efecto, un cierto tiempo para reducir la potencia del goce cuando se ha vuelto invasivo. Esta terminología de guerra no es gratuita. La pulsión de muerte definida por Freud desmontó ella misma a los posfreudianos, como si el descubrimiento de este más allá del bien, este *más allá del principio del placer*,⁷ esta parte de real insalvable, fuera inadmisibile.

EL ENCUENTRO, UN ACONTECIMIENTO

La primera entrevista es de crucial importancia. Constituye una apertura en la realidad subjetiva de las personas que componen la familia y que son presentadas allí. Cuando recibo a un niño y a su familia, a menudo ya he oído hablar de él en una reunión clínica, pero me reservo los elementos diagnósticos y clínicos que me han sido transmitidos. Freud recomendaba recibir cada caso nuevo haciendo abstracción del saber adquirido. Yo aplico este consejo, pues es importante no verse contagiado por ningún prejuicio, positivo o negativo. Cada caso es único. Por ello, la primera entrevista es siempre un momento muy particular: se trata de recibir a cada sujeto y al mismo tiempo dar un lugar especial a

lo que la palabra «familia» significa para los que la componen. La manera singular en que cada uno hará funcionar o no este significante es a menudo reveladora de las relaciones que se han anudado entre el niño y su entorno. El vínculo padre-niño puede aparecer como muy potente o, al contrario, completamente deshecho, o incluso inexistente. Para captar este vínculo, esta relación fundamental, siempre recibo inicialmente al niño y a su familia.

Esta apertura a la escena familiar permite vislumbrar el deseo que circula entre la madre, el padre y el niño. En el curso de una primera entrevista puede aparecer cómo un sufrimiento fue totalmente taponado y cómo resurgió por medio de la evocación de una simple pregunta. Puede suceder también que una demanda que implicaba al niño sea el pretexto para no expresar lo que cojea en la vida de la pareja, por ejemplo. El analista puede percibir cómo un padre y una madre hablan con su hijo, cómo se dirigen a él, cómo le escuchan o no. En esta primera entrevista van a detectarse los contrasentidos, los no-dichos, también aquello *demasiado dicho*, que perturban al niño y causan en él efectos complejos.

¿Puede explicarnos la madre algunos recuerdos de la infancia de su hijo? ¿Qué deja ella entrever de este periodo en el que se tejió su relación con el niño, tan esencial para el futuro? Ella habla de la historia de su hijo y también de la suya. Se libera también de un saber que va a abrir al niño al deseo. Es lo que Lacan llamó la historia significativa, que escribió como S1-S2, para indicar que los significantes se suceden en una cadena articulada. Esta cadena de palabras permite que el deseo inconsciente sea descifrable.

Muchos sujetos en análisis hablan de su falta de recuerdos precisos sobre su primera infancia y se inquietan por no poder hablar de ella más que a partir de los dichos de sus padres. Este hecho clínico nos muestra que el olvido forma parte de la infancia. Por ello, es importante que nos sean restituidos pedazos de saber por la persona que más ha contado en nuestra infancia. Esta persona, madre, padre, hermano o hermana mayor, abuela, niñera, transmite lo que nosotros fuimos incluso antes de que pudiéramos articularlo nosotros mismos. Ella puede señalar la importancia de tal acontecimiento, explicar una anécdota que nos concierne y que le marcó. Así, hace de nuestra existencia algo más sensible, más «hablado» y, por tanto, mejor anudado al Otro de la palabra. Da consistencia a este Otro del deseo, realmente indispensable. Este diálogo es necesario para que la historia del sujeto pueda ligarse al presente y para que se inscriba un lugar que nombre su existencia particular.

El psicoanálisis lo sabe bien, él que, en el momento de las primeras entrevistas, interroga sobre el embarazo, la llegada al mundo, el inicio de la vida, los acontecimientos importantes que precedieron o que sucedieron alrededor del nacimiento del niño. No lo hace con el objetivo de anotar todo, sino para entender cómo se fabrica el vínculo, cómo este se inauguró, si encontró obstáculos, impedimentos, algún tipo de heridas discretas. A diferencia de un cuestionario, que se pretendería exhaustivo, el psicoanálisis no quiere saberlo todo; pretende que la palabra sea libre de decirse en estos lugares a los que, justamente, no se viene forzosamente con la idea de hablar del hijo tal y como era de pequeño, sino tal y como es ahora. Así, no hay saber previo que autorizaría al psicoanalista a decir lo que aún no sabe y que no debe tener prisa por descubrir.

El primer encuentro es un acontecimiento importante. Tanto para el psicoanalista como para el futuro analizante; en ese momento se funda un vínculo que perdurará. Se establece un pacto. El analista toma a su cargo el hallazgo de Freud, que propuso a los sujetos: «Diga usted lo que se le pase por la cabeza», y descubrió que, hablando, aparecía un saber perfectamente articulado al que llamó el inconsciente. «Cuando de pronto un sujeto tropieza con él, puede tocar ese saber inesperado, se queda él, el que habla, bien desconcertado, ya lo creo».⁸

LOS REGISTROS DE LA EXPERIENCIA

Los tres registros introducidos por Lacan: lo simbólico, lo imaginario y lo real, permiten comprender ciertos fenómenos y articularlos entre ellos.

Lo simbólico permite situar el sentido que necesita el significante y el lugar del Otro como lugar de la estructura del lenguaje. Lo simbólico es la operación misma del psicoanálisis que consiste en nombrar, en poner en palabras lo que había quedado sin formular, reprimido, y dar sentido a aquello que no lo tenía. Lacan simbolizó este lugar de la palabra por medio de la letra «A»: la palabra se enuncia desde este lugar en el que lo que se dice tiene valor de verdad. En efecto, el inconsciente no está únicamente constituido de trozos de recuerdos olvidados, es también este momento particular en el que el decir hace verdad lo que no se sabía. «[...] ese Otro distinguido como lugar de la Palabra [...] no se impone menos como testigo de la Verdad»,⁹ escribió Lacan.

A este eje simbólico se opone el eje imaginario, que corresponde al estado del espejo y

a la circulación de la libido freudiana, fundamentalmente narcisista. La primera manifestación de este goce se produce en el momento del estadio del espejo, cuando el niño pasa por la experiencia inaugural de imaginar su cuerpo como una imagen global, separada de su madre, allí donde él no era más que un cuerpo troceado. La rivalidad fraterna, por ejemplo, surge del registro imaginario. El primogénito se muestra celoso de su hermano pequeño (o de su hermana pequeña) porque cree que este le ha quitado su lugar; puede incluso desear la destrucción de su rival imaginario.

Esta diferenciación entre el registro imaginario y el registro simbólico ayuda a orientarse en el discurso. No confundirlos permite separar lo que está del lado del goce de lo que funda la palabra. Esta disyunción entre simbólico y lo imaginario fue privilegiada por Lacan desde los inicios de su enseñanza.

Lo real, en aquel momento, no fue aislado como tal en la experiencia. Intervendrá en el segundo periodo de su enseñanza, cuando los tres registros experimentarán una nueva organización: lo simbólico y lo imaginario se situarán entonces con respecto al registro de lo real. En el inicio, lo real es lo que resiste a la operación de simbolización. Todo no puede ser *significantizado*. Hay un resto al que Lacan se referirá como «objeto *a*». Lo real está entonces en posición de exclusión con respecto al sentido. Se trata de un fuera-de-sentido. Y es «sin ley»,¹⁰ añade Lacan, tal y como lo es un lanzamiento de dados o un juego de cara o cruz. Lo imprevisible de lo que se obtiene da cuentas de lo real en tanto que no tiene sentido y que es sin ley. Pero el juego es simbólico, pues los significantes cara y cruz delimitan ahí la estructura del lenguaje. Lo real de Lacan designa lo que no ha sido posible simbolizar, lo que vino a obturar este movimiento de traducción de lo imaginario hacia lo simbólico.

Esta localización preciosa formalizada por Lacan permite al analista no perderse en el *todo lenguaje* y escuchar en los enunciados de su paciente los diferentes niveles que constituyen la estructura misma del inconsciente. La escucha del psicoanalista no es la del sentido común. Se trata de escuchar a la vez el sentido de lo que se dice y captar los elementos significantes que constituyen los marcadores de la cadena asociativa. Pues lo que actúa a espaldas del sujeto es el trabajo de desplazamiento de los significantes, unos después de otros, unos en relación con otros, unos entre otros. Cuando se desvela un trozo entero de este saber ignorado por el sujeto, queda liberado. En el psicoanálisis con niños, esto aparece de manera muy espontánea y cambia la vida y la relación con los demás. Lo que se llama «psicoanálisis» no es otra cosa que el encuentro con alguien que

apuesta por el hecho de que el sujeto pueda servirse de este traumatismo que es el inconsciente.

«ALLÍ DONDE ELLO HABLA, ELLO GOZA»

Sucede que algunas expresiones proceden de un *acontecimiento de palabra* característico del discurso parental. Su reiteración da entonces realmente cuenta del peso del significante y de su parte de goce en el inconsciente. «Allí donde ello habla, ello goza, y ello no sabe nada»,¹¹ precisa Lacan.

Tomemos la expresión *Me ha montado...* como un elemento clínico ejemplar de la palabra materna. «Me ha montado una escena», «Me ha montado una gastroenteritis», «Me ha montado una otitis», etc. La palabra «montar» remite a la impotencia y a la dificultad de soportar lo que un niño puede producir como angustia en sus padres. Él no se contenta con ser, él actúa e, incluso de bien pequeño, representa una forma sintomática para la madre. Esta no puede controlarlo todo, sobre todo en lo que respecta a su cuerpo. Entonces él se oculta ahí como objeto. El cuerpo del niño convoca a menudo este punto de insostenible, de imposible de comprender, imposible de imaginar. Es un real, es decir, escapa al significante; su sentido es enigmático.

Este *Me ha montado...* es la fórmula sintomática que hace sonreír a todas las personas que trabajan con los niños y sus madres. La risa es una manifestación del efecto cómico producido por estos enunciados, efecto muy a menudo ligado al carácter anal de la pulsión en juego y a su repetición en el discurso. La risa señala el efecto de *Witz* (chiste), cuyo valor Freud nos enseñó a reconocer: el de aquello que adquiere un significante cuando, superada la sorpresa inicial, encuentra el reconocimiento del Otro.

A veces, las preguntas del analista acerca de la primera infancia del sujeto son rechazadas por los padres. No hay un deseo de hablar de ese niño en aquel momento, en la época en que él era otro. Los padres llegan para que se les ayude a resolver un problema muy preciso, las más de las veces un problema bien localizado por ellos y que enunciaron desde el momento en que hicieron su demanda. Son reticentes a anudar la historia del niño con su vida; están a la espera de una solución para que el niño mitigue su angustia. Están en desacuerdo con lo que su hijo, su hija, se ha convertido, sin intentar por el contrario buscar la causa. El niño no moviliza en ellos el deseo de saber.

No llegan a desenredar los vínculos entre el síntoma del niño y su historia, su subjetividad.

En esta configuración, la entrevista se vuelve enseguida una prueba y es necesario saber si este rechazo se dirige al Otro —es decir, que ello comporta, a pesar de todo, una apertura, una demanda— o bien si se trata de un rechazo más radical de la palabra como tal.

En estos casos, se nos podría precisamente objetar que la teoría conductista sería la indicación deseable. Esta no se interesa ni por el pasado ni por la historia, y juzga que el síntoma del niño es un trastorno, sin preocuparse de la construcción de la que él es resultado. Los padres encontrarían allí un alivio, porque entonces podrían considerar al niño como portador de un problema que no les concierne. Esta es, efectivamente, una de las respuestas preconizadas.

Ahora bien, los síntomas son a menudo medios para intentar luchar contra una comunicación débil. O bien, son respuestas para marcar este punto de ruptura. Algunos síntomas de encopresis, de enuresis, de enfermedades de la piel, de rechazo alimenticio, indican así esta ruptura de la palabra. El cuerpo se hace entonces el receptáculo de lo que no puede ser dicho, y ocupa la función de destinatario de un sufrimiento que no puede nombrarse pero que molesta.

Hacerse testimonio de la verdad del sujeto, esta es la función del analista. Es por ello que él ocupa el lugar del Otro de la palabra desde el momento en que da a la del sujeto su carga de verdad. Es entonces un encuentro con la causa escondida —la que no se sabía, la que estaba trabada, acallada, embrollada— que funda la palabra analizante. Así, lo que retorna en las asociaciones conduce al sujeto a dar un sentido a lo que no tenía y había sido repelido, apartado, rechazado. Se trata de un trabajo de saber: lo que se impone es un deseo de saber, un saber al trabajo.

Hay un punto de *despropósito* en el hecho de creer en la causa inconsciente. El encuentro con este punto en su propia cura funda la decisión del analizante de convertirse en psicoanalista. Se necesita que él se haya acercado a esta causa en él, que haya cernido los puntos de horror de este real insensato, su imposible, para aceptar ser responsable tanto de la verdad como de la mentira del Otro.

NIÑOS EN ANÁLISIS

EL SÍNTOMA ES UN DECIR

La infancia es un periodo en el que los acontecimientos de la vida parecen tener un impacto más directo y manifiesto sobre el psiquismo que en la edad adulta. En efecto, el niño no tiene todavía los medios de soportar la angustia, y habitualmente los cambios no pueden expresarse más que a través de manifestaciones sintomáticas que afectan al cuerpo o a la conducta. A veces, el síntoma parece pegado al sujeto, atascado, y le mantiene en una posición de menosprecio que él no tiene modo de comprender. Se trata entonces de descifrar el síntoma singular que manifiesta bajo formas aparentemente aberrantes o incomprensibles, tales como el fracaso escolar, la tristeza o la agitación, el desinterés tenaz hacia cualquier aprendizaje o la ausencia de deseo para asumir un rol en la sociedad.

El material significativo del síntoma puede ocupar una parte del cuerpo y provocar síntomas corporales. El niño puede también estar atravesado por preocupaciones desquiciadas, terroríficas, tales como la angustia de padecer enfermedades mortales, miedos insoportables relativos a su cuerpo, ideas de intrusión que le paralizan. La relación con su madre a veces puede manifestarse en forma de una fusión con ella hasta el punto de que teme perder el precioso lugar que para ella ocupa; su sufrimiento le impide entonces separarse de ella y crecer. Los celos son también un motivo frecuente de consulta; el niño ve como un rival a un hermano o una hermana, lo que produce una *embolia* en su vida y hace difícil la de la familia. A veces, un malestar recurrente acompaña al niño: esto puede ir desde dificultades para dormir hasta manifestaciones somáticas de repetición; desde dificultades escolares hasta enuresis y encopresis. En otras ocasiones, la agresividad, la inconstancia, las cóleras repetidas, o, al contrario, la depresión, las fobias, ciertos ritos o un rechazo escolar preocupan a los padres. En la adolescencia, la angustia, el repliegue sobre sí mismo, o, al contrario, el rechazo a las reglas, los trastornos alimenticios como la anorexia y la bulimia, las toxicomanías y las adicciones diversas comportan demandas frecuentes de consulta. Estos síntomas, ya sean

correlativos a un acontecimiento o no, son las manifestaciones de un corte o de un conflicto con el Otro, y, más extensamente, de un sufrimiento.

El síntoma es un mensaje, nos dice Freud. Quiere decir algo. Es el resultado de una represión en la neurosis, de la negación o de la forclusión en la psicosis. Dice algo pero de manera oculta, que no puede descifrarse por aproximación o mediante un saber formateado, algo que practica y defiende un tipo de psicología adaptativa. Teniendo en cuenta que debe ser escuchado y tomado en serio, el síntoma del niño debe ser considerado lo más sensible de la experiencia infantil.

Es en la cura analítica en la que un trabajo de desciframiento permite una lectura de ese síntoma. En efecto, el síntoma se presenta la mayor parte de las veces como un enigma para el sujeto mismo, algo que se produce a pesar suyo y que él no comprende.

Entonces, el psicoanálisis con niños es de entrada el lugar en el que se nombran los problemas y donde el niño deja de considerarse como alguien que padece su propio síntoma, sino como aquel que tiene una responsabilidad en lo que le sucede. El analista le ayudará a darse cuenta de lo que se presenta en su síntoma. Muchos niños, en efecto, padecen sus síntomas como un mal que les paraliza, les avergüenza o les hace desgraciados. Para evitar estar triste y sufrir, el niño puede instalarse en su síntoma, y para liberarse psíquicamente de él, negarlo. No solo los adultos niegan sus síntomas, también lo hacen los niños. Para el trabajo de análisis, la función del síntoma se tiene en cuenta, se reconoce y se trata en su dimensión causal, lo que los aligera a menudo muy rápidamente.

Ahora bien, si el síntoma es un *querer decir*, también es un goce que se impone al sujeto. En efecto, Freud se dio cuenta muy pronto de que la desaparición del síntoma no provoca la curación, sino la aparición de otro síntoma o bien el retorno del mismo. Pues el síntoma es también satisfacción libidinal. Su repetición muestra que el sujeto, aun queriendo no estar sometido a ella, experimenta un goce que le sobrepasa en la realización misma del síntoma. Lacan llamó a esta relación del sujeto con este exceso de satisfacción pulsional «goce», y llamó al síntoma «goce-sentido»¹ para indicar que el significante que está ahí implicado es a la vez lo que produce sentido y procura un goce, que se trata de un sentido gozado.

Este significante, «goce-sentido», no es accesible para el analizante adulto más que después de un largo trabajo de análisis, una vez descifrada la significación de sus síntomas y atravesado su fantasma inconsciente. Justamente por eso, el significante

puede permanecer velado e incluso ignorado por el sujeto. Pero solo el hecho de ser aislado por el analista permite un efecto terapéutico: despegados los unos de los otros, los significantes del síntoma del niño pueden de nuevo circular y jugar de manera más libre en la cadena que los estructura. El efecto de simbolización de la palabra encuentra ahí su función más eminente.

Ciertamente, no hay psiquismo sin síntoma: no todos son molestos o fijos. Por ello, la consulta con un psicoanalista solo se realizará cuando el síntoma moleste y a menudo haga sufrir al niño y/o a sus allegados, dado que es la expresión de un desorden que puede también leerse como una respuesta a lo que no funciona en el Otro. Los niños, en efecto, son extremadamente receptivos a la manera en que se les habla, y también a la manera en que se les trata. En el tema de los malos tratos, por ejemplo, el niño reacciona a los acontecimientos traumáticos de los que él es objeto y que él sufre sin necesariamente entender lo que le sucede.

La política de sanidad obliga desde hace muchos años a todos los profesionales de la infancia a una gran vigilancia con respecto a los malos tratos y al incesto. En cada servicio, nos encontramos con casos de este tipo. Estas cuestiones son siempre extremadamente complejas, pues el niño no es alguien que genera un síntoma, sino alguien que es objeto de actos perversos o de conductas trastornadas. Esto provoca que cambie totalmente el trato que debe recibir. A veces, el sentido de sus síntomas no se lee más que a través del prisma de este traumatismo. Siempre es necesario un trabajo con la justicia, en el que cada parte debe ocupar su función. Debe señalarse de entrada la patología familiar, a menudo en el origen de conductas incestuosas o perversas, incluso antes de que pueda ofrecerse ayuda, si es que esta se desea, para cada miembro de la familia. El niño debe tenerse en cuenta únicamente en este sufrimiento que a menudo no pudo expresar, pues el adulto abusador le prohibió hablar, incluso manifestar cualquier tipo de signo acerca de la relación que tiene con él. Los lugares para descifrar los signos de sufrimiento —que el niño, a pesar suyo, no puede ocultar— permiten ser escuchados como síntomas que, de entrada, puede parecer que no tengan relación con el abuso. El niño asume estos síntomas como si buscarse con ello castigarse por una falta de la que él es víctima. Si se genera suficiente confianza, el niño podrá expresar su queja y hablar de ello. Sin embargo, el miedo a traicionar o a hacer daño a sus padres es a menudo tan intenso que le impide franquear el paso a la palabra; será entonces cuando el analista

podrá pronunciar, de entrada, las palabras que atenuarán su culpabilidad y que le ayudarán a hablar de lo insoportable.

Incluso cuando no se trata de casos extremos, como los que acabamos de mencionar, el psicoanálisis da cuenta de una clínica en la que el síntoma del niño se manifiesta de manera muy ruidosa. No es extraño encontrar a padres que se exceden en las quejas sobre su hijo: que no para de gritar, de llamar la atención, de hacer el payaso, de desobedecer sistemáticamente. El niño se vuelve imposible; se siente de hecho no amado y rechazado, cuando es en realidad él quien provoca en su entorno la reacción negativa. Se vuelve, digámoslo así, insoportable. Pero ¿a qué responde este cambio? La pregunta se abordará durante las entrevistas que el psicoanalista mantendrá con el niño y, a veces, también con los padres.

Los niños no siempre han tenido la posibilidad de subjetivar su propio síntoma, es decir, constatar que algo no va bien. Son entonces los padres los que vienen a buscar alguna explicación. La inquietud paterna permite así introducir en el niño la pregunta sobre lo que le hace sufrir. El padre pide a menudo entender las razones de las manifestaciones sintomáticas, pues se siente implicado en lo que le sucede a su hijo. Y este hecho demuestra que el síntoma de un niño está atravesado por el sentido que le da el Otro paterno.

Entonces también se da una clínica paterna, pues el hecho de venir a consultar por un niño también afecta a los padres que lo acompañan. Por ello, a veces proponemos un tratamiento para la madre o el padre que le ayude a comprender lo que está en juego en la relación con su hijo. Muchos padres están dispuestos a cuestionarse su situación. Lacan ideó una fórmula muy adecuada para calificar tal posición: habló de «padre traumático»,² que es aquel que, «inocentemente», sin saberlo, provoca un trauma a su hijo o su hija. Otros tienen la idea contraria y rechazan todo tipo de implicación en la problemática de su hijo. No querer saber nada puede ser una defensa útil y necesaria, y hay que tener en cuenta que no siempre es adecuado atacar la defensa de quien intenta protegerse. De todas maneras, este posicionamiento que toma el padre no le impide acompañar a su hijo a sus sesiones; simplemente, rechaza que lo que le concierne como padre o como madre sea restituido para él bajo la forma de una pregunta sobre sí mismo.

En las demandas paternas, de los profesores, educadores, etc., se escucha a veces el imperativo cientificista que reclama un saber cifrado del síntoma y no espera otra cosa que un diagnóstico cuya pretensión sería organizar un sistema de casillas que cada niño

debería marcar. Estas nuevas consignas extraen de las terapias conductistas sus significantes maestros: reeducación emocional, condicionamiento positivo, modificación de las conductas, tareas cognitivas y conductuales, etc.

El enfoque psicoanalítico estima que es problemático reducir la psicopatología a un diagnóstico preestablecido o, llegado el caso, a un pronóstico que lo acompañe. Querer suprimir el síntoma como si fuese una infección microbiana no hace más que obligar al sujeto a reforzar su defensa. El síntoma no es la enfermedad. No es más que la pequeña punta que se ve y que molesta. Es lo que sirve para recubrir la herida y despistar sobre lo que ocurre. No será posible ningún tipo de restablecimiento si uno se contenta con aplicar una tirita. Además, en lo que respecta a la patología mental, una descripción nosográfica corre el riesgo de fijar los elementos patógenos, volverlos rígidos, y hacer de la evolución algo más difícil. La marca impuesta por una posición cientificista puede estigmatizar y producir el aislamiento.

El psicoanálisis procede de otra manera. Para él, el síntoma pertenece a un sujeto particular en su relación con el Otro, incluso cuando este está ausente o quebrado.

ALINE Y LA CONTAMINACIÓN SIGNIFICANTE

Conocí a Aline, de dieciséis años, a raíz de sus persistentes fracasos escolares. Aline vive con la angustia de padecer enfermedades mortales: cada vez que ve en la televisión un programa sobre medicina, o cuando oye hablar de una enfermedad, especialmente del cáncer, Aline cree que ella también lo padece. *Atrapa* literalmente las enfermedades de *contaminación significativa*. Su caso es efectivamente un paradigma de la tesis lacaniana de la incidencia del significante en el inconsciente. Los nombres de las enfermedades graves, aquellas que llegan a provocar la muerte, se significan en su cuerpo. Entonces, los síntomas de la enfermedad desbordan. Se trata de una identificación que pasa por el significante, por un nombre, y que se inscribe en el cuerpo. La enfermedad y la muerte le son familiares hasta el punto de que hace de ello una creencia. A pesar de que ella sabe que todo esto sucede en su cabeza y que no está enferma, no puede evitar sentir esa angustia que la lleva a anticipar una muerte prematura. Los síntomas no duran y las enfermedades cambian, pero el cuerpo se mantiene como el lugar elegido en el que Aline exclama su nombre de goce. Para hacerse escuchar, Aline eligió *hacer presente su voz* en

el cuerpo y hacer uso de los nombres de enfermedades que marcan su relación particular con la existencia. Produce su síntoma para anunciar su muerte anticipada al Otro a quien ella interpela: «¿Me oirás, me escucharás más cuando sepas que voy a morir, que padezco una enfermedad mortal?».

El sentido no resuelve, sin embargo, la cuestión: aquellos que le interpretaron que, cayendo enferma, ella buscaba producir un efecto de inquietud en los demás, quisieron comprender sus síntomas demasiado pronto. Para ella, la verdad no parece ligada a este deseo inconsciente. El abuso de sentido es siempre culpa del analista. A veces el síntoma no parece responder a ningún tipo sentido, con lo que no es reabsorbible por el sentido. Reducir el síntoma al sentido, ya sea interpretándolo como un deseo inconsciente, equivale a reducirlo a lo que dicho síntoma expresa y a dejar en suspenso lo que no dice y no se explica. La interpretación debe también tocar este goce del síntoma que es lo más íntimo del sujeto. Pues el síntoma no es únicamente una cuestión de saber: algo se resiste al sentido, es lo que Lacan llamó «lo real». Lo real del síntoma es lo que no tiene sentido. Para Aline, lo real de su síntoma reside más en su miedo de ser engullida por sus fenómenos corporales que en la significación de lo que ella provocaría así en el Otro. Por otra parte, sus padres dejaron de interesarse por sus síntomas y los consideraron excesos de una imaginación mórbida. Quedó entonces sometida al valor de experiencia mortificante, que no tenía sentido, que la *deslocalizaba* como sujeto ya muerto. Le faltaba la palabra para el decir. Era esto realmente la parte imposible de su síntoma.

Ciertamente, en la consulta del psicoanalista se da esta idea loca de la enfermedad. El analista puede escuchar al paciente atendiendo a la absurdidad de un síntoma en el que nadie quiere ya creer. La misma Aline se da cuenta de que su sintomatología es completamente irracional, pero reconoce que es más fuerte que ella, y cree que no puede hacer nada para cambiar la situación. La angustia de padecer un cáncer o de terminar paralizada es más fuerte que la razón. La fascinación que ejerce sobre ella la idea de su propia muerte es una construcción para soportar su existencia de chica identificada con el malestar de su madre —una mujer enferma y sola, que sufre en silencio, aplastada por su marido—. El cuerpo es realmente el objeto del sufrimiento materno, pero está encerrado, mortificado, es indecible. Mediante su propio cuerpo, esta chica se convierte en el *megáfono* de su madre. Como un eco del cuerpo materno, ella hace resonar a través de su miedo lo real de la enfermedad.

Lacan mostró que «el síntoma del niño se encuentra en posición de responder a lo que

hay de sintomático en la estructura familiar»,³ es decir, que el síntoma del niño es una manifestación inconsciente de la estructura de la familia. Esta fórmula indica que aquello de lo que el niño sufre tiene su causa inconsciente en la relación entre sus padres. Ahí representa la verdad. «Es este el caso más complejo, pero también el más abierto a nuestra intervención», añade Lacan.

Cuando su síntoma responde al goce de la madre, el niño es «el objeto» de esta y no sirve más que para «revelar la verdad de este objeto». Según la formulación de Lacan, el niño, entonces, «realiza la presencia [del] objeto *a* en el fantasma» de la madre. En este caso, el síntoma corre el riesgo de ser el revelador de un funcionamiento materno que excluye la función paterna como mediación.

Estas dos modalidades son las piedras angulares que permiten situar el síntoma en su relación con los padres, y además permiten cernir la evolución del niño en su familia, principalmente cuando el síntoma no encarna la verdad de la pareja parental y sirve al fantasma materno, tal y como sucede en el caso de Jérémie. Lo que genera su síntoma es la relación con su madre. El padre está totalmente excluido; su existencia es adicional, no porque no exista o no cuente, sino porque no se ha incluido en el vínculo que se anudó entre la madre y el niño.

JÉRÉMIE Y SU CONSTANTE AGITACIÓN

Antes de encontrarme con su madre, había oído hablar de Jérémie durante meses. El interés de los padres por la psicoterapia era más bien escaso. Sin embargo, cuando recibo a la madre y al niño, me encuentro ante mí a una madre angustiada, que me confía los graves problemas de relación que tiene con su hijo. Le cuesta soportarlo desde que el niño empezó a caminar, cuando adquirió un aire de independencia. Mientras fue un bebé, él niño se colocaba como objeto de la madre; ella podía controlar su cuerpo y su mente. A la edad de tres años, en el colegio detectaron las dificultades de Jérémie, y entonces advirtieron a la madre. Ella rechaza la idea de que su hijo tenga un problema. Para ella, su hijo está muy bien. Es como ella era a su misma edad, de la misma manera que su hijo primogénito, que manifestó grandes dificultades para separarse de ella y que ahora está muy bien. Se siente acosada por la escuela y tildada de mala madre.

Las entrevistas desvelarán que la *mala madre* no es otra cosa que la fórmula

significante fijada por su propia madre para predecir lo que ella será como madre. «Mi madre quiso destruirme», me dirá. Ella vive bajo la influencia de los malos pensamientos de su propia madre. En este contexto, los problemas de su hijo son una respuesta al odio materno expresado por la abuela. El niño es aquí el objeto *a* que realiza, como decía Lacan, esta presencia en el fantasma materno, y que podría enunciarse así: «Tal como mi madre predijo, soy una mala madre, y mi hijo es la prueba de ello».

En este caso, el niño encarna un «rechazo primordial», el de su madre, que no puede acceder al orden simbólico que la sobrepasa. Ella lo encierra en su problemática particular, sin dejar el mínimo lugar a una posible mediación entre ella y él, pues la voz de la abuela se verifica en lo real, prueba absoluta del saber de la madre sobre el niño. De resultas de ello, su hijo es aquel que potencialmente la amenaza, pues es quien la hace *mala madre*, cumpliendo con las predicciones de la abuela. Por esta razón lo vive como peligroso, capaz de hacer surgir ese peligro que la atormenta.

En consecuencia, el niño tiene miedo también de su madre. Él es también presa de la angustia destructiva de ella. Su agitación constante muestra que no puede colocarse en el lugar de sujeto. Durante las sesiones, Jérémie entra y sale, enciende y apaga la luz de manera repetitiva, parece poco sensible a lo que se le dice. Da la impresión de estar invadido por una inquietud desbordante. Es prisionero del deseo de la madre, del «no» de ella a la maternidad, ya *negativizada* por su propia madre con respecto a ella. Este niño está atrapado sin mediación en las construcciones delirantes de su madre, que sin embargo lucha y busca la manera de deshacerse de lo malo que ya se ha dicho, que la invade y que predeterminó su función materna.

El alivio del niño será posible a partir del momento en que su madre encuentre una solución a lo insoportable que constituyen las palabras asoladoras de su propia madre. Se trata, en efecto, no de comprender el sentido de lo que la persigue, sino de ayudarla a operar un cambio en la percepción que tiene de su hijo, prueba para ella de lo todopoderoso de los pensamientos de su madre.

LA DEMANDA INCONSCIENTE

Si bien se considera que la existencia de un niño se inicia el día en que este sale del vientre materno, el psicoanálisis estipula que este niño tenía ya un lugar como objeto del deseo de los padres. Ya estaba allí, hablado por el Otro paterno. A partir de esta inscripción en el deseo, se enraíza el lugar que él tendrá en el Otro.

En el nacimiento, el bebé se manifiesta por medio de gritos, que tomarán para el Otro materno el sentido de una llamada. A lo largo de las semanas, la madre interpretará los llantos del niño para distinguir en ellos los diferentes registros de la necesidad y de la demanda. En efecto, cuando el niño se manifiesta por medio de sus llantos, puede que lo haga porque tiene hambre, sed, porque está mojado, o porque experimenta un displacer, pero también porque, simplemente, desea la presencia de su madre. Son las denominadas «necesidades» del niño pequeño, son la expresión de su total dependencia para su supervivencia, dependencia que hemos ya mencionado y que resulta ser la particularidad del ser humano.

La manera en la que el niño es acogido en su familia es un aspecto determinante. Cuando, por ejemplo, la madre no está en disposición de soportar esta dependencia del niño, se impacienta ante sus múltiples demandas, las recibe como trabas a su propia libertad; el niño puede convertirse en un objeto cargante. Puede ser entonces brutalmente desinvertido o desalojado de su lugar ideal. La dependencia del niño y su demanda están así intrínsecamente anudadas y constituyen la modalidad prínceps de la expresión de la vida.

Para el ser hablante, en el inicio de la vida se da una angustia ligada al hecho de que no se hallan las palabras que sirvan de ayuda para calmar las múltiples demandas que el cuerpo experimenta. El hablante primerizo se halla confrontado a un agujero, a un real que es pura angustia. Esta se manifiesta por medio de signos variados, regularmente acompañados de llantos, que pueden aparecer como sinrazón —sin relación con una necesidad que haya que satisfacer—, algo que inquieta a los padres, que no entienden el

sentido del llanto. Esta manifestación de la angustia en bruto la interpretan a menudo como dolores de barriga inexplicados (los famosos «cólicos» del lactante). El cuerpo es a menudo el lugar electivo de la manifestación de la angustia. Pueden aparecer efectos de alivio cuando se acuna al niño y/o él escucha la voz materna o paterna, que, por otra parte, reconoce desde muy pronto.

La demanda del niño es la expresión más inmediata de la relación que se instaura con sus padres. Tal demanda vehicula toda la dimensión lenguajera de la relación. Es vital, y cuando se la ignora, el niño se queda sin recursos en relación con lo que experimenta. Si surge de la necesidad experimentada en su cuerpo, la demanda que él dirige al Otro no llega a colmarse nunca del todo. Ahí se instaura la falta. El niño también demanda la presencia de la madre independientemente del hecho de que la necesite. La satisfacción de la necesidad nunca es suficiente para satisfacer la demanda. Así, la demanda se vuelve demanda de presencia y equivale como tal a una demanda de amor, más allá de toda necesidad.

LA DEMANDA BLOQUEADA DE SARAH

Sarah acaba de cumplir tres años cuando me hablan de ella. En la sala de espera, Sarah, me dicen, no se mueve, no habla, no juega. En aquel momento, la atienden ya en otro servicio en el que recibe sesiones de psicomotricidad. Se ha hablado de psicosis o de autismo infantil.

La primera vez que la recibo, quedo impresionada por dos cosas: Sarah no me mira, evita mi mirada, pero sabe que su padre habla de ella y que yo escucho lo que él me dice. Me parece una niña que está muy presente, que explora el lugar, antes de situarse en los brazos del padre. De entrada, el diagnóstico de autismo me parece mal fundado.

Sarah es el tercer hijo de sus padres. El primogénito murió cuando era muy pequeño, algo que generó en estos jóvenes padres una gran angustia. La segunda fue muy mimada. Hoy, es una niña inteligente, exigente, con una imaginación desbordante. Después llegó Sarah. Para ella, el entorno familiar fue menos inquietante. Sarah fue un bebé tranquilo, una niña que no planteaba ningún problema, que dormía, comía y vivía su vida. Creció y después se dieron cuenta de que no hablaba, de que se movía poco. «Lo que resultaba pesado —añade sin embargo el padre— es que se quejaba mucho». En esta primera

entrevista, el padre está todavía bajo el impacto de lo que sucedió la semana anterior: su hija se cayó de la cama y se fracturó el hueso temporal del cráneo. Todavía escucha, me dijo, el ruido de la caída, recordando su miedo cuando llegó a la habitación y vio a su pequeña en el suelo. Esto reactivó la angustia de muerte ligada a la pérdida de su primer hijo. Felizmente, después de tres días de hospitalización, durante los cuales las enfermeras quedaron impresionadas por el «coraje de Sarah», que no lloró, no se quejó, se recuperó bien de su caída.

Los padres abordarán cada uno a su manera su divorcio en curso. Una decisión que se tomó a partir de una terapia de pareja, después de la muerte de su primer hijo.

La madre volverá a vivir a su región natal. Es ella quien primero deja el hogar para ir a vivir fuera de París durante la mitad de la semana. Un nuevo ritmo se instaure así en la vida de Sarah. Su madre se marcha de París el domingo por la tarde y vuelve el martes también por la tarde. El miércoles por la mañana, es ella quien acompañará a Sarah a sus sesiones. Este será un punto de referencia para la madre, que se apoyará en esta cita para su hija como un tiempo de escansión en la semana. «Ir a ver a la señora Bonnaud» se convierte en el significante de la transferencia. La madre habla a su hija de esta cita particular, momento que cobra para ella una función de deseo. Como dice Lacan en el seminario «Las formaciones del inconsciente», «al nivel de la demanda, hay entre el sujeto y el Otro una situación de reciprocidad». Pero «lo que hay que introducir, y está presente desde el comienzo, latente desde el origen, es que más allá de lo que el sujeto demanda, más allá de lo que el Otro demanda al sujeto, se encuentra por fuerza la presencia y la dimensión de lo que el Otro desea».¹

El hecho de que la madre pudiera manifestar a su hija esta demanda de otra cosa — una demanda que no se trataba únicamente de que Sarah se alimentase bien, que fuera limpia, que durmiera bien y fuese cariñosa— nos indica que hay un más allá de esta demanda que llamamos deseo; el analista pudo desempeñar la función de reencuentro con el deseo del Otro por parte de Sarah.

Así, en algunos meses, Sarah sale de su mutismo e instaure una relación de palabra conmigo. Me sorprende el día que me dice: «Señora Bonnaud-lista». Ella nombra así a la persona que viene a ver cada miércoles. Desde el inicio de nuestros encuentros, para indicarle nuestra cita semanal, le doy una tarjeta de visita que ella guarda celosamente en su bolsillo. Se marcha con este «objeto-lista» en su bolsillo. Doy también una a su

madre, que guarda en su bolso. Sarah está muy contenta, pues su madre tiene también la tarjeta de la «Señora Bonnaudlista».

El tiempo de los reencuentros con su madre va al ritmo de nuestras citas. Así, la tarjeta de visita en la que Sarah le gusta leer mi nombre sirve en estos momentos para un pequeño juego: el cartón se convierte en un billete de tren para Marsella, la ciudad de su madre, en la que va a establecer su vida próximamente. Se instaura la cadena significativa. El cartón en el que se escribe el nombre del analista puede servir de billete de viaje para su madre. Y es muy divertido para Sarah descubrir todo lo que se puede hacer con eso... Ella se va, vuelve, yo soy vendedora de billetes y después, poco a poco, voy a ser la madre que compra uno para marcharse. Esta operación es esencial para el niño, pues da un sentido a la ausencia, permite situar la pérdida en un bucle que lleva el objeto dentro de un trayecto de ida y vuelta.

Después de diez meses de psicoanálisis, y a pesar de la inquietud que manifiesta todavía de vez en cuando, Sarah está transformada. Habla muy bien y aprende con una facilidad sorprendente. Es muy viva y está animada por una determinación que sorprende a todo el mundo, si bien tiene todavía momentos de repliegue en los que, con la mirada baja, parece una niña triste.

Cuando se marcha a vivir fuera de la capital, Sarah ha entendido que marcharse es tomar el tren, y que siempre se hace una ida y una vuelta. Sabe que su madre vuelve, que su padre se va y vuelve, que viajar es como el análisis: se escribe su nombre en un billete y esto quiere decir «hasta mañana».

La sucesión de sesiones con Sarah muestra que trabajamos la cuestión de la demanda de una presencia y la de una ausencia: la instauración de citas con la alternancia de las idas y venidas de la madre permitió significantizar a lo que para ella estaba en una situación de espera. En efecto, la llegada al mundo de Sarah parece haber reactualizado para la madre la pérdida de su primer bebé, de sexo masculino. Dar de nuevo un hijo a su marido atenuaría el duelo ligado a la pérdida de su primer bebé. Inconscientemente, la madre se sentía culpable de no haber podido reemplazar el niño perdido. La demanda de Sarah, que estaba sin respuesta, la convirtió en una niña que no se manifestaba. Esta ausencia de demanda del niño no era más que la respuesta a la tristeza materna, inscribiéndose como un fracaso del amor. Para la madre era imposible investir a su niña; del mismo modo, su deseo a media asta la dejaba sin dolor.

Además, la separación de su marido velaba su destino de mujer. Se sentía abandonada

como objeto de deseo y no veía más que su vida invadida por la pérdida y el abandono. De este modo se reactivaba la castración, que es la privación de amor para una mujer. Sarah se pegaba, por así decirlo, a esta pérdida; su dependencia vital al deseo del Otro estaba considerablemente sobredimensionada.

El *fort-da* freudiano es la demostración de una demanda de presencia sobre el fondo de ausencia. Freud aisló el fenómeno mostrando que el niño pequeño se servía de un juego con una bobina² para soportar la ausencia de la madre. El niño repite la experiencia que consiste en lanzar la bobina y hacer volver pronunciando las sílabas *fort* y después *da*, que son un *aquí* y después *allí*. Hay una repetición del acto porque el sujeto obtiene de ahí una satisfacción. Por otra parte, todo el mundo sabe que los más pequeños obtienen un malicioso placer haciendo caer los objetos para que alguien se los recoja, o jugando una y otra vez a lo mismo. La repetición genera el placer de obtener repetidamente, que es propio de nuestra inscripción en el lenguaje y de la satisfacción pulsional que gobierna. Este juego del *fort-da* muestra que el niño usa significantes como «se ha ido, adiós» mucho antes que otros. Esto prueba la importancia de la cuestión de la presencia y de la ausencia en la estructuración del sujeto, y también muestra cómo el sujeto utiliza el objeto que escoge para simbolizar la pareja modulada de la presencia y de la ausencia. Lacan y Freud mostraron que la satisfacción que el niño pequeño extrae de la repetición de su juego introduce la relación del sujeto con el goce.

Lacan distinguirá dos tipos de demanda: la demanda de un objeto —el sujeto experimenta necesidades y demanda el objeto de la necesidad— y la demanda de amor, que no es demanda de un objeto, sino demanda de nada, demanda de signos dirigidos por el Otro. Se puede entonces distinguir la demanda de un objeto que va a satisfacer una necesidad, de otra forma de demanda que es la del amor. ¿Por qué Lacan habla del objeto como *nada*? La nada es en su totalidad un objeto para él. Sirve para nombrar lo que no puede darse, lo que no puede colmar, lo que puede responder por medio de un objeto-tapón a la demanda del niño. Así, es fundamental para la construcción del niño que haya un lugar para la nada en la respuesta a sus demandas. Si la madre responde a cada llamada dándole de comer o de beber, lo hará por medio de una respuesta que excluye la falta y que puede tener como consecuencia volver al niño incapaz de soportar la frustración.

Entre estas dos demandas, la demanda que tiene por objeto algo y la demanda del amor, Lacan inscribirá el deseo: «El deseo se esboza en el margen donde la demanda se

desgarra de la necesidad: margen que es el que la demanda, cuya llamada no puede ser incondicional sino dirigida al Otro, abre bajo la forma de la falla posible que puede aportarle la necesidad, por no tener satisfacción universal (lo que suele llamarse: angustia)».³

JULIE DESAPARECE CON SU ANOREXIA

Julie tiene trece años. No quiere comer desde hace varios meses. Su madre está desquiciada y no puede soportarlo. El padre está muy inquieto. La historia familiar está marcada por un duelo reciente: el hermano mayor de Julie murió brutalmente. Desde que la muerte entró en esta casa, Julie, con su rechazo a la comida, indica que ella se pregunta quién está vivo y quién muerto en la familia. Hace de su cuerpo el objeto en el que se escribe la pregunta dirigida al Otro parental: «¿Quieres mi muerte?» —en lugar de la del hermano, se entiende—, «¿Quieres perderme?». Julie se transforma día tras día, como si fuese para volverse niña, en aquella que era justo antes de la irrupción de la muerte en la familia. Manipula así la vida a través de su cuerpo. ¿Qué quiere expresar poniendo de este modo su vida en juego? La respuesta podría ser que sus padres salgan de su duelo imposible. Que ellos vean que ella existe. Que se ocupen de su cuerpo vivo antes de que sea demasiado tarde. Ahora bien, los padres no quieren ver la delgadez de su hija. Quieren que coma y cuando lo hace, esto les tranquiliza. Sin embargo, Julie continúa adelgazando. Vomita o tira a la basura todos los platos preparados por su madre. Sus padres no quieren verla desaparecer. Es ella quien se pone en situación de desaparecer, rechazando, por ejemplo, comer en la misma mesa que ellos. Después exige comer ella sola en su habitación, para ser dueña de su conducta alimenticia. Que la miren se ha convertido para ella en algo insoportable, ya que su madre no cesa de mirarla mientras come.

Así, Julie intenta poner distancia entre ella y su madre, creando una separación. Quiere introducir la falta entre su madre y ella. Dice «No» al imperativo materno «¡Come!» como modalidad de respuesta a su demanda de amor. Crea así un «hueco» entre la demanda de alimento y la demanda de amor. Exige otro alimento, una comida aparte, indica bien la necesidad para ella de desalojar el objeto «alimento materno», y de constituir el lugar de otro objeto que ella pueda desear, fuera del campo de la madre. La

alimentación que ella se da es así la que respondería a un deseo imposible, el de comer para vivir, y no para amar y ser amado.

Este ejemplo de anorexia mental articula de la manera más clara el hiato entre el deseo y la demanda. ¿Por qué este rechazo a comer que puede llegar hasta la muerte, si no es para marcar la diferencia absoluta entre la necesidad, la demanda y el deseo? La anorexia niega la necesidad y «juega con su rechazo como un deseo»,⁴ remitiéndole al Otro materno que ha confundido «sus cuidados con el don de su amor», con lo que la atiborró. Demasiado alimento, entonces demasiado amado, el niño rechaza satisfacer la demanda de la madre y espera que ella le dé esta *nada*, que finalmente le abrirá la vía «que le falta hacia el deseo».

La anorexia es la forma más acabada de la realización de esta nada del deseo. Sin embargo, en la clínica con adolescentes nos encontramos diferentes variaciones de esta nada. Puede darse en el «No tengo ganas de nada», o en el clásico «No valgo nada». Esta forma de rechazo se parece a una ruptura con el deseo, es decir, con la falta. Dicho de otro modo, la falta está ausente. El «No tengo ganas de nada» del adolescente equivale a un «No necesito nada» dirigido al Otro, forma de negativización de la demanda del Otro.

En estos momentos, la apetencia por los juegos y por internet ha tomado el relevo de una toxicomanía oral, y ha convertido el «No tengo ganas de nada» en «Juego y estoy conectado toda la noche»; se busca, por una parte, anular cualquier tipo de forma de falta y, por otra, evitar cualquier forma de encuentro con la demanda del Otro.

Hay un goce autístico en el hecho de conectar la vida de uno a una pantalla en la que se juega un encuentro imposible con los pequeños otros. Uno se evita de este modo contrariedades y permanece imaginariamente amo de su destino, como si se encontrase una mecánica de regocijo que se consume y que vacía de su sustancia al sujeto del deseo.

Es la satisfacción inmediata la que prevalece y deja fuera de juego cualquier otra forma de goce; incluso la sexualidad puede ser ahí descartada. Así, el adolescente cortocircuita las elecciones que le corresponden, los encuentros con el Otro sexo, se topa contra la nada del deseo y cree que él es amo de su goce.

El sujeto de la demanda está entonces radicalmente escamoteado en provecho del sujeto consumidor de goce virtual. La necesaria reconexión con el Otro del deseo pasa por la palabra. Esta resulta a menudo muy difícil y exige del analista pertinencia e

invención, pues para el consumidor de pantallas, las palabras parecen pobres. Es necesario introducir ahí otra cosa, una presencia encarnada y deseante, desconocida para el sujeto, y que podrá hacerle de nuevo deseante. Se necesita introducir ahí algo que asombre, que sorprenda a aquel que se ha desinscrito de la creencia en el Otro de la palabra, para hacerse *partenaire* de un goce a menudo ilimitado. Es por ello que la presencia del analista, presencia de carne y hueso, es indispensable para llevar al sujeto a confrontarse a otro que pueda hacerse *partenaire* de su deseo, por más tenue que este sea.

La ventaja del niño es que no está construido del todo, aunque lo esencial para él suceda en los primeros años de vida. Sus defensas no están todavía totalmente edificadas y, por ello, acceder a la causa de los síntomas es más sencillo. El analista considera que el niño es un sujeto que desea, y de este modo el niño siente que él no es cualquiera. Decirlo así puede parecer simplista, pero uno de los efectos más manifiestos, más tangibles, de los encuentros con el psicoanalista es el de ser escuchado en su más íntima realidad. La palabra del analizante, niño o no, es asumida como verdadera y auténtica. El hecho más insignificante, aquel al cual el niño no había dado ningún valor, puede revelarse de golpe crucial. Lo que muestra la clínica es que el analista se toma en serio lo que a menudo la familia no escucha. De hecho, para los padres es insoportable concebir el malestar en su hijo. Se da una especie de rechazo a creer que, a pesar de que los padres lo amen, el niño puede sufrir. Y sabemos que eso sucede.

MADRES SOBREPOTECTORAS

El niño es antes que nada un ser de palabra. Aunque el niño no lo sepa, el gusto por vivir, por amar, por aprender, por crecer, por convertirse en quien será, proviene del deseo del Otro.

Cuando empieza a hablar, nos sorprendemos de la facilidad con la que repite nuestras palabras familiares, las comprende, le gusta repetirlas una y otra vez. Este aprendizaje no tiene nada que ver con saber usar un tipo de mecánica. El lenguaje del niño, la manera en que se expresa, es el resultado de su inscripción como sujeto atravesado por los significantes que le representan. Que aprenda a nombrar las cosas, a pedir, a entrar en la comunicación con su madre, su padre, así como con las otras personas de la familia y de su entorno, muestra cómo, desde su más tierna infancia, las palabras han tenido un efecto primordial en su devenir. Él se las apropia y se sirve de ellas a condición de existir para el Otro y en el Otro.

El deseo del Otro es de entrada el deseo de la madre. Todos los psicoanalistas están de acuerdo en considerar que la relación madre-niño es determinante en la construcción de un sujeto. La madre es, en efecto, el primer objeto de amor del niño; es su «objeto primordial»,¹ su «Otro absoluto»,² dice Lacan.

Por otra parte, una mujer encuentra en la maternidad una satisfacción que se origina en su complejo de castración. En efecto, según Freud, la necesidad de tener un hijo de la niña pequeña proviene de la privación del falo; se produce una sustitución por la que el niño permite suplir la ausencia de falo. El deseo de niño no es claramente la única consecuencia posible de la envidia del pene, el *Penisneid* freudiano. Sin embargo, la maternidad constituye una de las vías clásicas de salida del Edipo femenino. Una parte de la castración femenina, de este *Penisneid*, se resuelve de este modo. El niño reemplaza, de algún modo, el falo que le falta a la madre.

De ello resulta que existe una relación entre el niño y este falo ausente. Sin que la maternidad y la relación madre-niño se encuentren separadas de la feminidad, lo que

importa saber es cómo el niño vino o no a responder al deseo femenino, y qué solución constituye él para su madre en tanto que mujer. ¿Será él o no lo que viene a colmar la ausencia de falo? ¿Estará él o no en posición de objeto *a* en el fantasma de la madre? ¿Ocupará él todo el lugar, hasta el punto de que la madre no volverá a buscar hacerse deseable para un hombre? Estas cuestiones se plantean cada vez que el niño constituye para su madre un síntoma del que ella se queja, como si para ella se tratase de algo insoportable. Desde el momento en que el niño cambia y adquiere autonomía, o intenta hacerlo, el niño es susceptible de molestar la posición materna. Ahora bien, algunas madres tienen la necesidad de mantener a su hijo en una posición de dependencia, porque alojan el sentimiento de ser indispensable para la existencia de su pequeño. Cuando crece, se sienten desposeídas de su amor. Sin ni siquiera darse cuenta, buscan entonces soluciones para mantenerlo en esta dependencia.

A menudo, la cuestión sexual está en primer plano. La sexualidad infantil se infiltra en la relación que el niño mantiene con los cuidados maternos; la sexualidad interviene en la satisfacción que los cuidados maternos procuran y en las expectativas que estos hacen surgir. Cuanto más invasiva sea la madre, por ejemplo en el momento del aprendizaje de la higiene, más tenderán sus cuidados a fijarse como puntos de goce infranqueables.

Así, el encuentro con los niños muestra que la sexualidad obedece a circuitos complejos y se inserta en el lenguaje. Si Freud produjo un escándalo indicando que el niño era una *perverso polimorfo* fue porque descubrió la importancia de la sexualidad en el desarrollo del niño. El primer goce del niño es el que obtiene cuando mama del pecho materno; después esta sexualidad se desplaza y encuentra objetos diferentes a medida que crece y que se abre a experiencias nuevas. Freud llamó «libido» a este goce tan presente desde el inicio de la vida. Esta perspectiva permite liberar la sexualidad de su acepción médica o moral y acercarla a su funcionamiento en el psiquismo. Lejos de reducir la cuestión de la sexualidad a la relación sexual y a sus fracasos, Freud muestra cómo la sexualidad palpita en el corazón de la vida psíquica.

La libido se fija en los bordes de los orificios que son, según Freud, zonas erógenas. Estos orificios corporales sirven para focalizar y contener la carga pulsional. A partir de ahí, Lacan definió la pulsión como una mezcla de significante y de goce. Es, según sus palabras, «un montaje [...] que se presenta como si no tuviera ni pies ni cabeza».³ El único objetivo de la pulsión es la obtención de satisfacción.⁴ La educación consiste

justamente en ayudar al niño a no enfrentarse directamente con sus pulsiones y a orientarlas hacia objetos más sublimes o con objetivos más adecuados a sus intereses.

El concepto de pulsión permite entender que la sexualidad es un acontecimiento que se inscribe en lo más íntimo de la vida del sujeto. La sexualidad también puede manifestarse por un encuentro traumático, ya sea el encuentro de un goce que afecta, que desorganiza y que se fija en el psiquismo. El traumatismo es la escritura de un goce no reabsorbible, de un punto intratable para el sujeto.

MILÈNE Y SU MADRE POSESIVA

La madre de Milène acude a la consulta de manera urgente. Hace casi un mes que su hija de cuatro años pasa parte de las noches sentada en el orinal del lavabo. La niña no quiere explicar por qué pasa allí, según su madre, mucho más tiempo del que necesita para lo que allí tiene que hacer. Milène llega a poner de los nervios a su madre, pues se ha convertido de golpe en Otro para ella.

A lo largo de la entrevista con la madre y la niña, aparece que ellas dos viven en una gran proximidad la una con la otra. Lo comparten todo. No hay intimidad posible ni para una ni para la otra. La madre tiene por otra parte el sentimiento de saberlo todo sobre su hija. Es por ello que la irrupción de este síntoma provoca en ella la angustia y la cólera — ligada a la impotencia en la que la sumerge la niña.

Para esta madre, Milène es un «milagro», la hija que ella no había imaginado poder tener, la hija que la salva de sus graves dificultades para vivir, que la saca del dominio de una pulsión de destrucción. Abandonada por el padre de su hija, vive en un universo en el que todo está centrado en ella.

En este contexto, la irrupción del rechazo de dar sus cacas cuando su madre se las pide es el primer signo de oposición de Milène. Esto se acompaña de angustia, que se manifiesta en el miedo a perder el contenido de su intestino. Las sesiones mostrarán rápidamente que, para Milène, la demanda de su madre es claramente una exigencia y lo que está en juego en su higiene es una relación de fuerza entre ellas. Milène opone un «No» a la demanda materna, demanda de Otro que ella experimenta como absoluto. El síntoma, en este sentido, es un mecanismo de defensa del sujeto frente a la exigencia materna. Indica que, para poder separarse de la madre, hay que pasar por una oposición,

por el hecho de decir «No» a su voluntad. Cuando la demanda de la madre aplasta el deseo, se corre el riesgo de ver aparecer en el niño síntomas de rechazo. En cierta manera, Milène decide no estar más bajo la mirada de su madre, y sobre todo bajo sus mandatos, para satisfacer sus necesidades. Así, se levanta por la noche para escapar a la mirada de su madre, para sustraerse a su influencia.

Cuando Freud descubrió la importancia de la sexualidad infantil en la formación de los síntomas, lo primero que intentó fue situar cronológicamente el incidente sexual que tuvo consecuencias traumáticas para en el sujeto. Este modo de aprehensión del síntoma pudo tener su pertinencia, pero favoreció un recorte normativo en forma de «estados del desarrollo» del niño cuando en realidad hay, en cada etapa de la vida, una imbricación de diferentes pulsiones. Lo que está en juego en el síntoma es la cristalización de un modo pulsional electivo, sin, por el contrario, excluir los otros. Es esto lo que Freud llamó *fijación*, a saber, que «el representante psíquico [...] de la pulsión rechaza su presencia en el consciente».⁵ Esto da cuenta del impacto de un funcionamiento particular en cada sujeto, de la prevalencia de una pulsión dada, que gobierna y se inscribe especialmente en la formación de un síntoma.

Freud mostró que el autoerotismo tiene un valor crucial; el niño inviste su propio cuerpo —y sobre todo las zonas erógenas— como objeto/s de goce:⁶ «Una boca que se besaría a sí misma» sería «el modelo ideal [...] del autoerotismo»,⁷ escribirá Lacan como continuación de Freud. Pero Lacan irá más lejos en esta lógica cuando interpretará «Esta boca que se besaría a ella misma [como] una boca cosida en la que, durante el análisis vemos señalar al máximo, mediante algunos silencios, la instancia pura de la pulsión oral, que se cierra sobre su satisfacción». En el análisis, el silencio se refiere a la pulsión oral que rige su propia satisfacción. Pero a partir de este autoerotismo freudiano, percibimos que hay en potencia una dirección hacia el Otro, aunque esta sea silenciosa. Sensible en la percepción de la sexualidad infantil desde los primeros meses, el autoerotismo se convierte rápidamente en un heteroerotismo en el que la conexión con el Otro funda la relación con los demás y con el mundo. La sexualidad pasa por las redes de la construcción subjetiva, por los significantes, y el deseo se formaliza.

Lacan denunció la pseudomaduración natural de los estados, que concibe el desarrollo del niño como una secuencia cronológica independiente de la relación con el Otro. Lacan consideró que, al contrario, el cambio y la renuncia parcial a la satisfacción se producen en el niño precisamente en la relación con el Otro. En la oralidad, por ejemplo, el destete

constituye la primera forma de separación que el niño debe experimentar, aceptando la privación del seno y después del biberón. Hay entonces claramente un paso en el que la madre ya no da más. Esto puede provocar síntomas de anorexia o de repliegue depresivo en el niño. En este sentido, el destete es la primera operación de pérdida. Lacan dice, en efecto, que la angustia de castración «es como un hijo que perfora todas las etapas del desarrollo. Orienta las relaciones que son anteriores a su aparición propiamente dicha — destete, disciplina anal, etc.—. Cristaliza cada uno de estos momentos en una dialéctica que tiene como centro un mal encuentro».⁸ Debido a esto, no existe continuidad entre la pulsión oral y la pulsión anal. No hay un estadio que iría en el sentido de una progresión hasta esperar un estadio genital definitivo.

Para Lacan, el paso de la pulsión oral a la pulsión anal no se realiza por medio de la intervención de algo que es del campo de la pulsión, sino que se lleva a cabo por la inversión de la demanda entre el sujeto y el Otro. En efecto, el niño aprende a controlar sus esfínteres porque la madre le pide que le dé sus cacas. Al inicio de la relación madre-niño, este pide y la madre da; en un segundo tiempo, la madre demanda y el niño debe aceptar dar. Para él, esto constituye el primer don de una parte de sí mismo. Sin este intercambio de palabras habrá un fracaso, es decir, se producirá una fijación o una regresión con todas las variaciones sintomáticas ligadas a esta doble polaridad: guardar o dar, amontonar o dar, retener o expulsar, etc.

El caso de Milène demuestra que cuando la demanda del Otro equivale a un mandato, a una orden sin llamado, el niño no responde ya a la demanda e intenta entonces indicar, a su manera, que él no es el objeto del Otro. Lo que se denomina regresión no es habitualmente más que un rechazo, no de progresar y de sumir su cuerpo, sino un rechazo de someterse a las demandas y deseos del Otro. El niño ensaya así su poder sobre su madre y puede identificarse con este Otro en su omnipotencia. Hay entonces una inversión del circuito entre el niño y la madre, que experimenta, a su vez, los avatares de la buena voluntad de su hijo. Esto necesita un tratamiento para el niño y la madre, ambos metidos en este bucle infernal que constituye uno de los principios fundamentales de la relación entre dos personas. A esto, Hegel lo llamó «dialéctica del amo y del esclavo», y es lo que hoy se ha pasado a denominar «relación del verdugo y su víctima». Esta formulación, tan utilizada en nuestros días, no hace más que figurar la relación primordial con los padres, cuyo impacto se mantiene a menudo en la vida de un sujeto. «No te hagas la víctima», tal y como se escucha decir constantemente, no es más

que una manera de interpretar el vínculo del sujeto con el Otro, y esta interpretación es siempre insoportable de escuchar porque es caricaturesca y excluyente.

ALAIN Y LA TRANSMISIÓN DE LA DISLEXIA

Recibo a Alain acompañado de su madre. Ella me explica el problema de su hijo. Alain es disléxico, y esto le plantea muchos problemas en la escuela. Ha recibido diferentes tratamientos para intentar paliarlos. La maestra advirtió a los padres de su tristeza, relacionada, según ella, a su sentimiento de fracaso. Es por ello que esta maestra les recomendó consultar a un psicólogo.

La madre explica que ella sufrió del mismo síntoma y que desde el principio de su embarazo se sentía muy angustiada por la idea de transmitir su dislexia a su hijo. Después de haber descubierto de adulta el método que le permitió vencer este síntoma, había intentado curar, o mejor dicho prevenir, *in utero*, de la dislexia a su hijo por medio de sesiones con un médico que la salvó, dice ella. Como puede verse, la madre cura el mal de su hijo antes de que este nazca. Considera, en efecto, que la dislexia provoca sufrimiento y que es un hándicap en la vida de un sujeto. No quiere que su hijo padezca los mismos sufrimientos que ella.

Alain ha sido entonces *contaminado* por la enfermedad materna. Se ve bien aquí cómo el deseo inconsciente de la madre puede perpetuar la necesidad del síntoma. El síntoma del niño prolonga así el de la madre. Están los dos anudados por un vínculo particular, por una falta nombrable: la dislexia, significante amo en el discurso de la madre. En efecto, «dislexia» es para esta madre un significante amo, pues indica el valor de control que tiene para ella; la dislexia es la marca de su ser, y ella se la ha transmitido a su hijo.

Ahora bien, Alain no sufre por su dislexia. Esta no tiene sentido para él. Él está afectado de un mal del que no se siente para nada responsable. Padece este síntoma que sus padres combaten por medio de todo tipo de métodos. Él es el objeto de esta enfermedad que provoca las dificultades que, por otra parte, reconoce sin reservas. Durante la sesión, si no se acuerda de lo que habíamos hablado o de lo que le dije en la sesión anterior, hace responsable de estos olvidos a la dislexia. Cree en su síntoma y al mismo tiempo se arregla muy bien con él. Cree que lo que él dice se borra de su

memoria a causa de su dislexia. Es decir, que entre él y su síntoma no hay el más mínimo intervalo, la más mínima pregunta posible. El síntoma se ha convertido en su ser, lo ha absorbido. Ha hecho de él un verdadero yo. Es su carné de identidad, su inscripción como sujeto. Él sostiene esto del mismo modo que esto le sostiene a él. Su discurso sobre la vida se ve afectado por ello, pero, como él dice, ha optado por reírse de ello. Vive con eso.

Por esta razón, en su análisis, no se trata tanto de descubrir el sentido escondido de su dislexia —esto no le interesa— como de liberarle del uso inconsciente que él hace de dicho sentido. De este modo, el trabajo analítico ha hecho posible que este sujeto libere sus fantasmas sobre su funcionamiento, sobre la representación que él se hace de su cuerpo: Alain se imagina una multitud de pequeños soldados que viven en su vientre, que clasifican el pipí y la caca, dirigidos por un general de quien él es el jefe. En lo que concierne a la parte superior de su cuerpo, imagina su cerebro funcionando con numerosas puertas minúsculas que se abren y se cierran a su agrado, y que tira en una papelera las informaciones no deseables: «Salen por las orejas y caen al suelo». Él es también el amo de todo esto. Se reconoce en este fantasma una construcción que pone en juego Otro todopoderoso, y su control del cuerpo como si fuese un general de la armada con sus soldados. Esto indica cómo el fantasma del sujeto se construye en el vínculo con el Otro y pone en juego el cuerpo como objeto de goce del Otro.

La dislexia protege a Alain de esta omnipresencia del Otro en su cuerpo, pues su cuerpo escapa justamente a este control experimentado como una fuerza directriz. Para él, la dislexia consiste en dejar caer las palabras, dejarlas escapar de su cerebro, para tirarlas a la papelera. Finalmente, esta es una operación de clasificación. Ahora bien, él no crea el vínculo entre las palabras que se escapan y su significación. La analista se lo indicará, pues es alguien que no fija nada de su decir. Hace de las palabras el mismo uso que de su síntoma: no las escucha y no las relaciona unas con otras. El vínculo sintomático con su madre se lo impide. Las palabras son objetos idénticos a la caca, que hace falta separar de la orina para evacuarlas por el orificio correcto. Salen y caen por el suelo, se descuelgan, en desorden, y son escritas de cualquier manera.

En este caso, el deseo de la madre aparece sin mediación, sin rodeos. Ella considera que ha transmitido su propio síntoma a su hijo y que le corresponde entonces a él repararlo. Alain es su objeto, e incluso su objeto «enfermo» que conviene curar cueste lo que cueste. Quiere a la vez reparar a su hijo y restaurar la niña que ella fue y que no fue

ni comprendida ni curada. Puede también rectificar, a través de los cuidados que prodiga a su hijo, el reproche que ella dirige a sus propios padres, que no la aliviaron de su sufrimiento. La cura del niño revelará de qué modo la madre está implicada en esta problemática, y también cómo lo está su obsesión con la suciedad y la angustia que le provoca la posibilidad de contaminarse.

Así, en una sesión, el niño me habla de una historia que leyó la noche anterior y le propongo que, en la próxima sesión, traiga su libro. Me responde que no será posible porque su madre le prohíbe que los libros que lee por la noche en su cama salgan de ahí, pues circulan microbios y pueden asaltarle. Enumera después todos los ritos que cumple la madre para impedir que sus hijos se contaminen con los microbios y con otros virus que circulan. Utiliza el termómetro para verificar el estado de salud de sus hijos, buscando sin cesar si son objeto de enfermedades transmisibles.

Desde que pudo hablarme de esto, Alain comprendió que algo correspondía a la subjetividad de su madre. Le dije en esa ocasión que ninguna mamá debería servirse del termómetro de manera cotidiana.

La función del diagnóstico es conseguir una cura para el niño. El valor del síntoma depende en efecto de la estructura del sujeto. En este caso, el deseo de la madre conlleva un saber sobre la transmisión de una patología que lleva un nombre. Hay un real transmitido que funda una certeza de filiación del mal. La dislexia no constituye un síntoma simbolizado como tal por la madre, sino un real que se atrapa y se repite por cada niño. Los niños, para ser de ella, son necesariamente como ella, *di(cho)sléxicos*.⁹ La vía del padre está forcluida, su posición barrada, excluida. Esta vía no implica ningún vínculo entre el niño, la madre y el padre. Alain adora sin embargo a su padre, pero del mismo modo que uno quiere a un hermano mayor. Su padre no es amado como un padre que hizo de su mujer la causa de su deseo, su objeto *a*,¹⁰ según la expresión de Lacan. No le corresponde una función en la metáfora paterna, es decir, que funciona sin vínculo de deseo con la mujer que es esta madre. Ella no está dividida entre madre y mujer: la madre predomina.

Lacan adelantó que, para el niño, el deseo de la madre tiene un lado caprichoso, un lado imprevisible y a menudo irracional. Desde el punto de vista del niño, el deseo de la madre puede ser *imaginarizado* como un «gran cocodrilo dentro de cuya boca se encuentra usted [...] Es esto el deseo de la madre».¹¹ Y en efecto, frente a esta madre vivida como «devoradora», el niño sufre el riesgo de permanecer en este lugar de niño-

falo. Es así como se construye la patología del niño dependiente de su madre, que permanece como su objeto reemplazando así el falo que ella no tiene. Ser el niño-falo es experimentar el deseo de la madre con el riesgo de convertirse en su objeto inseparable, su fetiche, víctima de su voluntad de poder o, en los casos más graves, desecho de su propio cuerpo. Se establece un tipo de equivalencia entre el amor incondicional de esta madre y el hecho de gozar de un poder sobre su hijo. ¿Cuántas madres, en nombre de esta relación íntima, pretenden saber lo que les hace falta a su hijo y sentir lo que les conviene? Que eso sea verdad o no, no es lo importante. Lo que puede ser destructivo es la certeza de ser, en tanto que madre, la que sabe *todo* lo que el niño necesita para estar satisfecho. Esto ha dado pie a caricaturas de madres todopoderosas que no dejan ningún lugar al padre en el interior del circuito madre-niño. Ellas lo son todo a la vez: padre, madre y mundo.

Para el pequeño hombrecito, esta situación está ligada a la dependencia total del alimento. El niño deberá transformar este *ser el falo* en un *tener el falo* o no por el hecho de estar siempre convocado a encarnarlo. Para esto, conviene que la madre esté dividida entre *ser madre* y *ser mujer*. Es esencial que el niño no lo sea todo para la madre y que ella desee otras cosas.

Cuando una mujer, en el momento de ser madre, no encuentra interés en dirigirse a un hombre, corre el riesgo de que el niño sature su deseo y se convierta en el objeto que la satisfaga. En efecto, es crucial considerar al niño en tanto que objeto que «no colma únicamente sino que divide. [...] Si el objeto-niño no divide, o cae él como desecho de la pareja de progenitores, o entra con la madre en una relación dual que lo soborna [...] en el fantasma materno»,¹² indica Jacques-Alain Miller. Esta función de separación entre la madre y su hijo puede operarse por mediación de un tercero que la madre desee, sea o no el padre del niño. Esta función de corte puede ser ocupada por el trabajo de la madre, o por una pasión que ocupe un lugar de deseo para ella, y por supuesto, cuando ella está sola, por el deseo de encontrar otro *partenaire*.

Para que el niño no se encuentre trabado por el deseo de la madre es necesario que no se quede fijado en la identificación fálica, es decir, que haya podido salir de su posición de ser el falo de la madre. Esta operación no se produce nunca de manera totalmente irreversible. Se necesita a veces un largo análisis para acceder a este punto de separación con respecto a la madre. Y solo en la relación con el Otro sexo (incluso cuando se trata

de una relación homosexual) un sujeto podrá probar qué es lo que incita su elección amorosa y su relación con la castración del *partenaire*.

AUSENCIA O PRESENCIA DEL PADRE

¿Qué es un padre? ¿Cuál es su función con el niño que es su hijo? ¿Para qué sirve? En la época en la que la ciencia puede producir niños que crecerán sin presencia paterna, es importante preguntarse lo que aporta la función del padre, tan fundamental para los psicoanalistas.

Freud se preguntó ampliamente sobre el lugar del padre en la cultura y en la clínica, y Lacan inventó el concepto de Nombre del Padre, significante que simboliza esta función paterna, que no está encarnada necesariamente por una persona real. La cuestión de su presencia o ausencia en la realidad no es determinante para la evolución de un niño, desde el momento en que este puede tener respuestas sobre quién es su padre, de dónde viene, qué es lo que hace; dicho de otro modo, que se hable de él en tanto que deseante.

En efecto, Lacan insiste en que la madre debe *hacer caso*¹ de la palabra del padre, que no debe ni devaluarla ni alabarla. Hacer caso de la palabra del padre significa que esta palabra tiene un peso. No se trata de sostener su lugar de madre amenazando con la voz del amo de la casa cuando ella no llega ya a controlar a su hijo: «¡Se lo diré a tu padre!»; «Tu padre no quiere». Se trata más bien de tomar la palabra paterna como lo que nombra su lugar y su deseo en relación con su hijo, como lo que «humaniza el deseo».² Su palabra sirve de mediación frente a la presión de las exigencias del discurso universal. Él particulariza este discurso de Otro anónimo, y transmite a su hijo el modo de separarse de este universal alienante. Se comprueba entonces que el padre no tiene por función transmitir la ley universal como un dictado, sino el hacerla accesible para él y su familia. Así, no se trata en absoluto de prohibirlo todo como si se considerase al padre aquel que tiene que encarnar la ley de los hombres, sino de prohibir aquello que se sabe con certeza que humanamente se puede cumplir.

Lacan construyó la metáfora paterna³ para explicar cómo se produce la operación de significación del falo que introduce el niño a la ley edípica, al Otro de la ley. En esta operación de sustitución el Nombre del Padre viene en lugar del primer término, esto es,

el Deseo de la Madre. De esta sustitución significativa se deriva la significación del falo. Esto introduce al sujeto en el sentido, en la ley y en el deseo.

Nombre del Padre

Deseo de la Madre

Para entender de qué se trata, retomemos el caso de Milène, que está confrontada a un real carente del padre. ¿Cómo se introducirá la niña en la significación fálica? La madre de Milène, habíamos dicho, no vive más que para su hija. ¿Qué lugar deja ella para el padre de esta niña? ¿Qué le explica a su hija sobre su padre? ¿Le habla de él? ¿Qué es él para su madre?

A veces, a las madres les cuesta explicar a sus hijos la ausencia del padre. Se sienten culpables. Piensan que ya llegará un momento, «más tarde», «cuando será mayor», en el que el niño podrá comprender lo que pasó en sus vidas. Lo evitan y se inventan un futuro en el que las cosas se van a hablar, como si fuera a llegar el día en que el niño pedirá explicaciones y querrá saber.

Las entrevistas del analista con su madre confirmaron a Milène que ella tenía un padre. Creció con la idea de que su padre vivía lejos. Por el momento, su padre no existe más que bajo la forma de un retrato. La madre le mostró una foto y le dijo: «Este es tu padre». En realidad, Milène no reaccionó en ese momento. Parece que esto no tiene demasiada significación para la niña. Ella está feliz con su madre.

Pero a lo largo de su análisis construirá un Nombre del Padre de sustitución. Milène presentará una especie de fijación amorosa por un cantante muerto, Claude François, ídolo de su madre en su juventud. La pequeña se apoyó en la imagen idealizada del cantante para realizar la metáfora paterna. Profesa una pasión por el cantante que la madre tampoco reprime; más bien al contrario: le compra todos los CD y DVD de Claude François, la lleva a visitar el lugar en el que fue enterrado y lo venera. Este amor permite a Milène paliar la ausencia de su padre. Claude François le sirve de Nombre del Padre para construirse un mundo en el que la madre no es su único objeto de amor. El hecho de que la madre no haya prohibido el acceso a este amor, y se preste a dejarla apasionarse por el ídolo que él encarna, resulta ser crucial. Acepta que Milène ame a alguien más que no sea ella, a un hombre, en este caso, que no es cualquiera, pues se

trata de alguien amado también por ella. Por medio de este juego de sustitución imaginaria, la niña se introduce en una simbolización parcial de la muerte, de la ausencia. Se trata en esta ocasión de un forzamiento para suplir una operación inconsciente, fundamental en la estructuración del niño. El nombre de Claude François no reemplaza al padre ausente pero, sin embargo, produce un efecto mayor: la madre da el permiso a su hija para amar más allá de ella. Milène puede encariñarse con un sustituto paterno sin que su madre se sienta celosa, y el significante «Claude François» permite dar un sentido a aquello que para ella no lo tenía. Hasta entonces, su madre ocupaba todos los lugares y nada podía faltar. Ahora, la ausencia del padre es simbolizable. Se puede hablar de los que ya no están, y a la vez amarles.

Jérémie,⁴ por el contrario, tiene claramente un padre que se ocupa de él, que vive en casa y que tiene un cierto lugar al lado de su hijo. Pero para él, el deseo de la madre permanece marcado por un goce primario. No ha podido simbolizar a su madre como ausente. No se ha podido procurar el significante del Nombre del Padre para dejar de ocupar el lugar de objeto *a* en el fantasma materno, para separarse, para abandonar esa posición en la que él «satura [...] la falta de la madre»,⁵ es decir, esa posición en la cual él alimenta esta posición de ser objeto para ella. La metáfora paterna no puede llevar a cabo este trabajo de sustitución si no es porque el niño consiente a la castración originaria de la madre. La elección del sujeto es siempre una solución singular: señala la determinación del deseo que le es propio.

Freud mostró que «el niño toma a sus padres, y sobre todo a uno de ellos, como objeto de sus deseos. Habitualmente, obedece a una impulsión de los padres mismos, de la que la ternura posee un carácter netamente sexual, inhibido en sus fines. El padre prefiere generalmente a la niña; la madre, al niño. El niño reacciona de la manera siguiente: el hijo desea situarse en el lugar del padre; la niña, en el de la madre».⁶ El complejo de Edipo constituye un escenario que será totalmente reprimido y que tendrá repercusiones fundamentales en la elección de objeto de amor en la adolescencia.

Lacan desarrolló en su seminario *Las formaciones del inconsciente* los tres tiempos del Edipo, que dan cuenta de una teoría estructurada del desarrollo. Permiten sobre todo comprender la función del padre en la construcción del sujeto. En su «Seminario de Barcelona»,⁷ J.-A. Miller dio un valor príncips a este texto que sirve de hilo conductor en la localización de las identificaciones del niño con un progenitor y con otro.

En un primer momento, se da la identificación del sujeto con el objeto del deseo de la

madre, es decir, con el falo imaginario. El niño obtiene una gran satisfacción de esta posición de falo imaginario de la madre. Evidentemente, tendrá que deshacerse de esta posición, pero es necesario que la ocupe en los primeros tiempos de su existencia. En esta fase, el padre está presente, si bien no interviene forzosamente en el vínculo exclusivo con la madre que alimenta.

El segundo tiempo del Edipo marca un giro. Es el tiempo del padre que priva, que prohíbe, y especialmente que prohíbe el niño a la madre, el padre severo, aquel que marca su autoridad y hace valer su lugar al lado de la madre. Este padre que dice «No» tiene un gran éxito e incluso valió para Lacan para reconocerlo como el inventor del padre que transmite la ley. Es, sin embargo, igual de importante que sea la madre quien se sirva de la palabra del padre para decir «No» al niño. De todas maneras, si el padre es relegado a situarse en este registro de la autoridad y del rechazo, corre el riesgo de aparecer como un perseguidor. Debe también poder ser el padre que autoriza, que dice «Sí».

El tercer tiempo es el del padre que tiene y el padre que da, que da la prueba de su potencia, el padre que promete para más adelante. Es el tiempo que permite al niño identificarse en tanto que portador del pene; y, para la niña, de reconocer el hombre en tanto que es quien lo posee.

JUSTIN Y LA FALTA PATERNA

Para Justin, la separación de sus padres es tabú. No conoce a su padre y no le interesa saber quién es. Lo juzga desde hace mucho tiempo. Su padre es quien abandonó a su madre y esto es algo que le parece una falta imperdonable. Si bien ha crecido como un niño dotado de capacidades, sin aparentes problemas, surgieron en el bachillerato una serie de síntomas. Se siente muy angustiado, rechaza salir, excepto si es para ir al instituto. No se ve con nadie y pasa horas ante su ordenador o mirando por la ventana.

Un día, Justin llega a su sesión diciéndome: «No podrá usted adivinar qué me ha pasado». Me explica entonces cómo su padre se le ha presentado —le envió a su segunda mujer como mensajera— y la conmoción que le produjo el hecho de encontrarse con él. De hecho, su padre ha esperado a que Justin tuviera dieciocho años para aparecer, sabiendo que su exmujer habría hecho todo lo posible para impedirselo.

Justin descubre entonces a su padre, y a una familia unida alrededor de él. En efecto, está casado y tiene cuatro hijos.

Al principio, Justin quedó impresionado por este padre que lo hace todo por contentarlo. Le ofrece regalos y sorpresas. Es un padre feliz de haber reencontrado a su hijo, de quien no puede más que estar orgulloso. Justin se deja amar, a pesar de que permanece a la defensiva. Al cabo de un año, su juicio sobre su padre resulta no tener matiz alguno: «Es un pobre tipo», cuyo único ideal en la vida es tener dinero que gastar en un buen coche, símbolo de su éxito y de su libertad. Justin soporta cada vez menos las vueltas en coche con él. No le gustan sus ideas políticas, no soporta su actitud machista con su mujer, le reprocha la manera como educa a sus hijos. En resumidas cuentas, Justin desaprueba a su padre. Va a dejar de verle.

¿Qué efectos tuvo el encuentro entre el padre y su hijo?

De entrada, Justin descubrió que tenía un padre que le amaba. Encontró en la chimenea de la casa un regalo con un retrato de él a la edad de tres años, la edad en la que se separaron sus padres. Si bien su padre dejó a su mujer, no se olvidó de su hijo. Después, él tuvo otra versión de la historia de sus padres. Incluso si él no lo admite, su padre no fue el cabrón que su madre describe. Es en el nivel del Ideal en el que el padre no responde a las expectativas de Justin. No puede adoptar a su padre como modelo. Para Justin, es preferible no tener padre que tener un padre (juzgado como) ridículo. El ridículo del padre es imperdonable. Lacan habla de «la sombra de ridículo»⁸ que caracteriza la virilidad. Ahora bien, Justin no puede identificarse con este padre que hace ostentación de su poder por medio del dinero. El dinero es un valor que manifiesta el brillo fálico, el semblante por excelencia, y él no puede soportar esta demostración de poder. Prefiere las ideas de su madre, que lo crió con su sueldo modesto y que le inculcó los ideales de la modestia, de la simplicidad, del amor al prójimo. En fin, que el encuentro con su padre le permitió verificar la mala elección amorosa de la madre. Él se ocupa de defenderla de los hombres, de los que *a priori* desconfía. Rechazó una cohabitación con el amigo de su madre, y se dedicó a desmontar cualquier tipo de relación amorosa entre ella y un hombre. Para él, los hombres no son más que cabrones que destruyen a las mujeres. Sus fantasías le conducen a imaginarse siendo el protector y el salvador de una chica que podría perder su inocencia cayendo en los encantos de un hombre perverso. Él querría ser quien preservase el amor de cualquier tipo de

obscenidad sexual. Su fobia del mundo exterior le mantiene en su universo en el que los dos sexos se oponen, están en guerra.

En el caso de Justin, el encuentro con el padre no permitió obtener una rectificación de su posición. La identificación con el padre que no tuvo lugar en el momento del Edipo quedó a la espera. Justin es todavía el objeto de la madre y cuenta con continuar siéndolo. De su padre, no quiere saber nada. El encuentro forzado con él le confirmó su idea de que tener un padre no sirve para nada. Ahora bien, detrás del padre se perfila la cuestión de tener el falo y de la identificación con el padre como aquel que lo tiene. Sobre esto, Justin no tiene ningún «título en el bolsillo»,⁹ para retomar la expresión de Lacan, pues no hubo una identificación posible con el padre que da, el padre del tercer tiempo del Edipo, *el padre que lo tiene*, el que permite sobre todo tener un pene que podrá usar más tarde. En su encuentro con su padre, tuvo la experiencia de «el hombre que lo tiene», y esto le fue claramente insoportable. No puede apoyarse en un padre que tiene el falo y que goza de él. Justin no puede *tenerlo*, ya que él quiere *serlo*: quiere mantenerse siendo el falo de la madre. Justin es el hijo de un padre que no valía para la madre. Su hijo como su único amor.

NICOLAS SE AVERGÜENZA DE SU PADRE

Tiene quince años cuando lo veo por primera vez. Toda la familia ha sido seguida por un juez de servicios sociales a causa de una problemática de violencia parental. Los padres no niegan haber maltratado a sus hijos, y particularmente a Nicolas, su primogénito.

Es en la adolescencia cuando comienzan sus primeros episodios de violencia, primero hacia su hermano menor, después en el colegio, donde su escolaridad se deteriora. No hace gran cosa en clase. No tiene ningún proyecto ni se imagina ningún futuro. Un día, Nicolas pega a una niña, y los padres de ella lo denuncian. Nicolas dice no haberse dado cuenta de lo que hacía. «Ella se había burlado de mí y había insultado a mi madre», es el único motivo que aduce. Se le ingresa en un internado de semana y, de este modo, se lo aísla de su entorno habitual. Nicolas soporta bastante mal esta decisión, y se queja de que es objeto de una injusticia, como si él no fuera capaz de valorar su comportamiento.

Nicolas no subjetivó verdaderamente su violencia. Forma parte de él desde muy pequeño. Incluso si sus padres intentaron salirse de la repetición que les llevaba a pegar a

sus hijos cuando eran pequeños, Nicolas no puede hablar de eso. Y, en consecuencia: la violencia para él no tiene realmente sentido. Incluso si sabe que está prohibida, este mensaje queda cortocircuitado por la pulsión que lo rige.

Cuando se siente amenazado, pega. No puede explicar sus actos de agresión sin referirse a este sentimiento de inquietud que le empuja a defenderse. En el momento de nuestras entrevistas, Nicolas me habla así de su padre: «Es como si no existiera. Huye todo el tiempo». Para no ser violento, en casa su padre ya no se implica en nada; se hace el muerto. La madre, por su lado, lucha contra su depresión permanente, y pasa su tiempo acostada para poder soportar su existencia. Nicolas y sus hermanos y hermanas se encuentran, así, abandonados a su suerte, y se pelean. Para evitar la espiral de su violencia, los padres dejan a sus hijos arreglárselas entre ellos: parecen haber finalmente abdicado de su función paterna. Nicolas sufre la pasividad de su padre. Siente una especie de derrumbamiento, una pérdida de vida. Su padre mantiene la cabeza gacha, siempre tiene miedo, y aunque Nicolas le quiere mucho, no soporta verlo excusarse permanentemente. Se avergüenza de este padre humillado, incapaz, perdedor. Querría que las cosas cambiasen para mostrar a su madre y a sus hermanos y hermanas que la mala suerte no es irreversible.

El analista sostiene a Nicolas en su apuesta por la palabra. Es una palabra que respira poco. Es frágil, se busca a ella misma, pero cuando se articula, parece sensible y dirigida a un diálogo. Con Nicolas, la presencia del analista se manifiesta por medio de una palabra que nombra aquello de lo que se trata, que responde a las preguntas. A lo largo de las sesiones, el analista fabrica un vínculo que durará varios años. Para él, esto representa no reincidir en una violencia que él cree que es cotidiana. Juntos, creamos un tipo de relación que él nunca había experimentado, un vínculo en el que lo que él hace no es juzgado, pero permanece como un enigma y como un síntoma que hay que comprender. Como él mismo dice, se trata de «transformarlo en palabras». Esta transformación no puede tener lugar más allá de una estructura que permita establecer el vínculo con el analista. Cada vez que estaba confrontado a una interrupción de las sesiones conmigo —por ejemplo, en el momento de entrar en un internado de provincias—, Nicolas supo explicar que no quería cambiar de «psicólogo» y también convencer a los profesionales a su cargo para que aceptaran su demanda de volver a venir para hablar conmigo, en el lugar donde yo atiendo, lugar conocido por sus padres. En efecto, este vínculo es el único en el que ellos pudieron ser acogidos para depositar su historia sin ser

juzgados como malos padres. Es un lugar sostenido por la palabra. Nicolas me enseñó que este vínculo era importante para él, que este lugar seguiría siendo su refugio, garante de su lugar de sujeto, independiente de los que le «siguen» y le consideran un pequeño delincuente o un futuro marginado. Gracias a este pacto simbólico, el de la palabra, él continúa queriendo salir de la violencia en la que se sumerge cuando se siente agredido por sus semejantes. Sabe que la agresividad puede conducirlo a la cárcel, y aprende a elegir hablar de la cólera que hay en él, reconocerla y nombrarla para poder superarla, para hacer de ella otro uso.

Este esfuerzo tiene un nombre: es el trabajo del analizante. Para hacerlo, ha necesitado encontrar un analista en una institución, dispuesto a reflexionar con él sobre esta violencia que le aprisiona como sujeto.

TRAUMA Y TRANSMISIÓN

La transmisión concierne a la cuestión de la palabra. La transmisión circula en el deseo. Lacan indicó en «Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis» su valor simbólico: «El inconsciente es ese capítulo de mi historia que está marcado por un blanco u ocupado por un embuste: es el capítulo censurado. Pero la verdad puede volverse a encontrar».¹

Esto sitúa la transmisión como ya escrita, ya programada, diríamos hoy. De hecho, se produce espontáneamente desde el momento en que la palabra es ahí el vector. Freud descubrió este efecto de los significantes desde el inicio de sus investigaciones. Las huellas mnémicas escriben el inconsciente. Inscriben una historia y constituyen una marca singular para cada uno. Lacan le dio a esta un lugar realmente esclarecedor al final de su enseñanza. Llamó *lalengua* al trazo dejado por la materia sonora de los significantes en el inconsciente. Esta lalengua da cuenta de lo más singular del sujeto. Lacan precisa: «Lo escribo en una sola palabra para designar lo que es el asunto de cada quien, lalengua llamada, y no en balde, materna».² Indicó así que está desde el inicio. Este concepto da cuenta del impacto de las palabras en la transmisión.

La clínica muestra que lo que no es nombrable, lo que no pasa por el lenguaje, retorna en lo real —para retomar la fórmula empleada por Lacan—; es decir, por fuera de lo simbólico. Esto comporta un no sentido en lo más profundo del ser, a menudo presente en ciertos fenómenos psicóticos.

Por otra parte, lo que los padres querrían transmitir no es lo que el niño escoge recibir de ellos. ¿Quién no ha intentado transmitir el gusto por la lectura o por el deporte a su hijo y ha terminado constatando que los intereses de este no iban en esa dirección? Intentar que los hijos practiquen algún deporte en particular, que aprendan danza, música, etc., responde a un deseo consciente que a menudo organiza las decisiones de los padres hacia lo que ellos mismos hacen o, al contrario, hacia lo que no pudieron hacer. Los padres esperan así obtener una identificación que se implementaría a partir de

su propia pasión. No es raro constatar la desmesura de las actividades extraescolares que algunos padres imponen a su hijo, como si no pudiera faltar nada.

Es una ilusión creer que la transmisión de los saberes pasa por prácticas de aprendizaje múltiples. El fenómeno merece ser subrayado, pues conduce a menudo al niño, una vez que es adolescente, a no querer saber nada más de ello, en respuesta a esta voluntad de colmarle por medio de un activismo intenso: una anorexia en cuanto al deseo de aprender, de saber, se manifiesta entonces en el niño.

Y después está lo que el padre y la madre transmiten sin saberlo, y esto es finalmente lo más sorprendente. Se trata, por ejemplo, del «de tal palo, tal astilla» que involucra a uno y otro en una complicidad más o menos aceptada, sobre todo cuando se trata de un rasgo negativo. Algunos padres tienen fórmulas que dicen mucho para indicar la mala elección identificativa hecha por el niño: «Le viene todo del padre»; o incluso: «La niña no ha aprendido nada en la escuela, como su madre». Es entonces cuando la identificación con el «mal padre» tiñe el cuadro que se hace el sujeto, y lleva a cada cual a su síntoma o a su falta.

La transmisión es una operación compleja que pasa por la identificación con ciertos rasgos de los padres —pero también de hermanos y hermanas, o de otros miembros de la familia, sobre todo los abuelos—. La palabra es lo único que está concernido en este asunto. Por eso es imposible conocer su verdadero alcance hasta que no se realiza el análisis. Entonces uno se da cuenta de que a veces un simple comentario fue determinante en nuestra vida, y nos abrió o, por el contrario, nos cerró algunas puertas.

Esta cuestión de la transmisión es evidentemente crucial en el mundo contemporáneo, en el que la diversidad de familias invita a reflexionar sobre lo que se transmite al niño cuando se vive solo/a con él o cuando ha sido educado por una pareja homosexual. Nada indica que el niño no podrá construir su identidad sexual sin el soporte de padres de sexos diferentes. En efecto, la única relación que instauraría una complementariedad entre el significante «hombre» y el significante «mujer» sería la relación sexual entre «padre» y «madre». Ahora bien, si hay una relación entre «padre» y «madre», ¿es sexual? Señalemos que las funciones «hombre» y «mujer» no quedan completamente recubiertas por las de «padre» y «madre». La pareja parental no puede fundar la relación sexual del hombre y de la mujer. Más bien, es la relación con la madre lo que hace de obstáculo a la mujer, de la misma manera que el padre puede, si llega el caso, hacer de

obstáculo al hombre. La relación entre «padre» y «madre» no puede superponerse a la relación entre «hombre» y «mujer».

La presencia del padre o de la madre no es imprescindible para el niño cuando se le responde sobre la manera en la que vino al mundo. La inscripción en una posición sexuada se enraíza también en el discurso del Otro social. La realidad familiar no es un modelo identificativo imprescindible para el niño desde el momento en que él comprende las fallas. Puede sufrir por ser un niño sin padre, o un niño sin madre. Pero esto no le impedirá escoger ser él mismo chico o chica, según su posición respecto al falo.

LA MENTIRA DE SOPHIE

Me encontré con la señora F. y Sophie, una niña con grandes ojos oscuros. «Sophie me miente», me dice su madre. Si bien ella tenía una plena confianza en su hija, el descubrimiento de su mentira la trastocó. Le desborda una intensa inquietud.

¿De qué mentira se trata? Sophie no dijo a su madre que no había tenido buenas notas en la escuela. Las escondió.

Para la madre se trata de un hecho absolutamente inconcebible, y el descubrimiento de esta falta hizo tambalear el edificio de amor y de lealtad que, creía ella, las unía a las dos.

Decido recibir a la madre sola, dejando a la niña en la sala de espera. La relación de esta madre con la verdad me pareció, en efecto, muy particular: el efecto producido en ella por un desplazamiento tan pequeño de su rectitud podría presagiar un mal encuentro con la falta.

Esto es lo que ella me confía. Por una parte, el hombre que le había prometido matrimonio y una vida de familia huyó después del nacimiento de la hija; más tarde, se enteró de que este hombre ya estaba casado y tenía hijos, y no quiso volver a verle. Por otra parte, había perdido a su padre en condiciones sorprendentes: había sido asesinado y la investigación nunca pudo aclarar la verdad de tal acontecimiento.

Entonces, había sufrido dos «mentiras» fundamentales en su vida. Su padre quizás había escondido una doble vida. El hombre en quien ella confió, hasta el punto de que tuvo un hijo con él, le mintió: no era quien decía ser; tenía una doble vida.

El significante «mentira» tiene entonces una connotación singular en la vida de esta mujer. Es un significante amo, es decir, que funciona a sus espaldas y que determina sus

elecciones. La mentira remite al engaño, y a la vergüenza que no deja de sentir desde el nacimiento de Sophie. Hace seis años que vive con el sentimiento de la falta, que se alejó de su familia y que no tiene relaciones con nadie. El descubrimiento de la mentira de su pareja la sumió en el abandono, y su vida se desmoronó. «Ser abandonada por un hombre» es algo que no le podía pasar a ella, se decía.

La señora F. no habló nunca a su hija de su padre. Le propongo entonces recibir las juntas para poder hablar de ello.

En esta entrevista, para gran sorpresa de su madre, la pequeña Sophie dice que cada vez que se cruza con un hombre negro en la calle, se pregunta si no será su papá. La madre se quedó atónita. ¡No había imaginado que su hija pudiera preguntarse sobre su padre cuando en realidad ella nunca le había hablado de él...! No podía pensar que el hecho de no decir nada de su filiación con su niña fuera mentir —aunque fuese por omisión—, e incluso creía que lo estaba haciendo por el bien de la niña.

En este caso, hay una doble falta. La falta escondida del padre, por un lado, y la de la madre, por el otro, que mintió a su hija escondiéndole la verdad sobre su padre.

Todo esto por el hecho de no haber lavado la falta del padre de la joven mujer. Su padre está muerto y se llevó su secreto a la tumba. La verdad no es sin embargo intolerable —uno puede terminar por admitirla—. Lo que, por el contrario, sí sucede es el hecho de no querer saber nada de ella. La mentira del abuelo, imposible de simbolizar, tuvo efectos en las elecciones amorosas de su hija. Sophie es la prueba inconsciente de ello; ella carga con la falta de su abuelo, la mentira, vía su madre. Ella, que no escondió más que sus notas escolares, tenía buenas razones para hacerlo. Pues se le había mentido bastante sobre su historia. Se habían disimulado una serie de hechos. Y los hechos que no pasan al decir preparan la llegada del destino que el sujeto *se teje*.³

Sophie comprendió la oferta del analista de ir a hablarle cada semana. Rechazó la palabra y creyó en su propia culpabilidad. Se había identificado con ella. De repente, Sophie dejó el lugar a su madre. Las entrevistas permitieron a la madre dar cuenta del peso del silencio en su vida. Pudo finalmente decir lo que había determinado el error de su vida, del que tanto se avergonzaba. Este trabajo permitió que su hija recibiera algunas explicaciones sobre la existencia de un padre que habría podido conocer.

Cuando un niño nace ya está inscrito en una cierta constelación significativa. Los ideales, las construcciones fantasmáticas, los secretos familiares, los encuentros de la vida ejercen su peso de significación y orientan el deseo de cada uno. Así, el niño se hace

un lugar en una estructura de lenguaje que le dará un ser. Se inscribe en el deseo del Otro, lugar en el que la palabra es un pacto simbólico. Es por ello que la familia no es una forma cualquiera de grupo. Reconociendo a cada nuevo niño como propio, le da un sentido en la filiación. La madre y el padre lo nombran, y esta transmisión del nombre propio es correlativa a la transmisión simbólica. El niño lleva el nombre de uno de sus padres, o de los dos. Esto le sitúa en una serie, un linaje que indica su posición en la sucesión de las generaciones. De este modo, el niño podrá comprender de dónde viene. Esto le introduce en el tiempo y en la sucesión temporal lógica que funda la diferencia entre las generaciones.

El psicoanálisis es una práctica que se interesa por los desórdenes que afectan al sujeto. El analizante hace la experiencia, en su cura, de lo que puede decir de sus padres, de sus hermanos y hermanas, de sus abuelos, etc. La experiencia analítica revela la incidencia de la historia familiar en el sujeto y le ofrece la oportunidad de posicionarse *de novo* frente a esta historia, frente a los acontecimientos que puntuaron su vida, que molestaron su programación, que modificaron lo que quiso ser o tener... El destino de cada uno no se escribe sin una elección del sujeto. Esta elección inconsciente es lo que motiva al analizante —sean cuales sean los dramas de su biografía— a pretender saber por qué es lo que es y, de resultas, a sentirse aliviado.

Lo que nosotros, psicoanalistas, sabemos es que los sufrimientos y los dolores no son proporcionales al horror realmente vivido. Los analizantes mencionan a menudo eso, que no vivieron dramas atroces que expliquen la amplitud del malestar que sienten. Ahora bien, el sufrimiento no se mide. La culpabilidad de sentirse desgraciado es, contrariamente, lo que forma el nudo del síntoma. Se trata entonces, más bien, de hacer la elección de salir de su mal paso, de revisar la construcción que produjo las pequeñas o grandes catástrofes de su vida, ya sean reales o imaginarias.

MARCIA Y SU DOBLE MADRE

Marcia tiene cuatro años cuando la recibo con su madre, que la cría sola desde su nacimiento. Viene a consultar derivada por la escuela. Creen que la niña es demasiado reservada. Se queda sola en el recreo, sin hacer nada, o se pega a la maestra; una serie de comportamientos, todos ellos, que muestran que tiene alguna dificultad.

La madre explica que ella misma pasó por momentos difíciles, sobre todo algunos problemas de salud que la dejaron en casa durante un largo periodo. Fue su propia madre quien se ocupó de ella, así como de la pequeña Marcia. La señora S. tiene una relación muy cercana con sus padres, y sobre todo con su madre, que la ayuda cada vez que lo necesita.

Las primeras entrevistas muestran que esta madre ha tenido que hacer frente repetidamente a dificultades relacionadas con la alimentación de Marcia: ninguna era la adecuada. Según ella, la niñera lo hacía fatal, desarrolló un rol que afectó negativamente en la evolución de su hija. La mala es siempre la otra madre, la madre de sustitución. Esto indica a la vez la rivalidad que se instauró entre la madre y la niñera, y la imposibilidad para la madre de anudar una relación de confianza con las personas que se ocupan de su hija.

A medida que nuestros encuentros se sucedían, iba comprendiendo que en realidad la señora S., a causa de sus horarios de trabajo, se ocupó poco de su hija durante los primeros meses de vida de la pequeña. Se contentaba con acostarla después de llegar a casa. Proyectaba así «la mala madre» en la niñera. Por otra parte, me dice, Marcia duerme mucho, más de catorce horas por noche. El sueño parece ser una respuesta del niño a la angustia materna: durmiendo, ella deja a su madre en paz. Quizás esto esté relacionado con dificultades por parte de esta madre para investir a su hijo en tanto que ser vivo, es decir, para asumir que es un ser que demanda, que quiere, que no quiere; dicho de otro modo, correr el riesgo de confrontarse a la vida, al deseo de este ser.

En efecto, puede suceder que alguna madre, aunque ame profundamente a su hijo, intente evitar el encuentro con él, pues experimenta angustia en su presencia. Esta madre instaure entonces una relación fóbica con el niño. J.-A. Miller indica: «Cuanto más colme el niño a la madre y más la angustie, más se adecua a la fórmula según la cual es la falta de la falta lo que angustia. La madre angustiada es de entrada la que no desea, o desea poco o mal, en tanto que mujer». ⁴ El estudio clínico permite observar que toda madre puede experimentar momentos de angustia vinculados a su relación más o menos fusional con su hijo, sin que se pueda decir, sin embargo, que él colma totalmente su falta. Pero para la madre de Marcia, el niño obtura su falta. Llega a ser tan vivo que ningún hombre no llega a mediatizar su relación con su hija y a restituirla como mujer. La mujer en este caso está estrictamente recubierta por la madre: la señora S. se perdió como mujer en la maternidad.

Marcia fue tratada por una retención esfinteriana grave —ella misma se privaba de ir al lavabo de la escuela, incluso para hacer pipí— vinculada, según el médico generalista, a una educación precoz en el control de esfínteres por parte de la niñera, que le habría retirado demasiado pronto los pañales.

Al final de las primeras entrevistas nos encontramos ante una situación bastante delicada, con una relación madre-hija indecible, opaca. Objeto aparente de todos los cuidados, Marcia parece no querer responder a las expectativas maternas. Se opone a algo.

En mi despacho, Marcia se muestra muy viva. Juega a cocinitas y me incluye pronto en su diálogo acerca del hecho de comer y de beber. Se muestra muy atareada como si fuera una verdadera ama de casa, e intenta comprobar mis límites. Es bastante provocadora, da órdenes, reproduciendo así la relación que tiene con su madre: ella exige y manda. Es interesante ver cómo el niño sitúa al analista en la relación de transferencia. En este caso, el analista no es el sujeto que se supone saber. Una relación binaria se instaura entre el niño y el analista; ella pasa entonces de «ser el niño» a «ser la madre» de manera instantánea. Cuando hace de madre, espera de mí que obedezca inmediatamente; si no lo hago, grita. Este modo de relación da cuentas de una relación con el otro en tanto que *alter ego*, que puede desde luego bascular en una lucha devastadora. Se trata de una relación de alienación del sujeto con el otro, sin una mediación que vendría a suavizar la relación. La respuesta es binaria: «¡O tú o yo!». Es el reino «del estado del espejo [que] es la primera estructura del mundo primario del sujeto». ⁵ Este «transitivismo» es el índice de un «mundo [...] inestable, sin consistencia» y abierto a todos los peligros.

Esto es lo que la señora S. me dirá de su historia amorosa con el padre de Marcia.

Conocía a ese hombre desde hacía varios años. Decidieron separarse cuando ella quedó embarazada. Su pareja le pidió abortar, pero ella decidió seguir adelante con el embarazo. Era impensable para ella abortar. No volvió a ver a ese hombre, y no sabe de ninguna manera cómo situar este padre para su hija. No le ha hablado nunca de él. Se apoya en la pareja de sus padres para decir a Marcia algo acerca de la normalidad de una relación entre un hombre y una mujer y decirle que su papá está lejos, que no puede ocuparse de ella.

La señora S. me dice que nunca se ha arrepentido de su acto. Su hija es, dice ella, «la cosa más bella de [su] vida». Lo es todo para ella. Por otra parte, no pretende tener de

nuevo pareja. Por ese lado, me dice, no espera nada. Experimenta incluso una cierta animosidad hacia los hombres en general. En su discurso, ella y Marcia no suman más que uno. Este amor materno repara su relación particular como hija de su madre. En efecto, no fue sino después del nacimiento de su hija que la señora S. se acercó a su madre, quien la adora, y que se mostró muy disponible para Marcia. Tal benevolencia restaura a la señora S. como hija herida, enferma, al lado de esta madre vista como alguien fuerte, estable en sus opiniones, cuando en realidad ella se describe como alguien más frágil, indecisa, voluble e influenciabile.

Parece que la señora S. está casada con su propia madre. Ella le hizo un hijo. Marcia es el hijo de la hija y de la pareja parental. El padre de la señora S. no es ajeno por completo al asunto. Él también cuenta para su hija, que le ama y le respeta. Para la señora S., la pareja formada por sus propios padres encarna por otra parte una cierta imagen de la felicidad conyugal. A fin de cuentas, su madre es quien tiene al hombre ideal. No puede haber dos, y es su madre quien lo posee. Pero gracias a su Marcia, de la que ella no pudo cuidarse durante los primeros meses de su vida, pues ella misma «sufría y permanecía clavada en la cama», consiguió separar a su propia madre de su hombre para ocuparse de ella. De ella y de su hija que forman un Uno. Habrá hecho falta que ella dé a luz a este niño para llamar la atención de su madre.

Ahora bien, el síntoma de Marcia, la retención anal, retiene justamente la atención. Sabemos que Lacan definió cuatro objetos: el objeto oral (el seno), el objeto anal (el excremento), el objeto voz y el objeto mirada. Los dos primeros se refieren a la demanda: el objeto oral encarna la demanda al Otro y el objeto anal, la demanda del Otro. Los otros dos objetos se refieren al deseo.

En el momento del control de los esfínteres, la madre demanda al niño que le dé sus heces. Demanda al niño una cesión del objeto; el niño debe aceptar separarse de un trozo del contenido de su cuerpo. Pero no puede hacer esto más que si esta demanda se acompaña de una gratificación. Si no, corre el riesgo de entrar en una problemática en la que dar no es posible, pues esto significa perder sin satisfacer al Otro, es decir, finalmente aceptar una forma de castración vivida entonces bajo el modo de la sumisión a la voluntad de Otro omnipotente. Se puede pensar también que Marcia, en su retención anal, está atrapada en la problemática de la pareja que formaban sus padres antes de su nacimiento: tener o no un hijo. Este caso muestra bien cómo el niño aparece como desecho, como resto de la relación sexual.

Podemos hacer la hipótesis de que Marcia mantiene en ella el objeto anal, pues ella es prisionera del significante «mantener» que presidió su llegada al mundo. Encarna este objeto, ella es *eso*. Esto da cuenta de cómo ella no manifestaría, según su madre, ninguna vergüenza por hacerse cacas. Todo sucede como si sus heces no tuvieran una realidad, ningún sentido ni efecto en ella. Parece indiferente y no explica ningún afecto particular sobre ello. Su posición pasiva muestra que ella está fijada a este significante amo equivalente al objeto desecho que ella fue para el Otro paterno, en el discurso de la madre. No sabe qué hacer para mantener o no el objeto que ella tiene y que ella es a la vez. Cuando el objeto cae, no está separado de ella, y es entonces este objeto. La educación esfinteriana consiste en hacer del objeto anal un objeto que cae en picado y adquiere un valor propio, el del regalo, decía Freud. Para Marcia, esta operación no está simbolizada, el objeto no puede equivaler a una forma de regalo, marca de un don.

Se necesitaron algunos meses de entrevistas para que este síntoma cediera. Marcia acabó por salir de su relación imaginaria con su madre. Pudo diferenciarse de ella y ocupar un lugar que no está pegado a ella. Se puso a hablar cada vez mejor, y la escuela se dio cuenta del cambio y de su mejora en su autonomía. Ha sabido hacer amigas y, a pesar de un pequeño retraso, sigue bien los aprendizajes.

Sin embargo, la representación que ella tiene de sí misma sigue siendo problemática. No dibuja más que enormes garabatos. Incluso si, a demanda de su madre, intenta esbozar un hombrecito, termina siempre por ennegrecerlo todo y hacer desaparecer la forma. Tacha y ensucia todo lo que ha terminado haciendo de manera muy pulsional. Su dibujo acaba pareciendo siempre una gran caca. Parece que su acceso a la simbolización está impedido. Ella es activa en esta operación de anulación, como si desde el momento en que ella apareciera como sujeto, desapareciera instantes después. ¿Hacía falta mantenerla? Es la pregunta de la que, inconscientemente, ella me habla. Algo de ella no está autorizado para vivir. Es un real que la designa como objeto *a* en el fantasma materno, resto de la feminidad perdida de su madre y de su padre desconocido.

LA TRANSFERENCIA Y EL ACTO ANALÍTICO

No hay psicoanálisis sin transferencia. Es su «pivote», dice Lacan. Sin embargo, la transferencia existe, por supuesto, fuera del psicoanálisis. El amor es su fundamento, un amor auténtico, según Freud. Fue él quien lo consideró como un fenómeno espontáneo ligado a la repetición. Lacan hizo de ella un resorte fundamental de la palabra.

La palabra está siempre dirigida e implica que es escuchada por otro, incluso si uno no lo sabe. La entrada en el dispositivo analítico transforma la palabra, tan singular en sí misma, por el hecho de estar dirigida a un psicoanalista, que aquello que creía yo decir no tiene ya el mismo sentido para mí. Desde ese momento, se da un lugar a aquel que sabrá interpretar lo que digo. Lo que define la transferencia en la experiencia analítica es el hecho de ser un fenómeno en el que están incluidos juntos el sujeto y el psicoanalista. Lacan criticó y denunció la tesis anticipada por los posfreudianos, que la dividieron en dos modalidades distintas: la transferencia y la contratransferencia¹ —término que remite a los sentimientos experimentados por el analista con respecto a los sentimientos inconscientes de su analizante—. Para Lacan, la transferencia está ante todo vinculada a la situación analítica en la que la exigencia de amor es correlativa al deseo de saber.

Para Lacan, el primer resorte de la transferencia es la demanda. Lo que se enuncia en análisis es siempre una demanda de la que la consecuencia es que Otro se presente, de quien se supone poder satisfacerla. El analista está en el lugar del Otro de la demanda, aquel a quien se dirige la demanda. Es por ello por lo que al analizante le reitera sus demandas más antiguas, repite aquello con lo que se frustró, de lo que fue privado, o aquello que le faltó. Todo ello sitúa al analista en el lugar de soportar todas las figuras del Otro de la demanda. A partir de esta función del analista se dedujo que él ocupaba para el analizante el lugar de los padres. Ahora bien, se trata para él de no dejarse identificar con los padres de su analizante. Lacan demostró cómo Freud se dejó atrapar en la transferencia de la histérica, situándose en el lugar del padre, de un padre deseante. La consecuencia fue la salida del análisis, como en el caso Dora² o en el de la joven

homosexual.³ Lacan introdujo la idea de que la transferencia aparecía como «una fuente de ficción».⁴ El sujeto construye una forma de ficción de su vida, que dirige al analista. Si bien Freud hubiera despejado esta ficción, que el analizante construye para el analista con el fin de hacerse amar, él habría evitado la trampa de la histérica.

La demanda de los padres no es siempre la del niño. Sucede que los niños no piden venir a hablar de sus dificultades cuando los padres lo desean. Ellos rechazan la ayuda que se les propone, a menudo, por culpabilidad, o porque no quieren ser el objeto causa de la demanda. Se sienten culpables de disgustar a sus padres. Las entrevistas preliminares permiten evaluar esta demanda del niño y adaptar las modalidades del encuentro con el analista. Aunque no siempre es posible construir un encuentro a partir del modelo clásico del analista y del niño-analizante. Cuando se trata de niños muy pequeños, la madre y el niño son atendidos juntos. A veces, es necesario recibir a uno de los padres antes o después de la sesión con el niño, para tranquilizar a uno o al otro, por ejemplo, pues el niño, cuando establece una relación de confianza con la persona del analista, puede experimentar envidia de que su madre ame también al analista, o se haga amar por él. Teme igualmente que el amor por el analista desagrade a su madre, que lo sienta como un abandono, como una traición. Es entonces importante desinflar estos miedos fantasmáticos e indicar, tanto a la madre como al niño, que se trata de un trabajo de sostén del deseo, de anticipo en su devenir, de un trabajo de palabra y no solamente de una historia de amor, incluso si esta, en tanto que experiencia inaugural, es el signo de que el niño puede autorizarse a separarse de su madre.

El analista del niño no funciona nunca como un padre para el niño, incluso aunque a veces lo parezca, para introducir así, después, la distancia entre su posición y una posición paterna e indicar al niño el lugar del que se trata. Pero en principio debe mantener su lugar de adulto exterior a la familia. El niño tiene a veces dificultades para entender que la persona del analista no es *de su familia*. Quiere invitarlo a su cumpleaños, o a otras fiestas familiares... Como la histérica freudiana, interroga el lugar que él ocupa para el analista y quiere ser amado por él. Le corresponde al analista responder al niño sobre su posición al respecto. Incluso si puede sentir como frustraciones el rechazo a sus demandas, el niño aceptará a menudo con tranquilidad ser situado en su propia historia familiar y ser considerado como un sujeto que tiene un lugar particular en la transferencia.

Lacan introdujo otro resorte en la transferencia que no fue la demanda, un resorte más

radical, que llamó «el sujeto supuesto saber».⁵ Para el analizante, el analista encarna aquel que sabe, aquel que detenta el saber que él no tiene. Del hecho mismo de hablar a este Otro que es el analista, se desvela la idea de que hay un sentido desconocido por descubrir en la palabra. Esta formación del sujeto supuesto saber es «como si estuviese separado del psicoanalizante»;⁶ es, añade Lacan, «no de artificio, sino de vena». Esto significa que el sujeto supuesto saber no es real; se inscribe en la relación y opera a partir del deseo del analista.

Si bien no es algo interpretado en la sesión, el inconsciente no se escribe como saber, pues no despliega su lógica más que en la relación transferencial. La interpretación es por otra parte lo que abre a la transferencia desde las primeras sesiones. Es lo que hace escuchar en el sujeto que lo que él dice tiene un sentido que no percibe, o que se resiste a lo que había captado. En el análisis con los niños, la interpretación y el acto se sitúan a menudo como una construcción. El analista interpreta traduciendo para el niño lo que este quería decir o saber. Para que haya análisis, es preciso entonces que el analista haya permitido la entrada en este dispositivo de palabra y que haya abierto la vía hacia el desciframiento del síntoma. El analizante busca una respuesta a su pregunta, el analista le indica cómo hacer para encontrarla; esta vía es el inconsciente y sus manifestaciones. El analista orienta al analizante en este descubrimiento, pues él extrajo de su cura un saber sobre el funcionamiento psíquico y sus mecanismos.

El caso de Sébastien muestra cómo la paradoja de la transferencia puede ser manejada en la cura del sujeto para desbaratar la función de un Dios que lo sabe todo. El acto del analista consiste aquí en introducir en el espacio de la sesión la posibilidad de un Dios que no sea omnisciente.

SÉBASTIEN TIENE MIEDO DE DIOS

Sébastien tiene seis años. Está en primaria y su tutora está preocupada por su ansiedad extrema. Tiene todo el tiempo miedo de que le regañen y parece aterrorizado con la idea de equivocarse en sus ejercicios. Preguntado por ello, el niño no dice nada y la tutora convoca a sus padres.

En las primeras entrevistas, Sébastien habla fácilmente de su vida y de su entorno familiar. Su madre está muy enferma, sufre continuamente de dolores de cabeza y de

vientre. También él tiene a menudo dolores de barriga. Cree que es el Dios bueno que le provoca esto. Pues «el Dios bueno lo sabe todo, lo ve todo», me dice él.

Sébastien está en una relación con el Otro del saber omnisciente, y más bien inquietante. Su gran ansiedad está vinculada a esta figura del Otro que tiene todo el poder sobre él. Intenta entonces detener esa inquietud siendo siempre perfecto. Ahora bien, a pesar de sus excelentes resultados escolares, le ocurre un día que no llega a conseguirlo y entonces se angustia. Duerme mal, tiene miedo de la muerte. ¿Cómo podrá Sébastien hacer surgir un sujeto supuesto saber en el proceso analítico, él, que cree en un Dios que lo sabe ya todo?

En su caso, decidí no ocupar este lugar en la transferencia. Me tomé el tiempo de escuchar su verdad sin desmentirla y después, cuando el niño se situó en una relación de confianza, introduje progresivamente preguntas alrededor de este saber de Dios: «¿Tú crees realmente que Dios puede interesarse en todo lo que tú haces?». No se trata de prohibir el hecho de creer, sino de aligerar al niño del peso de esta certeza de un Dios severo y todopoderoso.

Muy rápidamente, Sébastien se encontró mejor. Se tranquilizó con respecto a su miedo. Me pudo confirmar los temores que le habitaban y plantearme libremente sus preguntas sobre la vida, la muerte, la sexualidad, las prohibiciones y los peligros múltiples de hacerse daño y morir. Prisionero de las angustias maternas, solo puede separarse de ellas apoyándose en otro saber, un saber que tiene en cuenta las causas y sus efectos y que les da un sentido; no se puede separar de dichas angustias dejando a Dios todo el poder de decidir.

Así, poco a poco, un saber diferente podrá encarnarse para el niño, un saber que le concierne y que se dirige a él, un saber que no es *voyeur* ni dominante. Para su acto, el analista posibilitó un espacio de apertura hacia el cuestionamiento, sin que el sujeto fuese fulminado por el miedo. Permite al niño entrar en una dialéctica con un Otro que le responde y que no lo sabe todo.

Por otra parte, Sébastien no puede concebir ser el fruto de una relación sexual entre sus padres. Su existencia tiene que ver más bien con la unión de Dios con su madre que con la de un padre que sería un hombre deseante para una mujer. Según la lógica de esta problemática, la madre ocupa el lugar de la que sabe y que comparte todo con Dios, al que está sometida —su madre y Dios comparten así el secreto de su creación—. El padre es amado por su función tranquilizadora de padre que trabaja y atiende al bienestar

familiar. Para Sébastien, ningún vínculo de deseo parece circular entre el padre y la madre, pues están aislados en su función y ocupados consecuentemente en su tarea. El niño se hace así el objeto de la potencia materna —ella misma unida a la de Dios— sin que el padre pueda intervenir en este vínculo patógeno.

Para el psicoanálisis, el carácter traumático de la sexualidad es un hecho estructural. De esto, Lacan establecerá un axioma: *no hay proporción sexual*. El enfoque de la sexualidad paterna pasa en general, como demostró Freud, por teorías sexuales infantiles, convocando escenarios más o menos sádicos. La constatación de la diferencia de los sexos es sin embargo importante para el niño. El símbolo del falo permite entonces al sujeto posicionarse como teniéndolo o no, y de elegir lo que se llama su sexo psíquico, que funciona a pesar de su sexo biológico. Lacan llamó a esta operación «la sexuación»: el sujeto elige bajo qué fórmula inscribe su sexualidad, ya se aproxime esta a la del hombre o bien a la de la mujer.

Volvamos a la transferencia. El gran descubrimiento de Lacan relativo a la transferencia y a su manejo es este cambio radical que consiste en pasar de la transferencia como amor a la transferencia como sujeto supuesto saber; este «pivota desde donde se articula todo lo que tiene que ver con la transferencia».⁷ Se pasa así del amor al decir, pues lo importante en el análisis no es amar —es, más bien, un obstáculo mayor en el avance de la cura—, sino decir, hacer existir un decir. Es por ello que el análisis no debe focalizarse en todo lo que el analizante puede explicarle sobre las variaciones de su amor por él; el trabajo consiste, más bien, en hablar de lo que no funciona, y que funda la transferencia.

El analista lacaniano no da pie a la relación imaginaria entre el paciente y él. Sabe que la transferencia pasa por su presencia, pero también por el hecho de que la palabra del analizante se dirija al Otro que él encarna para el sujeto. Esto le permite no combatir con los sentimientos de sus analizantes, ni con los suyos tampoco. Escuchar la queja tiene sus límites; lo que orienta el trabajo es que el sujeto pueda construir su historia situando la parte que le concierne, que consiga poner en serie los acontecimientos con las elecciones que se le impusieron.

¿Qué puede entonces saber el analista? Él es aquel que, por medio de la interpretación, busca la causa, y, de entrada, la causa del síntoma, del malestar. El sujeto supuesto saber encarna de resultas la causa escondida. Es equivalente a lo que el sujeto no sabe y que advendrá al final del análisis como saber del analizante, en el lugar del saber del analista.

La idea prínceps, primera, del psicoanálisis es que descubrir la causa implicaría la curación. Y esta noción, evidentemente, es fundamental, sobre todo en el psicoanálisis con niños, en el que se trata esencialmente de acción terapéutica.

Sin embargo, Lacan nos advierte que, desde el momento en que este sujeto supuesto saber está «encarnado en alguien determinado, en una figura asequible a él, surgirá, para quien se encargue de su análisis, una dificultad muy especial para hacer obrar la transferencia».⁸ El psicoanálisis con los niños nos confronta a esta dificultad.

En efecto, los niños sitúan a sus padres en este lugar de sujeto supuesto saber. Piensan que sus padres detentan un saber sobre ellos mismos a la vez que sobre todo lo que les concierne. La serie de los «¿por qué?» con la que insisten a sus padres hacia la edad de tres o cuatro años es la manifestación de esta creencia ilimitada en el saber parental, que ponen en ese momento a prueba. Por otra parte, como progresivamente podrán ir intuyendo, sus padres no pueden responder a todas sus preguntas, no son omniscientes. Los síntomas de angustia en el niño están a menudo vinculados a estos momentos en los que se rasga el velo de la infalibilidad del Otro parental. Cuando viven la incapacidad de los padres para detener la tormenta, para impedir la muerte del perrito o la pérdida del peluche, los niños se confrontan a este Otro impotente. Es importante que pasen por esta prueba, que tomen consciencia de que el Otro parental no se lo puede dar todo, o que no lo puede todo en el universo. Experimentan entonces que el poder y el saber son dos cosas diferentes.

Por otra parte, aprenden también que ellos pueden adquirir un cierto dominio sobre ellos mismos y sobre lo que les rodea, que las respuestas a un gran número de preguntas se pueden encontrar en los libros. Es fundamental que los niños hagan este descubrimiento, que leer es aprender cosas. He conocido muchos niños que no habían pasado por esta experiencia. Ellos pensaban que leer es explicar una historia, pero no habían hecho el vínculo entre leer y saber.

Para aprender, el niño debe haber aceptado que el amor no lo colma todo, que hay algo que el amor no da, de donde puede surgir el deseo, y en particular el deseo de saber, que abre al deseo de aprender. De ahí que un niño pueda leer sin comprender ni gota, a falta de haber cumplido con esta operación de simbolización que es la experiencia de la castración.

Léa tiene ocho años cuando viene a la consulta debido a los resultados escolares mediocres y a una falta de atención que sorprende a la maestra. Niña viva y muy femenina, se interesa rápidamente en la oferta que se le hace de venir a hablar de sus problemas.

Sus padres se separaron cuando ella tenía cinco años. Su padre se volvió a casar con una mujer joven que tenía dificultades en hacerse respetar por Léa y su hermano. Las visitas con su padre iban acompañadas de muchos gritos y lágrimas. En cuanto a su madre, estaba deprimida desde que su marido se fue. Había engordado mucho. Léa intenta reconfortarla escuchándola. Se ha convertido en su confidente.

Se produce un giro cuando la madre encuentra un hombre. El cambio provocado por la llegada de un intruso desencadena en Léa una cierta agresividad. Pierde su lugar preferido. Sin embargo, el hombre escogido por su madre es joven y gentil, y ella es seducida por él. Ve también salir a su madre de su depresión, y esto tiene efectos positivos para toda la familia.

Entonces, ¿por qué este fracaso escolar? ¿De dónde proviene esta inercia, este desinterés con respecto al saber? ¿De dónde viene su fracaso, y sobre todo esta dificultad para leer, para comprender lo que lee?

Léa parece acaparada por algo más oscuro en relación a la cuestión de la feminidad y del vínculo amoroso. ¿Qué es lo que una mujer espera de un hombre? ¿Qué es ser una mujer para un hombre? Estas cuestiones movilizan en ella la pregunta por la relación sexual, que no puede escribirse, pero también el misterio de la feminidad. Este enigma fundamental de la sexualidad está demasiado presente en su vida para que ella pueda ser investida en otro saber. Su síntoma indica que un niño no puede leer lo que funda la relación entre un hombre y una mujer sin estar afectado por ello en su cuerpo y en su relación con el saber.

Veamos por qué. En ocasión de una sesión, Léa me explica que oye a su madre «llorar» detrás del tabique de su habitación. Esto le angustia mucho. Ella persigue así el ruido de los retozos amorosos de la pareja de su madre y su amigo. ¿Qué sucede detrás de la pared, qué significan los «llantos» de su madre? Freud precisaba que los niños que presencian las relaciones sexuales de sus padres creen en «una concepción sádica del coito».⁹

El niño imagina que el hombre violenta a la madre. Es así como lo interpreta Léa, que se preocupa mucho por su madre.

Su sueño se agita por este hecho: ella intenta comprender lo que sucede en la habitación de al lado. En una sesión, dibuja un niño encima de una montaña, vestida con un velo blanco entre dos enormes flores rojas. Este es el comentario que hizo de su dibujo: «Hay una bruja en lo alto de la montaña. Se pone blanco por todos los lados e incluso *descolore* todo, las flores, los árboles, todo. Cuando uno es blanco, se puede fundir en el decorado». Interpreto entonces que ella querría ser invisible para ver todo lo que sucede en la habitación de su madre. Se ríe diciendo que sí.

Léa sueña, en efecto, fundirse en el decorado para penetrar en el enigma de lo sexual. Esto le hace estar al acecho. Mantiene sus ojos abiertos durante toda la noche. Necesita permanecer despierta para creer en lo que oye. Su «pulsión invocante que es —nos lo indica Lacan— la más cercana a la experiencia del inconsciente»,¹⁰ se pone al servicio de la pregunta sobre la relación sexual entre un hombre y una mujer. ¿Qué oye ella? ¿Qué dice, qué hace su madre? Ella desplaza esta pregunta colocando entonces el acento en lo que ella querría ver para saber, hasta el punto de hacerse invisible. Así, ella hace existir en su dibujo la presencia de su deseo inconsciente: ser una bruja invisible. El significante «bruja» muestra que, para Léa, la prohibición sobre la sexualidad tiene una función de protección. La bruja es el nombre de lo que encarna la verdad prohibida. Ella sabe que no debería... pero imagina que igualmente podría saber.

Ahora bien, ¿cómo aborda Léa su feminidad? Me impresionó desde el inicio de nuestros encuentros el contraste entre la presentación de la madre y la de la niña. Con un sobrepeso considerable, la madre vestía sin ningún cuidado, era poco femenina. Léa, sin embargo, va siempre vestida con vestidos preciosos o pantalones ajustados, muy *sexis*; parece una preadolescente. Su feminidad se acentúa por su largo cabello dorado, y su cuerpo de niña, sexualizado por la ropa que le marca el cuerpo. La niña es el objeto femenino de su madre, tiene lo que le falta a ella, y está ahí para completarla en la juntura más íntima de su feminidad perdida: la gracia de la impúber. Léa encarna el fetiche materno, un fetiche *sexy*. Esta posición de pequeña mujer que sería el plus de gozar materno, pero también su valedor femenino, da a la niña una función de seducción que ella lleva con satisfacción. A Léa le gusta. Puede incluso seducir al amigo de su madre y mantenerlo a su lado. Es su fantasma, inconsciente por supuesto, pero también su respuesta a la demanda materna. Para satisfacerla, le es necesario prestarse a esta

feminidad precoz de su cuerpo, le hace falta encarnar la feminidad, hacerla tangible. Esta posición de niño con un cuerpo fetichizado tiene efectos para la pequeña. Ella se queja de síntomas somáticos de repetición, sobre todo un dolor de barriga que vuelve regularmente y que no tiene causa alguna.

Podemos entonces pensar que Léa no se interesa en el saber escolar porque está antes que nada interesada en lo que sucede en la cama de su madre. No puede comprender por qué su madre «llora», e interpreta que el hombre es violento con ella. Querría protegerla y le dedica un amor ilimitado. Este amor por su madre es una manera de sublimar su descubrimiento de la supuesta violencia en las relaciones sexuales.

Este amor en exceso se manifiesta también en la transferencia. Léa me ofrece múltiples pruebas de su amor. Dibuja repetidamente corazones rosas. Pero no se trata de un amor que se dirija al saber. Es un amor que manifiesta la necesidad para ella de quejarse y de ser amada por el Otro, como si los signos de amor fueran una condición para sentirse amada. Este amor de transferencia es también una manera de sublimar las pulsiones eróticas puestas en juego por lo que ella vive, lo que la angustia. Pues Léa debe ser amante y seducir para existir.

En realidad, su análisis pone en juego su gran fragilidad para asegurarse un amor invariable, seguro. Confrontada a las oscilaciones y a las vicisitudes de los amores paternos, ella padece los daños como si, para ella también, la cuestión de ser dejada y de no ser ya amada estuviera en juego. De ahí su vigilancia extrema para saber lo que sucede en las relaciones amorosas de sus padres. No les quita ojo de encima. Hasta el punto de que no es capaz de aprender nada en la escuela, como si su atención estuviera enteramente absorbida por lo que siente, vía su madre del amor por un hombre.

Si tiene acceso a la libido materna, a sus tormentos, es también porque ella se muestra por supuesto capaz de escucharlos. De hecho, teme que su madre no sepa mantener a un hombre a su lado. Es de lo que ella me habla. Le ayuda entonces a no comer demasiados dulces y a hacer deporte. La niña aporta una función materna para su madre. La tranquiliza. Pero situándose en este lugar, amaña las cuestiones que están en juego. Léa juega a ser tanto la pequeña mujer, cuando está al lado del amante de su madre, como la pequeña madre, cuando está con ella. Se ha extraviado como niña pequeña. La escuela le molesta, sus compañeras también. Ciertamente, sabe leer, contar, escribir, pero no está en el deseo de saber. Trabaja a partir de la coacción de la maestra, sin poder interesarse en lo que debería aprender. El saber escolar no le atrae. Es un saber que no se inscribe

como sublimación, pues lo que ella quiere saber no es legible. Necesita buscarlo sin cesar, espiarlo, descubrirlo, pero todo ello es en vano. Léa se ha puesto al servicio de la feminidad perdida de su madre; como una histérica precoz, la sobrepasa en su feminidad naciente y goza de ello.

Este encuentro con lo real de la sexualidad materna supuso un trauma para Léa y la precipitó en una posición de mujercita sexy, otro nombre de la fetichización del cuerpo del niño.

Para el analista, lo que es determinante es el malentendido del que se teje la neurosis. Se necesita reconocerlo y desalojarlo de su impacto negativo sobre el niño. El malentendido es de estructura. Está siempre al inicio. No se trata de suprimirlo o de negarlo. Al contrario, el analista permite captar mejor el resorte. El psicoanálisis no es una empresa de reparación. No preconiza el consejo o el compromiso. El psicoanálisis suscita el deseo, cosa que proporciona otra manera de verse, y otra mirada sobre los otros.

LUGARES PARA DECIR LOS VÍNCULOS

EL PSICOANALISTA Y LA INSTITUCIÓN

Los centros de atención para padres y niños (en Francia, CMP, CMPP, consultas hospitalarias o asociativas, SESSAD, hospitales de día, etc.) son lugares de acogida y de atención que tienen por función recibir las quejas y escuchar los problemas de cada uno de ellos. La mayor parte de las instituciones dependen de la DASES (Dirección de Acción Social, de la Infancia y de la Salud) y funcionan a partir de un precio por jornada determinado por la Caisse Primaire d'Assurance Maladie. En estas instituciones se ejerce un doble control: administrativo y médico. Habitualmente, los tratamientos se llevan a cabo bajo control médico.

Así pues, existen lugares. Esto es esencial, ya que el lugar constituye el espacio en el que alojar el síntoma familiar en el corazón mismo de la ciudad.

En estos lugares podemos hablar de vínculos que se hacen y se deshacen, de vínculos que se rompen, de algunos que no pueden deshacerse y de otros que no pueden hacerse.¹ Son los efectos producidos por el amor y el odio, por la dificultad que entraña el ser padre y también el ser hijo. Pues una familia es, por excelencia, un vínculo entre personas que se aman, un vínculo entre el amor y la historia que se anudan. A veces, el odio, el resentimiento, la indiferencia son las manifestaciones de la crueldad familiar, de su violencia; es el lugar cercado de los estragos más destructores. El espacio que acoge la palabra del sujeto no debe ser entonces mortífero, sino vivificante y un poco protector.

En una institución, la posición del psicoanalista no está siempre claramente definida y su poder es diferente de un lugar a otro. Todo depende, en efecto, del lugar que se haya hecho al psicoanálisis, y de la relación que cada uno mantenga con este.

UN PSICOANÁLISIS, NO SU SEMBLANTE

Un buen número de psicoanalistas consideran que hay una gran diferencia entre la práctica en consulta y la que se lleva a cabo en una institución. Para algunos, la práctica

en institución está forzosamente limitada a no ser más que un *semblante*, un *ersatz* del psicoanálisis en consulta. Perdería así su radical subversión aplicándose en la institución, considerada como un lugar que constriñe y que funciona con reglas que no se desprenden de la teoría analítica. Para mí, *el psicoanálisis es Uno*.

Pero existen *dos formas de práctica* del psicoanálisis: la denominada «psicoanálisis puro»,² que va más allá del psicoanálisis terapéutico, y «el psicoanálisis aplicado a la terapéutica», que, como su nombre indica, tiene como objetivo la cura. La primera se dirige a los analizantes que deciden formarse en el psicoanálisis para convertirse ellos mismos en analistas. La segunda, el psicoanálisis aplicado a la terapéutica; se practica tanto en institución como en la consulta del psicoanalista.

Sea cual sea el lugar en el que se ejerza, el psicoanálisis con niños tiene como objetivo tratar los embrollos del ser hablante, los *impasses* subjetivos, así como el enigma del deseo, bien esté este impedido, sea imposible o insatisfecho.

Sin embargo, la práctica en consulta y la práctica en institución no tienen las mismas condiciones de ejercicio, cosa que crea algunas disyunciones.

EL TIEMPO Y EL DINERO EN INSTITUCIÓN

Las exigencias de productividad, de rentabilidad, se han vuelto cada vez más manifiestas y resultan más insistentes. Por ejemplo, las exigencias sobre la duración de los tratamientos indican sobre todo que el tiempo es de entrada dinero: «Hay que hacer actos». La cura debe ser rentable, imperativo que puede crear en los profesionales angustia por no poder garantizar una mejora sintomática. Es también una manera de inscribir el acto terapéutico en términos de costes, lo que no concuerda siempre con nuestra ética. Así, aquel que hace más actos será mejor evaluado que aquel que hace menos. Sin embargo, esta lógica es falsa en el plano de la responsabilidad de las curas, de la eficacia y de la calidad que dichas curas requieren.

En las instituciones, las curas son llamadas gratuitas. Esta gratuidad tiene la ventaja de ofrecer tratamientos de calidad a todos y cada uno, sea cual sea su situación financiera.

No hay un solo acto gratuito

Sin embargo, para contravenir esta idea de gratuidad (no hay de hecho un solo acto gratuito, sino un pago por medio de un tercero, que es, en estos casos, la Seguridad Social), en bastantes casos, los usuarios reciben la factura de sus actos, con el objetivo de responsabilizarles. El dinero como objeto no está negado u olvidado. Forma parte del contrato de asistencia entre las tres instancias: la familia, el centro de tratamiento y la Administración correspondiente. Hay, entonces, un acto de pago, aunque está implícito la mayor parte del tiempo. Este pacto interfiere poco en las curas, pero es evidente que entra en el circuito terapéutico. Así, una adolescente me preguntó un día cuál era el precio que su padre pagaba para que ella pudiera venir a su sesión semanal. Apareció entonces que este padre le hacía creer que era él quien pagaba la sesión de su hija. «¡Mira todo el dinero que me cuestas!», le dijo él. Ella se quedó entonces avergonzada y culpabilizada. Su padre la culpabilizaba y quería impedirle ir a hablar con alguien. Abusaba de su autoridad para hacerle creer que era él quien pagaba las facturas liquidadas por la Administración, de las que él recibía una copia. A partir de ahí podemos reflexionar sobre el lugar del niño entre el tercero que paga y sus padres. Ellos pagan siempre por el niño que no puede hacerse cargo de sus necesidades; cuando ellos no pueden hacerlo, es la sociedad quien toma el relevo. El niño está sometido a esta dependencia financiera, y las diferentes maneras de utilizar el dinero en la relación padres-hijos son a menudo sintomáticas: la coincidencia del dinero y de su valor libidinal encuentra aquí numerosas variantes. Bien sirva para comprar el afecto del niño o para colmar todo tipo de carencias por medio de una plétora de artículos de consumo, bien sirva, al contrario, para privar al niño de satisfacción y de recompensa; incluso, el niño puede experimentar la falta de dinero como una pérdida de amor o como un castigo.

Para el niño, el dinero constituye un objeto cuya significación comprende, poco a poco, a través de sus padres. Cuando es pequeño, percibe el dinero como lo que sirve para la satisfacción de sus necesidades y para la obtención de regalos. No será hasta más tarde que entenderá la utilización que se hace de él como valor de uso y como modo de goce. No resulta entonces fácil abordar con él la cuestión del pago de sus sesiones. Los padres son quienes se hacen cargo de él, y, entonces, también son quienes asumen el costo de las sesiones.

Cuando el niño adquiere la noción de valor de intercambio del dinero, es importante introducir la noción de pago y enseñar al niño que dicho pago pasa por un tercero que no son sus padres. En efecto, si el acuerdo de los padres es necesario para hacerse cargo de

su hijo, el pago por medio de un tercero excluye la inserción de una deuda de dinero entre el joven y sus padres. Es evidentemente una de las grandes diferencias con respecto a la práctica privada.

En la consulta, el pago es solicitado por el psicoanalista y forma parte de la experiencia. Allí, no hay psicoanálisis sin este intercambio que permite a la vez pagar al analista por su trabajo, pero también pagar simbólicamente el precio por sus síntomas y por su desaparición. A veces, se le reprocha al analista que el coste de sus servicios es demasiado elevado, y que eso impide que personas con menos recursos se beneficien de ellos. Ahora bien, es habitual modular las respuestas según los sujetos y proponer precios en función de las posibilidades financieras de cada uno. No hay un precio estándar. Lo que importa para el sujeto es su compromiso con el dispositivo de la cura. Es esta decisión la que va a cambiar su economía subjetiva. Hay que pagar algo para que haya una huella de esta elección. La pérdida que constituye el don del pago incluye este cambio subjetivo.

En una institución, el dinero no tiene precio subjetivo. Todas las sesiones son equivalentes en términos de «tarificación del acto». Cuando el niño va a visitar a diversos terapeutas durante el mismo día, o durante la misma semana, es una única tarifa la que contabiliza la Administración. Es importante que las familias comprendan que los precios de facturación del acto profesional no son transferidos como tal a cada terapeuta. Conviene entonces explicar a las familias la función de este coste elevado de las sesiones en términos de prestación. Del mismo modo, es indispensable que los pacientes sepan que los terapeutas son remunerados por su trabajo con ellos. La gratuidad puede, en efecto, constituir un obstáculo para el progreso de este trabajo, pues esta puede insinuar que podría existir un goce ocupando el lugar de quien cura, y podría manifestarse la idea de querer el bien del otro. Ahí está el mayor riesgo de desviación de estos actos gratuitos.

Hacer pagar el acto de escuchar exige una ética: consiste en decidir que las palabras, lejos de no tener importancia, son determinantes en la construcción de todo sujeto. Es fundamental haberlo experimentado en el propio análisis. Los significantes actúan desde el momento que se insertan en un discurso en el que se asume esta responsabilidad del decir. Considerado desde el dispositivo del análisis, hablar es un acto que tiene efectos sobre los afectos y sobre el cuerpo.

El tiempo hace síntoma

La imposibilidad de evaluar el trabajo terapéutico de manera cifrada favoreció una interpretación errónea del tiempo de las sesiones: manejamos el tiempo de sesión como una entidad temporal que da la ilusión de un tiempo de trabajo efectivo.

Ahora bien, el tiempo fijo aliena al terapeuta y lo somete al reloj. Este encarna un Otro todopoderoso (y por lo tanto, a veces perseguidor) o un Otro que hace referencia a un ideal consensuado.

No hay que olvidar que el acto analítico es de entrada la interpretación. Por medio de ella es como la palabra de un sujeto puede ser descifrable. Sin la interpretación, no hay trabajo analítico posible. Además, como ya hemos mencionado, suspender alguna sesión modifica el sentido y el valor de la interpretación.

Esta escansión permite hacer resonar un significante o un enunciado en el intervalo entre dos sesiones. La sesión de duración fija impide que surjan tales significados e ignora el efecto retroactivo de la interpretación. Esto provoca una apertura de lo que, en un primer momento, estaba cerrado, y no puede esperarse en un segundo momento. El primer momento queda así olvidado. Para reencontrarlo, la interpretación actúa como un bumerán. Es por ello que puede producirse en cualquier momento de la sesión. Las sesiones de duración variable tienen en cuenta los efectos de sorpresa de la interpretación, y también su libertad de producción; así, permiten trabajar con un inconsciente que se atrapa a la vivacidad del rayo, y no con un inconsciente que se despliega como una bobina de hilo.

PENSAR EL ACTO TERAPÉUTICO

En las diferentes estructuras de atención, corresponde al responsable de la institución la tarea determinante de permitir y abrir la palabra a todos. Cuando uno es confrontado en tanto que clínico a las demandas indecisas y a veces negativas, cuando uno sostiene contra viento y marea el deseo del Otro, cuando uno intenta escuchar la relación entre un niño y sus padres sin desencadenar el real en juego en la patología que se presenta, se necesita un lugar para un intercambio alrededor de estos dichos, para un acuse de recepción.

En todo trabajo conjunto, hay cuestiones de poder en juego. El poder administrativo rige el personal y el poder médico da la orientación de la atención, al menos en las instituciones en las que la función médica detenta un cierto dominio sobre las disciplinas. Alrededor del médico responsable del servicio se da forma la relación de cada uno con su función. Su lugar y la manera como él compromete su acto son centrales en estas estructuras, pues es él quien define los tratamientos de los que se beneficiarán los niños, no sin haber hecho un intercambio con el conjunto de sus colegas. Su sentido clínico, su relación con la terapéutica son importantes en cada tratamiento propuesto. En general, el establecimiento de la elección terapéutica se va ajustando en las reuniones clínicas semanales que reúnen a todos los intervinientes.

La institución es una experiencia conjunta, y es lo que la vuelve viva e interesante. Cada persona tiene una función y un lugar en la estructura. Las modalidades de un funcionamiento determinado tienen efectos y consecuencias en el lugar de cada uno en la institución.

Por otra parte, todo espacio terapéutico tiene un lugar y una función designados en lo social. Hay una historia de las instituciones de atención a niños. Estas se inscriben como espacios de prevención y de tratamiento de los síntomas de los niños en el sistema de salud regido por el Ministerio de Sanidad.

En estos lugares, el psicoanálisis es una elección para pensar el acto terapéutico con los niños y los adolescentes. A partir de ahí, se abre una dinámica de atenciones que permiten una variedad de terapias: los tratamientos logopédicos y de psicomotricidad favorecen por ejemplo enfoques determinados ante síntomas de apariencia instrumental y permiten en ocasiones una entrada en un dispositivo de tratamiento más tranquilizador para los padres. El tratamiento analítico exige las más de las veces que un cierto sufrimiento acompañe los síntomas y que una demanda sea más o menos enunciada por los padres y el niño. Es una de las condiciones para iniciar un trabajo analítico.

Para los terapeutas, haber hecho la elección de trabajar con niños no es algo anodino. Los profesionales tienen razones manifiestas e inconscientes por haber escogido esta vía. Puede tener que ver con querer reparar su propia infancia, o bien prolongarla, o incluso comprender retroactivamente lo que es un niño. Pero, más allá de esta posición, está la cuestión de la relación que se anuda con un niño en particular. He señalado en otras ocasiones que las personas que se ocupan de los niños los idealizan o proyectan a veces sobre ellos una imagen que llamo «la imagen del niño que es pegado». Freud descubrió la

estructura del fantasma que se articula alrededor de la frase *pegan a un niño*³ y revela un deseo inconsciente de ser pegado por el padre. Este fantasma absolutamente inconsciente se manifiesta en las identificaciones con el niño que sufre, visto siempre como un ser frágil o dependiente, que no puede defenderse. Y es un hecho que, en los lugares de tratamiento, hay que proteger algunas veces al niño de una madre o de un padre patológico, incluso protegerle de su destino nefasto. Esta relación con el objeto-niño sostiene el trabajo y es correlativo de otro fantasma —que viene a recubrir al primero—, el de «salvar a los niños».

Se trata de un fantasma que todos los profesionales de la salud, y especialmente los que dedican su tiempo a cuidarse de los niños, deben considerar seriamente. Este deseo de salvar, este fantasma de reparación, funciona como pantalla e impide a menudo reconocer aquello que hace que un profesional elija trabajar con niños. Las mujeres están sin duda más expuestas a esta cuestión. El deseo de proteger en exceso o de educar vela a veces un rencor primordial, como el de no haber sido deseado o no haber obtenido de su madre el amor que se esperaba. También puede estar presente la idea de que un niño es, a la inversa que los adultos, una persona que no esperaría del Otro, del adulto, más que amor y reconocimiento. Pero, claro está, ¿no hace falta que los niños sean amados por todo el mundo! Los niños esperan simplemente que se les hable y que no se dirijan a ellos como objetos, únicos y preciosos. Los niños serán sensibles a la atención que los adultos otorguen a lo que ellos dicen, más que a lo que ellos son en tanto que *infans*.

El análisis personal de los practicantes permite que estos reciban el sufrimiento de los niños y de sus padres sin que se ponga en juego su malestar y sus proyecciones, sus interpretaciones, pues el análisis descongestiona del *pathos*.

UNA LECTURA ENTRE VARIOS

En la institución, la transferencia está difractada en las diversas personas que se ocupan del niño y de su familia. Se dirige también hacia el lugar que encarnan los profesionales, investidos ellos mismos por los padres y por el niño del que se ocupan. Se trata de una transferencia plural que se fija, se desplaza, se anuda y se desanuda.

Puede que la transferencia se genere, o bien puede que dicha transferencia no se autentifique nunca y se termine deshaciendo, o que quede en espera. A menudo, se

descifra la transferencia en términos de enganche o de confianza, cuando en realidad la transferencia es el amor que se dirige al saber. Freud, que fue quien la descubrió, se sorprendió de ello. Lacan clarificó y formalizó su necesidad al inicio de un psicoanálisis.

En la experiencia institucional a menudo este amor original da miedo. La transferencia puede ser efectivamente devastadora, y hay un peligro real de manejarla sin saber lo que uno está haciendo. En los tratamientos de logopedia y de psicomotricidad, por ejemplo, se supone que la transferencia no se pone en juego. Me parece, sin embargo, que la transferencia no concierne únicamente a los psicoanalistas. Es igualmente importante en las entrevistas con los demás terapeutas: directamente, el tratamiento pivota alrededor de la transferencia. Un tratamiento solo sirve cuando la transferencia se despliega positivamente y sostiene el trabajo llevado a cabo y propuesto al niño. Si se revela como un obstáculo, es vivida como un rechazo y comporta estancamientos, incluso la interrupción del tratamiento. Ahora bien, la animosidad y la agresividad, si surgen, son a menudo el resultado de una ausencia de localización del lugar y de la función de los diferentes profesionales. La institución, regida por cierto automatismo de repetición, tiende a repetir las mismas consignas, sin reconocer los efectos indeseables motivados por un discurso normativo. Hace un uso de dicho discurso, que, fijando reglas y procedimientos, satisface al grupo. Cuando surgen los efectos negativos de la transferencia, emerge el deseo de protegerse, de detener el goce del otro y de alejarse de este otro a quien no se puede tratar. El psicoanalista debe conocer los efectos de la transferencia negativa y a veces tiene que soportarla sin pretender evitarla, sino considerándola como un acontecimiento que deberá trabajarse.

En la consulta, aparece a menudo una forma de urgencia de la demanda en la llamada de los padres, y el psicoanalista hace de ella acuse de recibo. No responde a ella en término de proyecto, con formularios de inscripción, con explicaciones sobre el cómo y el porqué. El psicoanalista dice: «Pase». Él sabe que la urgencia es fecunda al inicio de un trabajo analítico del que la transferencia será el pivote.

El trabajo de equipo en instituciones solo tiene sentido si cada miembro consiente en la elaboración común que exige la clínica del caso. Esto compromete al profesional en el reconocimiento de su trabajo y expone a cada uno a los límites de su acto: por ejemplo, el sentimiento de no llegar a modificar un síntoma puede ser enunciado en una reunión y abrir una reflexión sobre ello. El psicoanálisis permite una lectura entre varios de los casos que fundan la realidad clínica de un servicio. Sus conceptos sostienen el deseo que

anima la relación terapéutica. A menudo, el problema que plantea una familia pasa por todo el equipo durante varias semanas, y puede provocar tensiones en el seno del propio equipo. Una divergencia puede también revelarse fecunda y dar lugar a la discusión.

Lo que es fundamental es que los casos de niños anuden y estrechen los vínculos entre los diferentes intervinientes. La reunión clínica lleva la verdad propia de cada profesional. La convierte en útil, fecunda, articulada para la comprensión del caso. Es un lugar vivo y constructivo del trabajo de cada uno, cuando en la reunión de equipo hay un interés por la lengua particular de cada niño, que es quien, de hecho, es el verdadero autor de la reunión. La palabra que se dice sobre él permite captar de qué modo dicha palabra es fundadora de un cambio, o bien manifiesta, por el contrario, una inercia en su evolución. Estas reuniones permiten también soportar lo intolerable de un trabajo en el que a veces hay que afrontar lo más aberrante de la naturaleza humana, a saber: el rechazo del ser mismo del niño.

NO HAY CLÍNICA SIN ÉTICA

Tanto si se trata de trabajo en una institución como de sesiones en una consulta privada, la práctica del psicoanálisis está fundada en principios fundamentales que hay que recordar.

DETERMINISMO O RESPONSABILIDAD

Un gran número de personas dicen hoy haber «hecho un análisis». El psicoanálisis se ha difundido ampliamente: en la radio, en la televisión y en revistas; está presente como un medio eficaz de responder a cuestiones relativas a la educación de los niños, la relación de pareja, los conflictos familiares, los duelos, las enfermedades, etc. Se convoca al psicoanalista para que dé su punto de vista sobre la actualidad psicológica, política y social del país y del mundo. La publicidad ha encontrado en los significantes del psicoanálisis el medio de llegar al consumidor con humor, otorgando al acto fallido y a los juegos de palabras un valor de verdad y de sorpresa; la idea de que por medio de ellos se dice lo que realmente quieren decir. Un significante puede tener múltiples sentidos. Esto provoca plasticidad en el lenguaje, una fuerza particular, un modo de gozar del lenguaje. Y sobre esta cuerda del goce de las palabras se fabrica una lengua.

Evidenciando la importancia del lenguaje y del juego significativo, el psicoanálisis lacaniano favoreció el amor de la lengua. Promueve esta libertad del lenguaje que toma en consideración las palabras y les ofrece una vía más sutil, lo más cerca posible del deseo inconsciente —y del *querer decir*¹ que el inconsciente implica—. La lengua tiene un carácter privado que afecta más allá de las aserciones que se profieren, de las certidumbres que se enuncian. Este carácter privado, cuando se está en análisis, se convierte en lo más precioso y en el mensaje más justo de uno mismo, de lo más íntimo del ser.

El psicoanálisis ha revelado también las paradojas de las elecciones del sujeto. Las ha

puesto de relieve. Algunos le acusan incluso de hacer del sujeto alguien que no se responsabiliza de sus actos. Una psicología surgió para acentuar, en nombre del psicoanálisis, que los actos humanos podían explicarse por traumatismos o por carencias profundas vividas en la historia familiar.

Si bien esto no es falso, es por el contrario erróneo pensar que todo acto fallido o patógeno es excusable por el hecho de haber tenido un pasado difícil —cada uno de nosotros responde de manera diferente a su historia.

Tomar en consideración el determinismo del inconsciente, la incidencia de la historia familiar, el peso de los acontecimientos vividos, no justifica los actos graves de violencia o los pasos al acto destructores. El psicoanálisis no excusa a los niños, como se escucha decir todavía a los que creen que el psicoanálisis culpa a los padres —los cuales son, por otra parte, prisioneros ellos mismos de su historia— de los problemas de los niños. La transmisión de la falta familiar no surge de un desorden psicológico. Cuando se cometen actos graves, el psicoanálisis concluye más bien que el sujeto debe reencontrar la causa de su desorden y aprender a *hacer con* lo que ha vivido.

La falta de amor, de seguridad o de proyecto de futuro marca definitivamente a un sujeto. Esta es la sentencia que a menudo revela la clínica. Lo que resulta más complejo es cuando los actos de los padres son incoherentes para el niño y se han realizado de manera perversa para obtener de él algún tipo de satisfacción. Cuando el niño sirve para el goce de sus padres, se encuentra con el fuera de sentido de la dominación. Esto sucede en los casos en que esta dominación equivale a lo que se denomina el «amor de los padres», pero que no es más que un abuso de poder.

Un niño pequeño no mostraba interés por nada y en la escuela tenía problemas. Se volvió sombrío. Su madre estaba convencida de que era víctima de sortilegios o de maleficios. Después de diversos meses de análisis, el niño reconoce a su analista que no podía hablar libremente de sus problemas porque su madre exigía que repitiese todo lo que él decía en sesión. Cuando el analista le respondió que no estaba obligado a contárselo todo a su madre, porque él era libre de tener sus propios pensamientos, el niño se fue dando cuenta poco a poco de su relación con su madre. Según ella, este hijo debía ser educado con métodos de otro siglo: sobre todo, recibir castigos tales como comer para desayunar la sopa fría que no se hubiera terminado la noche anterior. Le obligaba también a verificar la consistencia de sus heces. Con el pretexto de curar un constipado tenaz, le infligía repetidamente lavativas. Hacía que lo examinasen regularmente

hipnotizadores y debía tragarse todo tipo de pociones. Su madre quería dominarle por completo, como si todo lo que entraba y salía del cuerpo de su hijo le perteneciera a ella más que a él.

La evolución del niño quedó interrumpida, pues crecer no tiene ningún sentido cuando el Otro le invade a uno y lo desprovee de su propio cuerpo. Su constipado crónico era la manera que a pesar de todo él había encontrado para decir que el contenido de su cuerpo debía mantenerse para él íntimamente personal. Se resistía a darlo. *Retenía* sus deposiciones. Desgraciadamente para él, su madre usaba su omnipotencia sobre él y utilizaba, en nombre de la medicina, medios de forzamiento. El niño rechazó entonces aprender a leer y a escribir. No *retenía* el saber que su madre quería que adquiriese. Retener y rechazar la retención estaban relacionados, anudados en un vínculo especial de alternancia, en una relación entre las palabras y el cuerpo. Por medio de este caso, vemos que el síntoma es a la vez significativo y goce. Las palabras pueden inferir en el cuerpo —cosa que no es, contrariamente a lo que la religión afirma, un objeto separado del pensamiento—. El acontecimiento de cuerpo indica que hay un efecto de las palabras en el cuerpo. En esta relación entre el saber y el cuerpo, el niño estaba sometido a una madre que amaba a su hijo como un objeto al que se fuerza y se somete.

AVATARES DE LA TRANSFERENCIA

Cuando uno escucha, se ocupa un lugar. Este lugar es el lugar del Otro, un lugar fundamental. El Otro es en efecto quien recibe la queja y la vuelve descifrable para el sujeto mismo. Desde el momento en que os confía su vida, sus sentimientos, sus esperanzas, sus temores o sus tristezas, el sujeto efectúa una transferencia hacia el Otro que le escucha. Un psicoanalista lo sabe. Y se cuidará de no utilizar el poder que le confiere su posición, con el que podría inducir sus propias conductas o pensamientos al sujeto. Su propio análisis le habrá conducido al menos a no confundir su lugar con su función. El psicoanalista sabe que tomándose por el Otro del saber, los efectos de sugestión proliferan.

Esto representa un principio fundamental. El analista no responde a la demanda en el nivel imaginario, pues estaría entonces en posición de amo de la vida del sujeto. Al inicio de su enseñanza, Lacan definió al analista como «dueño de la verdad»,² y no como amo

del sujeto. Se percibe bien la diferencia entre ambas formulaciones. Hacerse dueño de la verdad es aceptar ocupar un lugar de esclavo de la palabra, aquel que se articula en cartas escondidas, invisibles o perdidas, las cartas despegadas de la historia de un sujeto. Para acometer esta tarea, debe situarse fuera de la relación imaginaria entre el sujeto y sus interlocutores habituales. No responde nunca en espejo en el vínculo entre el sujeto y su *alter ego*. El analista opera a partir de una posición de Otro simbólico. Él es garante de la palabra que le es confiada. No se mezcla con las relaciones del sujeto con los otros, ni pierde de vista de dónde proviene aquello que cree que hay que decir, y a quién hay que decirlo.

En una institución, el psicoanálisis con niños está siempre amenazado por la posición de amo que podría tomar aquel que recibe a los padres. Frente a ellos, que vienen a exponer las dificultades que se encuentran con su hijo, puede parecer casi «natural» intervenir en nombre de Otro que sabe. Que sabe cómo educar, cómo comportarse con los niños, cómo salir de un *impasse*. Los padres solicitan consejos pero serán los primeros en denunciar su falsedad si estos no funcionan.

Las entrevistas con la familia muestran la dificultad para hablar de su hijo sin abordar los problemas en el seno de la familia y, a menudo, en el interior de la pareja. En el seno de la pareja, se encuentra la posición de un hombre y la de una mujer, así como el modo en que cada uno es padre o madre. Estas dos posiciones no son previsibles y no establecen relación entre ellas.

Así, una chica explicaba vivamente el sentimiento de estar siempre entre sus padres. Decía no haberse nunca dado cuenta de que ellos formaban una pareja. No percibía más que su posición de padre y madre, siempre en relación con ella, con un deseo exclusivamente hacia ella. Era su rasgo de unión. Cuando, a los dieciocho años, se independizó provocó la separación de la pareja. Ellos habían dejado de ser hombre y mujer después de convertirse en padres. Habían olvidado el amor para gozar mejor de una relación a tres, en la que el niño se adhería a ellos para dar un sentido a su existencia. Ella se fue de casa. Actualmente, están solos, desesperados, y para ella, la vida se ha transformado.

O también ese hombre que acaba de ser padre. Está preocupado por el lugar que el niño está ocupando en la vida de su pareja. Piensa que su mujer ya no le desea y esto para él es insoportable. Se culpabiliza por tener algunos fantasmas que lo empujan al engaño. Tiene miedo de que a su mujer y a él no les preocupe ya otra cosa que su hijo.

Siente una gran angustia ante la idea de vivir con esta mujer únicamente dedicados al niño que han tenido.

Pero también esa chica que, desde que es madre, no experimenta ya deseo sexual. Se ha habituado a dormir en otros lugares que no son la cama de matrimonio, bajo el pretexto de que su bebé podría despertar a su marido, que se levanta pronto por las mañanas para ir a trabajar. Él no parece preocuparse por esta situación. Están bien juntos, se aman. Su hija mayor, de cuatro años, se ha dado cuenta del vacío dejado por la madre. De manera regular, ella se sitúa en el lugar desocupado. Y el padre no hace ningún comentario al respecto. Parece implícitamente estar de acuerdo. ¿Consiente quizás a esto? La madre se siente culpable...

Estas tres posiciones de sujeto hablan todas ellas de la ausencia de relación formalizable entre los hombres y las mujeres. Indican el malentendido fundamental entre los sexos. En cambio, la relación entre el padre y la madre existe, y para el niño es primordial.

En las entrevistas con los padres, el analista debe igualmente cuidarse de no identificarse con el niño y ponerse en contra de los padres. A veces es muy difícil no sucumbir a esta tentación. Sostener la posición del niño contra la de sus padres es asumir el riesgo de exacerbar la culpabilidad de los padres y de hacerles huir. La fragilidad del vínculo en las primeras entrevistas implica no precipitarse y no creer demasiado pronto que se ha comprendido la situación. Es preferible empezar por cernir de dónde surge la queja, lo que ella significa, aquello a lo que apunta la demanda, lo que se espera.

Aquel que sufre no es siempre, por otra parte, quien habla: la queja con relación a un niño puede servir para velar un gran número de conflictos y heridas. Conviene entonces localizar el lugar y la función de cada uno en la demanda dirigida al analista.

Por el contrario, cuando se ha detectado un caso de maltrato o de incesto, el procedimiento que hay que adoptar es otro. En estos casos hay que desenmascarar los actos, nombrarlos y explicar las razones por las cuales la intervención de la justicia se revela necesaria e incluso obligatoria. En estos casos, la intervención del psicoanalista apunta a proteger al niño. No es raro que a lo largo de un tratamiento se llegue a descubrir una situación de incesto o de maltrato. Conviene entonces intervenir con tacto y con cautela, pues la palabra del niño ignora todas las consecuencias de su decir. Las implicaciones que esto puede desencadenar deben ser cada vez sopesadas con precaución. El trabajo en equipo se revela aquí particularmente útil; permite un cierto

distanciamiento y un reparto de los roles en el momento de ocuparse del niño y de su familia. El médico psiquiatra podrá recibir a los padres para hablarles de su decisión de hacer una notificación de denuncia concerniente a su hijo, y el niño podrá continuar su trabajo con un psicoanalista.

EL DESEO DEL ANALISTA, UNA BRÚJULA

Hablamos de psicoterapia cuando aquel que está en posición de escucha intenta rectificar las identificaciones del sujeto. El psicoanalista se sitúa más allá de esta perspectiva, que consiste en adaptar al sujeto a la norma social. Para soportar la cuestión del goce, el analista acepta salirse del lugar que le otorga el analizante. El deseo del analista consiste en renunciar a una posición de omnipotencia, a no servirse de ella, a rehusar encarnar a aquel que tiene poder sobre el otro y que podría decidir por él. Cuando uno confía su angustia y sus dificultades a alguien, entabla con él un vínculo particular, único. El psicoanalista no está ahí para juzgar, para tomar partido o para predecir. El psicoanalista acoge lo que uno dice, consiente, hace acuse de recibo de lo dicho.

«Lo digo mal», se escucha a veces. Pero lo que se dice mal es lo que convenía ser dicho, y el sentimiento de haberlo dicho prevalece desde el momento en que aquel que escucha acepta lo que se dice, de la manera en que se dice, lo más cerca posible del síntoma que se enuncia. Respecto al inconsciente, no hay mil maneras de decirlo. La buena no es aquella que uno consigue. Es más bien aquella que falla al decirse, tropieza, se escapa; lo que se llega a manifestar desde el inconsciente es lo que molesta.

Los niños dicen lo mismo cuando hacen un dibujo: «No me ha salido bien, no es bonito, lo he hecho mal». El analista no responde: «No pasa nada, basta con volver a hacerlo». Él toma el dibujo y pregunta: «¿Qué es lo que no está bien, qué es lo que no te gusta?». Se interesa por lo fallido. Toma el dibujo y le explica al niño que no prefiere un dibujo bonito, sino que él, el analista, también prefiere aquellos en los que hay errores o defectos. Explica que hay cosas que uno no sabe expresar bien con palabras, y entonces las expresa con dibujos. Y el analista comenta el dibujo con el niño, intentando dar voz al deseo que está ahí inscrito.

En el psicoanálisis aplicado a la terapéutica, el interés del analista reside en aliviar al sujeto de los síntomas que padece. En muchos casos, los efectos del encuentro con el

psicoanalista permiten la desaparición del síntoma, pues la palabra puede desanudar y apaciguar la culpabilidad del niño. A veces, el simple hecho de reconocer el lugar que el síntoma ocupa en la familia libera la causa que había sido el origen. Una vez situada la coyuntura de verdad en la que el síntoma estaba inserto, ya no tiene más razón de ser. Pero, en otras ocasiones, el síntoma está fijado y no encontramos la estructura de un conflicto psíquico. No hay un sentido en él. Funciona como un fuera de sentido. El enfoque difiere evidentemente según cada sujeto.

Tomemos por ejemplo el síntoma clásico de la enuresis, de una gran banalidad para el niño. En cada caso, encontramos una función particular que podemos poner en serie: la enuresis en el chico tiene a menudo que ver con la angustia de castración; en la chica, es también la angustia de castración la que instala la incapacidad para retener su orina, pero en ella funciona a la inversa —el chico tiene miedo de ser castrado y la chica sufre por su falta de pene—. Pero puede igualmente tratarse de un medio para exasperar a su madre cada mañana, o para hacerse humillar por su hermano mayor; en este último caso, es posible que haya un goce de hacerse maltratar y ser ridiculizado, que encuentra en la repetición la importancia del síntoma. Finalmente, está también la enuresis que no molesta al sujeto. La trata como algo que no le concierne, o quizá que no concierne a su cuerpo, que la deniega.

La intervención del analista consiste en operar a partir de estas hipótesis, poniéndolas a prueba y afinando la que convenga al caso. Es en el intercambio con el niño que se opera la creación *lingüística* que se abre a la interpretación. Esta se ve no obstante limitada por el hecho de que el niño no ha construido todavía una relación con la escritura. La interpretación puede entonces ser enunciada, ser dicha con palabras, o surge dibujando o jugando con el niño. En ocasiones, el analista pone en juego su propio cuerpo y no duda en producir o provocar una respuesta que sorprende al niño y que le permite posicionarse de otro modo frente al padre o a la madre. Interpretar, en las entrevistas con los niños pequeños, es de algún modo abrir al sujeto la posibilidad de volver a jugar su carta con un Otro que le habla, que le responde.

Algunas veces, el niño pequeño no juega con los significantes, los trata como sólidos. Se trata entonces de ponerlos en circulación y de abrirles el acceso a la significación que se congeló o se perdió. Como en este pequeño que dibujaba siempre tiburones. Su angustia de ser devorado era intensa. En una sesión, me dijo: «¿Por qué dicen que los tiburones son devoradores de hombres?». Después de pedirle que me precisara su

pregunta, añadió: «¿Por qué se comen a las niñas?». Este niño vivía una realidad que le corroía desde el nacimiento de su hermana pequeña. Se preguntaba, así, sobre la diferencia entre los niños y las niñas, otra manera de preguntar lo que tiene que ver con la castración, reactivada por él por la vía de la ausencia de pene en su hermanita.

El niño está a menudo en falta con respecto a la significación; las palabras son entonces unívocas. Las escucha sin comprenderlas, también cuando quiere conocer su sentido, que puede parecerle angustiante. Queda entonces petrificado sin calibrar el impacto de estas palabras. Es necesario, entonces, hablarle para que él pueda hablarse a sí mismo. Esto es esencial.

El psicoanálisis con niños pasa a menudo por la demanda de los padres, o de aquellos que ejercen esta función, como, por ejemplo, los educadores. Lo que está en juego es la supresión de un síntoma o incluso de los comportamientos inadaptados. Esto tiene consecuencias cruciales en la dirección de la cura. Cuando el niño es absorbido en una relación de omnipotencia con el adulto, el analista deberá *deconsistir* poco a poco este lugar. Por el contrario, sucede también que la relación con los padres no es suficientemente consistente, y el analista, en estos casos, podrá ser un *partenaire* diferente, incluso más exigente.

El análisis con niños requiere de algún modo colocarse a disposición del saber hacer del analista. Se trata en efecto de no mantenerse —como los analistas de la IPA³ lo recomendaron— en la neutralidad frente al síntoma. Esto supondría la muerte anunciada del psicoanálisis: es el contrasentido del deseo, y sirve de pretexto al mantenimiento de un prejuicio en su encuentro. El análisis con los niños exige saber entrar en la relación imaginaria con el niño, para convertirse en *partenaire* simbólico. Para ello, el analista debe orientarse en función de la posición del niño en la relación con su Otro. Deberá forzosamente agujerear ese Otro simbólico, ya sea para debilitarlo o, al contrario, para fortificarlo. Aísla el contrasentido parental, no por un problema moral o educativo cualquiera, sino porque los padres «responden» al síntoma del niño completándolo o enmascarándolo. Para el niño, los padres forman parte de su síntoma.

El psicoanálisis pone sobre la mesa un cambio del sujeto. Es una causa inconsciente que hace del síntoma una necesidad radical para el *parlêtre*.⁴ En general, el sujeto no escoge su síntoma, pero sí lo padece. Debe librar batalla contra él. Esta elección forzada hace del síntoma un mensaje por descifrar. El analista no puede liberar al sujeto sin

obtener de él los elementos de su historia familiar. Se trata para cada uno, como indica Lacan, de *hystorizar*⁵ lo que sucedió.

TRANSMISIÓN, CONTROL, FORMACIÓN

El inconsciente es un objeto de amor y de deseo. por lo que resulta bastante lógico que contenga en sí mismo contradicciones y divergencias. La historia del psicoanálisis repite en esto la pregunta sobre la transmisión de una verdad de la que el padre muerto es todavía su agente.

El público se imagina una guerra fratricida entre freudianos y lacanianos, en la que los freudianos son los defensores del padre del psicoanálisis, y los lacanianos, sus supuestos detractores. Sin embargo, Lacan llevó a cabo lo que llamó un *retorno a Freud*; su trabajo de lectura y de elaboración, así como la obra que constituyen sus escritos y su Seminario, produjeron efectos que no desaparecen. La influencia de Lacan es, por otra parte, perfectamente constatable, incluso en los escritos de aquellos que lo critican. Lacan releyó los textos freudianos para atrapar allí el punto vivo y restituir el sentido de su trabajo, ahí donde los posfreudianos de la década de 1950 lo habían desnaturalizado.

Esta relectura le permitió a Lacan seguir en la misma vía que Freud, la de saber cómo funciona el inconsciente y cómo hacer de su invención una realidad que sirve en la cura. Hizo de la práctica analítica algo más cercano, más afín con el inconsciente que, por otro lado, se mantiene como objeto difícil de cernir y de calificar, todo hay que decirlo. Para los lacanianos, el inconsciente es un *partenaire* que hay que acorralar, pues la cita con él no se presenta de manera prudente y dócil. Versátil y, quizás, irreverente, hay que atreverse a enfrentarse a él; para ello, hay que determinar cierta estrategia que le permita al sujeto, aunque sea en contra de su voluntad, localizar las manifestaciones de su inconsciente. Entonces, no es más que una hipótesis o una creencia: se ha producido un encuentro.

Por ello, la cuestión de la transmisión del psicoanálisis continúa siendo tan fundamental como delicada. ¿Cómo encontrar la manera óptima de comunicarla a otros, cuando ella misma es portadora de algo que apunta a un rechazo primordial, un «turbio rechazo»,⁶ decía Lacan, equivalente a un rechazo de saber?

Así, hoy, los jóvenes licenciados en psicología creen a menudo inventar una nueva

forma de ejercicio profesional formándose rápidamente en los múltiples métodos que se les proponen, y que van desde las terapias familiares hasta la terapia conductista, pasando por numerosas otras formas estudiadas y que dan la ilusión de que se posee un saber que se puede aplicar sobre el otro (los métodos de relajación, las terapias de grupo, de pareja, las que se apoyan en la música, en el arte, la pintura, la terapia Gestalt, las terapias sistémicas, las TCC, etc.). Se les presenta el psicoanálisis como anticuado o rígido, que pone en juego esta cosa intolerable que es el inconsciente, que no se deja dominar, domesticar por un toque de varita mágica. Algunos prefieren eludirlo, creyendo que se puede controlar el destino de uno sin comprender las causas que le confieren su relieve: bastaría con la confianza en uno mismo, este nuevo dios del mundo contemporáneo.

De hecho, no puede haber un psicoanálisis llevado por un no analista. Quien se sirve de esta práctica debe tener al menos una experiencia sólida y convincente del psicoanálisis en tanto que analizante. Es la exigencia mínima para lanzarse a la práctica. Se trata aquí de una cuestión ética. El psicoanálisis no está ligado a un plan de estudios universitarios predefinido, lo que conlleva que en cada caso esté muy presente la relación que cada cual tiene con él. Los jóvenes psicólogos o los jóvenes psiquiatras que tienen una experiencia analítica en curso hacen sus primeros pinitos en el marco de una institución, pues la multiplicidad de los lugares en los que la palabra puede decirse facilita los intercambios y las reflexiones sobre el trabajo efectuado. Sabemos que Lacan enunció la fórmula según la cual «el psicoanalista solo se autoriza a sí mismo»⁷ —«y a algunos otros», añadió un poco más tarde—. Esta frase tan desprestigiada respondía a la manera como estaban organizadas la formación y el reconocimiento de los psicoanalistas de la IPA. Lacan quiso indicar que el psicoanálisis no depende de criterios de evaluación, sino de un deseo decidido que se obtiene de la experiencia analítica particular. No se ve, por otra parte, cómo una reglamentación o un saber universitario harían de esta cuestión algo más seguro.

El psicoanálisis necesita realmente una enseñanza teórica y una transmisión del saber que la vehicula. Para esto, la organización de coloquios, de jornadas de estudio, de congresos, en los que se estudia un concepto, donde se intenta elucidar algunos casos clínicos, parece indispensable para la transmisión. Recuerdo algunas jornadas de la École de la Cause Freudienne que fueron encuentros inolvidables sobre temas que entonces me interesaban especialmente: «Tu peux savoir comment on analyse à l'École de la Cause

Freudienne», o «L'Envers des familles», o, más recientemente, las jornadas sobre autismo resuenan todavía como momentos cruciales de enseñanza. Una y otra vez, los analistas dan cuenta de la exigencia de su práctica, la presentan abiertamente y la ofrecen para que sea discutida y criticada. A medida que el psicoanálisis da cuenta de la validez de sus conceptos, se hace más transmisible. Ante todo, pues, el psicoanálisis es una práctica. Aquel que habla atestigua, enseña y asume riesgos, sobre todo el de decir su propia relación con el inconsciente. En efecto, desde el momento en que hablamos, desvelamos, y nos tropezamos también con lo que decimos. Es por ello que Lacan decía que él enseñaba en posición de analizante.

El psicoanalista que trabaja en una institución se autoriza habitualmente a sí mismo y autoriza a la institución que lo contrata. Queda por saber cómo podrá hacerse reconocer por sus pares, ya que en la institución, uno nunca está solo. Los demás están allí para criticar o acreditar el saber y la praxis de uno. Los vínculos de reconocimiento son habitualmente complejos. Lo que es importante es poder trabajar y sentirse libre en su concepción del psicoanálisis.

La práctica analítica implica la experiencia del «control», que consiste en hablar a otro analista de lo que sucede con un analizante en la cura. El control es uno de los medios más operativos de localizar el lugar del analista en la cura. Una transferencia de saber es ahí el vector esencial. Se descubre entonces que lo que se transmite no es una garantía de saber sino más bien un gusto por la verdad en su relación con la palabra.

Lacan no se arredró ante esta difícil cuestión de la transmisión del psicoanálisis. Su concepto de Escuela apuesta por el deseo de saber del psicoanalista, es decir, por su manera de mantenerse analizante con respecto al saber supuesto. A la pregunta «¿Cómo se hace uno psicoanalista?», él propuso una respuesta tan original, tan en sintonía con su ética del psicoanálisis, que contó y mucho en mi deseo de hacerme psicoanalista.

LÓGICA DE LA CLÍNICA

Freud describió inicialmente al analista como un constructor. Es aquel que recoge y reúne el material desordenado y aleatorio que el analizante libra por medio de sus asociaciones libres. Al extraer los significantes que estuvieron en el corazón del drama del sujeto, él

deduce la lógica en juego. Freud se decidió finalmente por transmitir el psicoanálisis a través de la clínica del caso por caso.

Esto supone una ética. Los nombres de los sujetos no aparecen nunca y los relatos son escritos de tal manera que no es posible reconocer de qué caso se trata. En esto, hay por supuesto un vínculo entre el analista que escribe y el analizante. Este vínculo es también ético. Significa que el trabajo del analista es del mismo modo una construcción a partir del discurso de su analizante. Esta construcción no supone una verdad. Es una demostración que sirve al estudio del psicoanálisis en lo que hay en él de serio, en el sentido que Lacan dio a lo serio, esto es, en lo que se inscribe en una serie. Freud fue el primero, después siguieron otros. Inscribirse en una serie es asegurar la difusión del psicoanálisis en tanto que saber. Los casos de Dora, de Juanito, del Hombre de los lobos, del Presidente Schreber, sin olvidar el Hombre de las ratas, continúan siendo leídos⁸ y estudiados. Esta investigación es fundamental. Cuando los analistas transmiten casos de su práctica, estos no forman parte de literatura psicologizante. Se trata de un trabajo de transmisión del acto analítico. Sacar al psicoanálisis de su enigma o de su dogmatismo es también una manera nueva de hacerlo vivo. Para mí, el psicoanálisis no es una teoría nebulosa sino una construcción útil. No decir esto sería inconsecuente por mi parte.

Hablar de la práctica de uno tiene sus riesgos, pues hay siempre una parte de azar incluida en la experiencia. Por un lado, el analista intenta ordenar el desarrollo de una cura, velando entonces la falta fundamental para su construcción. Por el otro, da cuentas de esta parte irreductible que escapa al sentido. Pues el psicoanálisis no es una psicología de la comprensión, que reduce el sujeto a un sentido. La construcción de un caso se sostiene en una lógica, pero una lógica del no-todo. Esto indica que faltará siempre algo, que no hay una verdad absoluta de la experiencia. Sin embargo, la acción terapéutica no es una ficción. Los resultados de ella son demostrables. El cambio en el sujeto es su mejor demostración.

Durante mucho tiempo pensé que el psicoanálisis podía ejercerse sin polémicas y sin fracasos en una institución que confiase en él. Hoy, parece que el psicoanálisis se resarce de manera un poco dolorosa de los ataques de los que es objeto. Nos incumbe el hecho de hacer saber que el psicoanálisis no es una vieja dama envuelta en su saber y sus reglas sacrosantas.

El psicoanálisis no está encerrado en sí mismo. Quiere hablar a los otros, y espera de ellos que le respondan.

CONCLUSIÓN

La transmisión del psicoanálisis pasa por el testimonio de los analizantes. Son ellos los que abren una perspectiva sobre la experiencia que aquel encierra. El psicoanálisis es de entrada un encuentro inédito con alguien que confía en ti y toma a su cargo lo que tú dejaste de lado, lo que erradicaste, lo que se perdió de tu ser, o bien aquello a lo que ibas a renunciar. El psicoanálisis te permite reencontrarte con los pedazos de tu historia y repetir las mentiras con las que te engañaste. La historia de cada uno es siempre parcial, agujereada, defectuosa; conserva lo falso y olvida lo verdadero. Por lo demás, en el análisis, la verdad es aquella que se enuncia, nunca otra.

El psicoanálisis es el reverso del decorado, la primacía del detalle, la asociación inesperada, una lógica irreductible. Los que asumieron el riesgo de hablar de ello tuvieron que explicar los meandros de su sufrimiento y restituir pedazos íntimos de su vida. Marie Cardinal, Françoise Giroud, Pierre Rey, o incluso François Weyerghans y Pascal Quignard fueron testimonios de lo que el psicoanálisis les aportó, de qué modo les curó e incluso cómo les acercó a ellos mismos. Pues la neurosis es una alienación del sujeto. Obstaculiza el acto, melancoliza al sujeto, deshace la confianza en uno mismo, pulveriza el deseo e inscribe un «no» en cada página del libro de la propia vida. La neurosis fabrica de algún modo la prohibición e impide amar. Convierte la existencia en algo indeciso y desenfocado, y a veces estático. Sin embargo, es lo que, por medio de lo que llamamos síntoma, contribuye a satisfacer lo que en nosotros es más íntimo y desconocido.

Para el niño, la cuestión del testimonio queda como improbable. Sin embargo, no es raro encontrar hoy adultos que dicen haberse beneficiado de una psicoterapia cuando eran niños. Su demanda de análisis se inscribe entonces en reencuentros con la palabra que les permiten volverse a encontrar con lo que había quedado a la espera desde la interrupción del primer tratamiento.

El niño no es todavía capaz de subjetivar su tristeza y su sufrimiento. Cuando sus padres deciden la interrupción de su análisis, muy a menudo él no entiende bien las

razones que provocan que el tratamiento se interrumpa, y no dispone de medios para oponerse a ello. La soledad del niño que sufre no está reconocida. Los acontecimientos de la vida infantil están frecuentemente infravalorados, como si no fueran suficientemente graves. Los adultos tienden a oír las quejas del niño sin preguntarse verdaderamente sobre los dramas que dichas quejas esconden. Muy a menudo, los niños repiten que no pueden confiar en sus padres.

Esta soledad del niño no aparece siempre bajo la forma de la tristeza y de la pena. Lo hace a veces bajo la máscara de la marginalización, del engaño, de la agresividad y de la agitación. Para desviar sus tensiones, no utiliza, como lo haría el adulto o incluso el adolescente, los artificios del alcohol o de las drogas, u otros medios. Únicamente sus síntomas pueden esconder su tristeza. Habitualmente, el niño se abandona. Se pierde, sueña, no escucha, rechaza lo que se le da, sin ni siquiera darse cuenta. Se hace el sordo y se protege así de todo lo que le rodea y le agrede. Ve la televisión para olvidar quién es y en quién deberá convertirse. El niño afligido no sabe lo que podrá hacer más tarde, pues más tarde no tiene sentido para él. Este niño ha interrumpido el sentido de su vida. No sabe que está triste y no podrá decirlo si no hay alguien que se dirija a él. Cuando aparece un malestar, los padres deberían preocuparse y no intentar minimizar su alcance. La infancia es un momento que determina la vida futura de todo individuo. F. Dolto decía que todo se juega para un sujeto antes de los cinco años. Para la construcción de un niño, es cierto que los primeros años son cruciales. Pero los años posteriores pueden ser también importantes y marcar definitivamente la relación del sujeto con su devenir.

Se le ha reprochado al psicoanálisis haber culpabilizado a los padres, haciéndoles cargar con al menos parte de la responsabilidad sobre la patología de sus hijos. Ahora bien, la falta está siempre ahí, es así por estructura. Es incluso necesaria para la estructuración de la personalidad del sujeto. Todo padre lleva la falta del nacimiento de su hijo: «¿Por qué me tuviste? Yo no te lo pedí», se le repite en ocasiones, incluso en forma de «Gracias por haberme tenido», que viene a recubrir la falta.

Algunos padres de niños psicóticos se quejan de no haber entendido a los psicoanalistas. Prefieren quizá recurrir a los métodos educativos y a una medicina que centra su declaración de intenciones en el determinismo biológico, incluso si este está asestado sin más: «Su hijo es esquizofrénico, padece una enfermedad cuya causa es completamente genética». Se cree que la enfermedad mental, una vez diagnosticada, será

mejor aceptada por la familia. ¿Puede suceder que recurrir a un nombre de enfermedad detenga provisionalmente la angustia de no saber?

Los psicoanalistas desconfían de los diagnósticos, pues estos son susceptibles de fijar al niño a una etiqueta y de hacer de su enfermedad la causa de sus comportamientos extraños, con el riesgo de desresponsabilizar al sujeto.

La victimización actual es una consecuencia del hecho que la oferta diagnóstica se ha convertido en un deber. Ahora bien, lo que se gana en saber un diagnóstico, se pierde en esperanza. La victimización aparece entonces, como sucede en la cura en psicoanálisis, por añadidura. La victimización sistematiza la queja, perpetúa la patología, ya que esta designa un derecho de existir y una razón de ser. Es lo que hoy se ha convertido en una verdadera patología que, lejos de responsabilizar a los sujetos en cuanto a sus síntomas, fabrica esta nueva pasión.

Lo encontramos, por ejemplo, en los casos de sujetos llamados bulímicos, y también en los de toxicómanos, en víctimas de agresión sexual, en fobias de todo tipo, delincuentes, etc. Su patología les da un lugar que ellos reivindican. Ellos son sus síntomas antes que sujetos. Son enfermos, víctimas de su enfermedad. La falta no está en ellos, sino siempre fuera: procede del Otro, de la sociedad, de la mala suerte, de un mal encuentro, incluso de la biología o de la genética... Esta identificación por medio de la nominación de un rasgo sintomático de su personalidad permite a algunos sujetos encontrar un modo de alojarse en lo social, de ser reconocido. Esto lleva a fenómenos de pertenencias grupales y comunitarias y tiende a erigir al síntoma en el lugar ideal. Da cuerpo a una comunidad ligada al significante que la identifica al *pathos* que la justifica. Este carné de identidad avala a veces actos delictivos y, en nombre de la enfermedad, desresponsabiliza al sujeto.

El psicoanálisis va al encuentro de la dictadura ideológica del «No puedo hacer nada ahí». Postula, a la inversa, que un sujeto es siempre responsable de su posición y de su inconsciente. Contrariamente a lo que se ha dicho, el psicoanálisis no desplaza la responsabilidad hacia el Otro parental, sino que se sirve de la implicación del Otro en el síntoma para librar al sujeto de su alienación. Pero en ningún caso preconiza la culpabilidad de los padres. Entonces, el psicoanálisis vela más bien por que el sujeto pueda cernir sus identificaciones patógenas, con el fin de librarse de ellas, y pretende que este sujeto se haga responsable de su inconsciente y se reinvente utilizando los recursos de su nueva libertad.

Me he encontrado con adultos a quienes de niños habían pegado y que, una vez fueron padres, repetían con sus propios hijos el infierno que ellos habían conocido. Es algo que ellos negaban. Habían olvidado que de niños les pegaban, o preferían no recordar sus terrores. La violencia parental no está inscrita, sin embargo, en los genes. Se transmite por medio de la palabra, o, al contrario, por la ausencia de ella, también este es un modo de relación. El acto sin palabras no está, de todas maneras, fuera del lenguaje. Se inscribe en él de manera indirecta y por medio del significante oculto y reproduce el goce que funda la repetición en bucle de la operación. El niño a quien pegan puede devenir un padre que azota; la niña a quien pegan, una madre que pega; aquel o aquella que ha visto a sus padres pelearse, un hombre violento o una mujer maltratada. Se repite un modo de relación madre-hijo, padre-hijo, hombre-mujer. Según el lugar que se tiene en la pareja, la relación se invierte, pasando de una forma pasiva a una forma activa: ser pegado / pegar.

El misterio de la repetición se encuentra en el corazón del inconsciente. Aislada por Freud para indicar la prevalencia de la violencia y del odio en el hombre, la pulsión de muerte es el descubrimiento más radical del psicoanálisis. Es lo que obliga a mirar de frente al horror. Esto no significa que tengamos que admitirla o comprenderla. Se trata más bien de intentar saber cómo manejarse mejor con este ineludible, cómo sublimarlo o transformarlo. El analista no aparenta ignorar la pulsión que rige al sujeto y contra la cual debe defenderse.

El psicoanálisis permitió una toma de consciencia para muchos sujetos. No es raro que algunos padres que padecieron maltratos, que fueron abandonados, o que tuvieron ellos mismos padres violentos acudan a la consulta para saber cómo escapar de esta repetición diabólica. El psicoanálisis es el único que puede responder sin escabullirse. No dice que no haya riesgo ni que sea suficiente con que el sujeto lo reconozca. El psicoanálisis considera que quien enuncia una demanda de este tipo tiene un trabajo por hacer sobre su historia, para poder cambiar el curso de su vida y el de sus cercanos. Se sostendrá así su esfuerzo para operar verdaderamente un cambio en la gramática pulsional de su historia.

El niño padece los síntomas de los padres, a partir de los cuales va a fabricar sus propios síntomas, que serán su manera singular de responder a los acontecimientos traumáticos que le marcaron. El psicoanálisis los acepta sin juzgarlos. Acoge la lógica que, como si se tratase de un hilo invisible, agujerea profundamente las

correspondencias, los parámetros de la relación entre el niño y sus padres. Sitúa en su lugar la verdad del síntoma familiar y confiere al niño valor de *parlêtre*. El recién nacido, considerado inocente y sin conocimiento del mundo, está inserto en las redes significantes de los que le rodean. Él no es nadie; no es nada. Tiene ya una historia que deberá asumir, a condición de abrirle sus páginas. Evidentemente, no se le lee la historia, pues esta es inconsciente, está agujereada y a veces más o menos perdida. Pero no se tapan las faltas con la certidumbre de poder producir un sujeto nuevo, que encarne un futuro desprovisto de todo lo que era turbio o malo.

Me ha impresionado siempre el poco saber que los niños pueden restituir en relación con sus padres. Ciertamente, es importante que el niño no esté invadido por la historia de su madre y de su padre. Pero habitualmente, los niños no tienen ninguna representación de la vida porque no tienen la idea de un vínculo entre la infancia de sus padres y lo que ellos son hoy. Se produce, entonces, un imposible que hace un agujero en el saber. La transmisión se ve ahí impedida. El niño se encuentra fijado a una línea que le sobrepasa. El tiempo se le vuelve inaccesible. A menudo, se revela un postulado que constituye una defensa de los padres: quieren olvidar aquello que durante su infancia les perturbó, pues piensan que el olvido es la única manera de no transmitir nada.

Ahora bien, el psicoanálisis es radical en este punto: «Lo que no ha llegado a la luz de lo simbólico aparece en lo real»,¹ es decir, aparecerá sin tener sentido y produciendo un daño. La parte no dicha, rechazada, resurge bajo la forma de síntoma que hará constar esto no-sabido. Lo que está perdido no es recuperable. El análisis no moverá el agujero, pero proveerá de recursos para trabajar con esta pérdida y con lo que falta, teniéndolos en cuenta. El niño en análisis aprende del Otro que su existencia no es incierta, que tiene un sentido y que puede servirse de él.

El psicoanálisis enseña las consecuencias subjetivas de la ausencia de palabra del Otro. Confrontándose a este vacío, el niño puede sufrir su destrucción subjetiva. Cuando uno no sabe nada de sus padres, existe el riesgo de no existir como ser de palabra, pues la ausencia de palabra del Otro equivale a un rechazo que toca las raíces del ser.

El mensaje del psicoanálisis es, en este sentido, una necesidad. No solo permite el acceso a la idea de un intercambio, de un diálogo entre padres e hijos, sino, yendo más allá, el acceso a los beneficios de la palabra, de la enunciación.

Con la difusión del psicoanálisis se ha banalizado la idea de que es necesario comunicar para poder avanzar. De repente, se espera que el hecho de hablar lo resolverá

todo. Sin embargo, la comunicación nunca es total. Hay puntos que permanecen oscuros, un real del rechazo, un imposible de decir. Este «No» es aprehendido por la categoría de lo real, es un resto que no se escribe porque no se llega a decir. Estos puntos oscuros son lo que el psicoanálisis trata en la intimidad de su dispositivo.

También el niño presentifica a veces un «No». El análisis con los niños obliga a encontrarse con esta especie de locura. A no retroceder ante esta constatación y a confrontarse con ella. El psicoanalista hace la apuesta de que la vida está en el fundamento del ser. Él lo encarna con los niños autistas o psicóticos. El psicoanálisis está estructuralmente encargado de aislar los trozos de verdad. Y con estos trozos, puede fabricarse toda una historia.

Por el contrario, al conductismo, cuando se trata de aliviar a un sujeto de su fobia o de sus TOC (trastornos obsesivo-compulsivos), no le interesa la historia de cada uno, no ve adónde lleva eso, y sugiere más bien omitirla. Considera el síntoma como un error cognitivo o una distorsión de la norma debido a una mala interpretación de su entorno; entonces, hay que situarlo en su lugar del mismo modo que se recoloca una vértebra. ¿Tiene usted miedo del ascensor? Cojamos juntos el ascensor una, dos, tres veces, y después usted podrá cogerlo solo. Irán acompañados por su síntoma en la vida real. Les enseñaremos a cargar con su miedo, a soportarlo, a volverlo abordable, menos espantoso, y después a dejarlo atrás. ¿Dónde está el problema? No hay ninguno, al contrario. El miedo es humano. ¿Quién no tiene un recuerdo de infancia en el que un pariente cercano intentaba suprimir su miedo mostrándole que era algo fruto de su imaginación? Sin embargo, ¿tuvo menos miedo por ello?

Pero entonces, ¿por qué se tiene miedo de los ascensores? Lugares cerrados, cajas en las que se está encerrado el tiempo de un pequeño trayecto, el ascensor es una máquina que funciona sola. No tiene conductor. Uno se queda solo, sin recursos cuando la máquina se para en medio de la oscuridad. Se tiene miedo de los ascensores porque se tiene miedo de vivir la experiencia de no poder hacer nada para salir de ahí. Lo mismo ocurre en un avión. A veces sucede que uno se siente prisionero, no sin angustia, cuando el despegue produce este efecto de ruptura con respecto al suelo, a la tierra firme. Muy habitualmente, al ser humano no le gusta sentirse sometido a una máquina que no conoce, que no domina. Pero esto que experimentan los sujetos más sensibles, y que no expresan nunca, pues se trata de un mecanismo perfectamente inconsciente, es lo que ocurre en los niños. Ellos no son capaces de expresarlo y no tienen por ello elección

posible. Aquí encontramos de nuevo al niño. El niño es aquello que usted fue y que ninguna reeducación no le quitará de haberlo sido. Se les puede ayudar a ustedes a atravesar un trastorno. Es divertido pensar que se podrá curar de este modo. Ahora bien, el trastorno es usted. Está en usted mismo. Está forzosamente correlacionado con un acontecimiento que le angustió, y le indica que está usted en peligro.

Tratemos esta cuestión a partir de la ficción de un mundo nuevo. Salir de usted mismo, ¿le resulta imposible? Podrá hablar de ello con su futuro jefe. Él le dirá que puede usted trabajar en su casa. Y para sus salidas para comer, ningún problema tampoco. Se le podrá librar de esto. Muy pronto, no existirán prácticamente multitudes. Todo el mundo estará pegado a su ordenador. La vida se escribirá en la pantalla. Los niños tendrán rápidamente respuestas para todo. Los padres serán progenitores aceptados.

El niño será su propio pequeño amo. Cuando tendrá miedo, hará sesiones de relajación y mantendrá su cuerpo utilizando programas elaborados minuciosamente en función de su edad y de su altura. La ciencia cognitiva será su centinela, que le dirá lo que debe hacer para permanecer en su lugar, lo más normal posible, es decir, completamente desprovisto de esa idea de la infancia que atraviesa la vida de cada uno.

Es por ello que yo confío en el niño analizante, pues él es «culpable», se comporta mal, pero puede hablar de ello. Él es sujeto de su síntoma, que no es una prueba de enfermedad, sino una señal. Y la palabra, su principio de verdad, es su signo de humanidad.

El psicoanálisis no intenta curar a cualquier precio, ni tampoco satisfacer cueste lo que cueste. El psicoanálisis parte de la idea de que la palabra es un medio para subjetivar su relación con el Otro en el mundo. El diálogo que instaura entre el analizante y el analista es un vínculo social nuevo, inédito, decía Lacan. Esto significa que existe una oportunidad de ser escuchado en su palabra cuando esta dice lo que se desea, pero también lo que impide la realización de este deseo.

Un análisis es una historia que se termina con la satisfacción de haber obtenido una respuesta a algunas de las propias preguntas. No a todas, pues el psicoanálisis no desconoce lo real, esta dimensión que va más allá de la voz de la razón de Freud. Lo real de Lacan resiste al sentido. No se disuelve en el discurso. Toparse con lo real es siempre una prueba. Lo real obstaculiza, rehúsa obedecer o hacerse instrumento del sujeto. «Lo real es sin ley».² Por ello, el psicoanálisis no hace como si este real no existiera. Al

contrario, lo tiene en cuenta y admite que hay una parte irreducible, infranqueable. Nunca será posible comprender a un niño en su totalidad. Los múltiples consejos que intentan ayudar a los padres a comprender a su hijo no tocarán nunca esta cuestión: para un padre, un niño es fundamentalmente un obstáculo para sí mismo, un límite en sus expectativas, una dimensión en movimiento que hay que acompañar para que pueda crecer y amar en otro lugar, en otra parte, buscando a su vez las respuestas que le importen y nombrando así lo que será su propia elección.

BIBLIOGRAFÍA

FREUD, S.

- «Fragment d'une analyse d'hystérie (Dora)» [1905], *Cinq Psychanalyses*, París, PUF, 1954, págs. 1-91. [Hay trad. cast.: «Fragmento de análisis de un caso de histeria», *Obras completas*, vol. VII, Buenos Aires, Amorrortu, 1992, págs. 1-98.]
- Trois essais sur la théorie sexuelle* [1905], París, Gallimard, col. Folio/essais, 1987. [Hay trad. cast.: *Tres ensayos para una teoría sexual*, Barcelona, RBA, 2002.]
- «Le roman familial des névrosés» [1909], *Névrose, psychose et perversion*, París, PUF, 1973, págs. 157-160. [Hay trad. cast.: «La novela familiar de los neuróticos» (1909), *Obras completas de Sigmund Freud*, tomo 2, Madrid, Biblioteca Nueva, 1981, pág. 1.361.]
- «Quatrième leçon», *Cinq leçons sur la psychanalyse* [1909], seguido de *Contribution à l'histoire du mouvement psychanalytique*, París, Payot, col. Petite bibliothèque, 1966, págs. 47-57. [Hay trad. cast.: «Cinco conferencias sobre psicoanálisis», *Obras completas*, vol. XI, Buenos Aires, Amorrortu, 1992, págs. 1-52.]
- «Le refoulement», [1915], *Métapsychologie*, París, Gallimard, col. Folio/essais, 1968, págs. 45-63. [Hay trad. cast.: «Trabajos sobre metapsicología. La represión», *Obras completas*, vol. XIV, Buenos Aires, Amorrortu, 1992, págs. 135-136.]
- «Un enfant est battu» [1919], *Névrose, psychose et perversion*, París, PUF, 1973, págs. 219-243. [Hay trad. cast.: «Pegan a un niño» (1919), *Obras completas*, tomo 3, Madrid, Biblioteca Nueva, 1981, pág. 2.465.]
- «Au-delà du principe de plaisir» [1920], *Essais de psychanalyse*, París, Payot, 1987, págs. 41-115. [Hay trad. cast.: *Más allá del principio del placer*, Barcelona, RBA, 2002.]
- «Sur la psychogenèse d'un cas d'homosexualité féminine» [1920], *Névrose, psychose et perversion*, París, PUF, 1973, págs. 245-270. [Hay trad. cast.: «Sobre la

psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina», *Obras completas*, vol. XVIII, Buenos Aires, Amorrortu, 1992.]

LACAN, J.

- «Les complexes familiaux dans la formation de l'individu» [1938], *Autres écrits*, París, Seuil, col. Le champ freudien, 2001, págs. 23-84. [Hay trad. cast.: «Los complejos familiares en la formación del individuo», *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2012.]
- «Le temps logique et l'assertion de certitude anticipée» [1945], *Écrits*, París, Seuil, col. Le champ freudien, 1966, p. 197-213. [Hay trad. cast.: «El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma» (1945), *Escritos*, Madrid, Siglo XXI, 2002, págs. 187-203.]
- Le mythe individuel du névrosé ou Poésie et vérité dans la névrose* [1952], París, Seuil, col. Le champ freudien, 2007. [Hay trad. cast.: «El mito individual de un neurótico o Poesía y verdad en la neurosis (1952)», *Intervenciones y textos I*, Buenos Aires, Manantial, 1999.]
- «Discours de Rome» [1953], *Autres écrits*, París, Seuil, col. Le champ freudien, 2001, págs. 133-164. [Hay trad. cast.: «Discurso de Roma» (1953), *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2012, pág. 154.]
- «Fonction et champ de la parole et du langage en psychanalyse» [1953], *Écrits*, París, Seuil, col. Le champ freudien, 1966, págs. 237-322. [Hay trad. cast.: «Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis» (1953), *Escritos*, Madrid, Siglo XXI, 2002, pág. 237.]
- «Introduction au commentaire de Jean Hyppolite sur la “Verneinung” de Freud» [1954], *Écrits*, París, Seuil, col. Le champ freudien, 1966, págs. 369-380. [Hay trad. cast.: «Introducción al comentario de Jean Hyppolite sobre la *Verneinung* de Freud», *Escritos*, Madrid, Siglo XXI, 2002, pág. 351.]
- «Réponse a un commentaire de Jean Hyppolite sur la “Verneinung” de Freud» [1954], *Écrits*, París, Seuil, col. Le champ freudien, 1966, págs. 381-399. [Hay trad. cast.: «Respuesta al comentario de Jean Hyppolite sobre la *Verneinung* de Freud» (1954), *Escritos*, Madrid, Siglo XXI, 2002, pág. 373.]
- «Le séminaire sur “La lettre volée”» [1955], *Écrits*, París, Seuil, col. Le champ

- freudien, 1966, págs. 11-61. [Hay trad. cast.: «El seminario sobre “La carta robada”» (1955), *Escritos*, Madrid, Siglo XXI, 2002, pág. 10.]
- «Les clefs de la psychanalyse», *L'Express*, 31 de mayo de 1957.
- «D'une question préliminaire à tout traitement de la psychose» [1957/1958], *Écrits*, París, Seuil, col. Le champ freudien, 1966, págs. 531-583. [Hay trad. cast.: «De una cuestión preliminar a todo tratamiento de la psicosis», *Escritos*, Madrid, Siglo XXI, 2002, pág. 509.]
- Le Séminaire*, Libro V, *Les formations de l'inconscient* [1957-1958], texto establecido por J.-A. Miller, París, Seuil, col. Le champ freudien, 1998. [Hay trad. cast.: *Las formaciones del inconsciente*, Buenos Aires, Paidós, 1999.]
- «Jeunesse de Gide ou la lettre et le désir» [1958], *Écrits*, París, Seuil, col. Le champ freudien, 1966, págs. 739-764. [Hay trad. cast.: «Juventud de Gide o la letra y el deseo» (1958), *Escritos*, Madrid, Siglo XXI, 2002, pág. 734.]
- «La direction de la cure et les principes de son pouvoir» [1958], *Écrits*, París, Seuil, col. Le champ freudien, 1966, págs. 585-645. [Hay trad. cast.: «La dirección de la cura y los principios de su poder», *Escritos*, Madrid, Siglo XXI, 2002, pág. 559.]
- Le Séminaire*, Libro VII, *L'Éthique de la psychanalyse* [1959-1960], texto establecido por J.-A. Miller, París, Seuil, col. Le champ freudien, 1986. [Hay trad. cast.: *La ética del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1990.]
- «Subversion du sujet et dialectique du désir dans l'inconscient freudien» [1960], *Écrits*, París, Seuil, col. Le champ freudien, 1966, págs. 793-827. [Hay trad. cast.: «Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano» (1960), *Escritos*, Madrid, Siglo XXI, 2002, pág. 786.]
- Le Séminaire*, Libro VIII, *Le Transfert* [1960-1961], texto establecido por J.-A. Miller, París, Seuil, col. Le champ freudien, 1991. [Hay trad. cast.: *La transferencia*, Buenos Aires, Paidós, 2003.]
- «Acte de fondation» [1964], *Autres écrits*, París, Seuil, col. Le champ freudien, 2001, págs. 229-241. [Hay trad. cast.: «Acta de fundación», *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2012]
- Le Séminaire*, Libro XI, *Les Quatre Concepts fondamentaux de la psychanalyse* [1964], texto establecido por J.-A. Miller, París, Seuil, col. Le champ freudien, 1973. [Hay trad. cast.: *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1987.]

- «La science et la vérité» [1965], *Écrits*, París, Seuil, col. Le champ freudien, 1966, págs. 885-877. [Hay trad. cast.: «La ciencia y la verdad» (1956), *Escritos*, Madrid, Siglo XXI, 2002, pág. 846.]
- «Discours à l'École freudienne de Paris» [1967], *Autres écrits*, París, Seuil, col. Le champ freudien, 2001, págs. 261-281. [Hay trad. cast.: «Discurso a la Escuela freudiana de París» (1967), *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2012, pág. 299.]
- «Proposition de 9 octobre 1967 sur la psychanalyse de l'École» [1967], *Autres écrits*, París, Seuil, col. Le champ freudien, 2001, págs. 261-281. [Hay trad. cast.: «Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela», *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2012, pág. 272.]
- «Introduction de *Scilicet* au titre de la revue de l'École freudienne de Paris» [1968], *Autres écrits*, París, Seuil, col. Le champ freudien, 2001, págs. 283-292. [Hay trad. cast.: «Introducción de Scilicet como título de la revista de la Escuela freudiana de París», *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2012.]
- «Note sur l'enfant» [1969], *Autres écrits*, París, Seuil, col. Le champ freudien, 2001, págs. 373-374. [Hay trad. cast.: «Nota sobre el niño» (1969), *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2012, pág. 393.]
- Le Séminaire*, Livre XVII, *L'Envers de la psychanalyse* [1969-1970], texto establecido por J.-A. Miller, París, Seuil, col. Le champ freudien, 2011. [Hay trad. cast.: *El reverso del psicoanálisis (1969-1970)*, Buenos Aires, Paidós, 1992, pág. 82.]
- Le Séminaire*, Livre XX, *Encore* [1972-1973], texto establecido por J.-A. Miller, París, Seuil, col. Le champ freudien, 1975. [Hay trad. cast.: *Aún*, Buenos Aires, Paidós, 1981.]
- «Télévision» [1973], *Autres écrits*, París, Seuil, col. Le champ freudien, 2001, págs. 509-545. [Hay trad. cast.: «Televisión», *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2012.]
- Le Séminaire*, Libro XXI, «Les non-dupes errent» [1973-1974], inédito.
- Le Séminaire*, Libro XXII, «RSI» [1974-1975], inédito.
- «Conférences et entretiens dans des universités nord-américaines: Yale University, 24 novembre 1975», *Scilicet*, núm. 6/7, 1976, págs. 32-37.
- «Joyce le Symptôme» [1975], *Le Séminaire*, Libro XXIII, *Le Sinthome* [1975-1976], texto establecido por J.-A. Miller, París, Seuil, col. Le champ freudien, 2005, págs. 161-169. [Hay trad. cast.: «Joyce el síntoma», *El Seminario*. Libro XXIII. *El sinthome (1975-1976)*, Buenos Aires, Paidós, 2006, pág. 135.]

- Le Séminaire*, Libro XXIII, *Le Sinthome* [1975-1976], texto establecido por J.-A. Miller, París, Seuil, col. Le champ freudien, 2005. [Hay trad. cast.: *El sinthome (1975-1976)*, Buenos Aires, Paidós, 2006, pág. 135.]
- «Préface à l'édition anglaise du *Séminaire XI*» [1976], *Autres écrits*, París, Seuil, col. Le champ freudien, 2001, págs. 571-573. [Hay trad. cast.: «Prefacio a la edición inglesa del Seminario XI» (1976), *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2012, págs. 599-601.]
- Le Séminaire*, Libro XXIV, «L'insu que sait de l'une-bévue s'aile a mourre» [1976-1977], inédito.

MILLER, J.-A.

- «Pas de clinique sans l'éthique», *Actes de l'École de la Cause freudienne*, octubre de 1983, núm. 5, págs. 65-70.
- «Le monologue de *l'apparole*», *La Cause freudienne*, núm. 34, octubre de 1996, págs. 7-18.
- ... *du nouveau! Introduction au Séminaire V de Lacan*, París, ECF, col. Rue Huysmans, 2000.
- «L'orientation lacanienne. Le lieu et le lien» [2000-2001], clase dictada en el marco del departamento de psicoanálisis de la universidad París VIII, inédita.
- «L'enfant et l'objet», *La Petite Girafe*, núm. 18, diciembre de 2003, págs. 6-11.
- «Effet retour sur la psychose ordinaire», *Quarto*, núms. 94-95, enero de 2009, págs. 40-51.
- «Le réel au XXIème siècle», presentación del tema en el IX Congreso de la AMP, *La cause du désir*, núm. 82, octubre de 2012, págs. 88-94. [Hay trad. cast.: «Un real para el siglo XXI», presentación del tema del IX Congreso de la AMP, <www.congresamp2014.com>.]

AGRADECIMIENTOS

Mi agradecimiento a Jacques-Alain Miller, mi analista, sin el cual este libro no hubiera visto la luz; él ha sido mi primer lector.

Mi agradecimiento también para Ève Miller-Rose, que acompañó el trabajo editorial de este libro y ha aportado al proyecto su entusiasmo y su sensibilidad con respecto al niño en análisis y su familia.

Doy las gracias a Pascale Fari, que con sus indicaciones me ayudó a tomar decisiones para que esta transmisión del psicoanálisis fuera legible para todos. He apreciado el gran rigor del trabajo del equipo de edición que ella coordinó, y en particular el de Joëlle Hallet, que la asistió en esta tarea. Mis agradecimientos van igualmente a Mathilde Madelin, Pierre Gaillard y Julien David, por sus lecturas atentas y esclarecedoras, así como a Fabrice Bourlez, Christine Carteron, Véronique Eydoux, Virginie Leblanc y Nathalie Marchaison, por sus contribuciones en la edición de esta obra.

Doy las gracias igualmente a Cécile Jullien, la maquetadora, por su disponibilidad y su profesionalidad.

También, agradezco a mi hermana Chaterina Chabert y a mi hermano Philippe Cohen que me animaran en mi proyecto y durante su escritura.

Finalmente, quiero nombrar también a Richard Bonnaud, que, con su humor y sus observaciones precisas, me ayudó a sostener la apuesta.

No olvido a mis hijos, Octave y Hadrien, que no dejaron de estar presentes y que aportaron su apoyo indefectible.

ESCUELA LACANIANA DE PSICOANÁLISIS

Otros títulos

JACQUES-ALAIN MILLER Y OTROS

CONVERSACIONES CLÍNICO-POLÍTICAS

precedidas por

Campaña por una analista y duelo con un filósofo

Para pasar de una trenza a un nudo se necesitan ciertos puntos elegidos. Este libro es un nudo que resulta de la precipitación de una serie de acontecimientos producidos en tres ciudades: Teherán, París y Barcelona. Ora fuera, ora dentro, se irá hilvanando una trama con situaciones que parecían callejones sin salida. Ante esos hechos, un psicoanalista, Jacques-Alain Miller, interviene para buscar una salida a situaciones que se presentarán como verdaderos atolladeros. La primera secuencia comienza el 12 de diciembre de 2012, cuando la psicoanalista iraní, Mitra Kadivar, a punto de ser ingresada en un hospital psiquiátrico debido a denuncias falsas, envía un SOS a Miller. Resultaba ser una variante iraní de *Alguien voló sobre el nido del cuco*.

En este libro Jacques-Alain Miller muestra que el psicoanálisis está vinculado a la libertad de palabra y, a través de ella, a los derechos humanos. Hemos visto últimamente tres historias de tres mujeres: primero, la liberación de Rafah Nached (Siria) y, más recientemente, Mitra Kadivar (Irán) y Raja Ben Slama (Túnez). Esa serie de tres mujeres, y el hecho de que se trate de psicoanalistas, pone de manifiesto lo que Lacan había anticipado: la vinculación del psicoanálisis, no con la libertad, sino con las libertades. No se trata del concepto abstracto, metafísico de libertad, sino de lo que está en juego en la práctica, es decir, si se puede practicar el psicoanálisis, o no, con sus consecuencias. Es ahí donde podemos decir si creemos o no en la democracia.

Por otro lado, tras la liberación de Mitra Kadivar, Jacques-Alain Miller se ve llevado que a buscar una resolución a la ofensa proferida por un filósofo de la misma generación. Miller responde a ese ataque y la salida se plasmará en Barcelona, con un auditorio de psicoanalistas formados en la disciplina de la conversación clínica, en su encuentro anual, que tuvo lugar el 2 y el 3 de marzo de 2013. Miller pondrá de manifiesto que se trataba de poner en práctica un cierto pase para él, de re-anudarse estrechamente con su pasado,

unirse al «chico que era a los seis años». Una larga entrevista realizada por el diario *El Punt-Avui* nos ayuda a ubicar algunas coordenadas de este episodio.

NEUS CARBONELL E IVÁN RUIZ

NO TODO SOBRE EL AUTISMO

Aunque cada niño o adulto con autismo es diferente a todos los demás, algunos pretenden explicar todo sobre el autismo e, incluso, proponer técnicas para tratar al conjunto de los autistas. El autismo ha adquirido hoy una presencia social sin precedentes. Sin embargo, aunque proliferen los grandes titulares en los medios de comunicación o el diseño de test diagnósticos de dudosa fiabilidad, el conocimiento riguroso sobre sus causas y sus implicaciones continúan siendo débiles. Este interés, un tanto súbito, en el autismo tiene que ver con las características de nuestra convulsa era. La salud mental ha pasado a ocupar una gran atención por parte de las políticas sanitarias inspiradas en ideologías higienistas. Todo ello no queda al margen, ni mucho menos, del «gran negocio de la salud». Pero no solo los resultados de la investigación científica continúan siendo parcos, sino que el cuidado de las personas autistas sigue estando relegado, de modo que los llamados «autistas» y sus familias están desamparados. Una primera consecuencia de ello es el alejamiento progresivo del diagnóstico con respecto al tratamiento adecuado para las dificultades de cada sujeto. Conviene hoy, más que nunca, revisar los principios teóricos y prácticos en los que nos apoyamos para acompañar a los sujetos con autismo y a sus familias. Este libro es un esfuerzo de transmisión del saber producido en las últimas décadas en el campo del psicoanálisis de orientación lacaniana y una contribución a lo que aún no sabemos que nos depara el autismo en cada caso.

Clara Bardón, Ana Castaño, Vilma Cocoz, Domenico Cosenza, Hélène Deltombe, Luz Fernández, Marco Focchi, Francisco-Hugo Freda, Dolores García de la Torre, Mario Izcovich, Philippe Lacadée, Philippe La Sagna, Fernando Martín Aduriz, Daniel Roy, Josep Sanahuja, Luis Seguí, Graciela Sobral, Silvia E. Tendarlz

ADOLESCENCIAS POR VENIR

Este libro, querido lector, es el resultado del trabajo de psicoanalistas atravesados por la pregunta de cómo serán las adolescencias por venir. Psicoanalistas que conversamos con adolescentes, a diario, y desde hace un tiempo. Es un libro fruto de muchos años escuchando adolescentes en nuestras consultas, en nuestros puestos de trabajo en centros de salud y en hospitales, trabajo en el que no aplicamos idénticas recetas, métodos en serie, ni cuestionarios ni protocolos estandarizados. Nos guiamos por la práctica clínica del uno por uno.

En el libro se muestra una clínica diferencial respecto a otras orientaciones: cómo no recorrer la senda de saciar el apetito adolescente de identidad, sino acompañarle a buscar la causa de su deseo y encontrar en ella autorización. Causa del deseo, pues, frente a un menú de alimentos destinados a engordar la identidad adolescente.

Este libro va destinado al analizante experimentado, de acuerdo, pero también al educador, y a los padres lectores con interés por las adolescencias. Esta expresión, usada por autores de este libro, y que le ha dado su título, adolescencias, en plural, es una apuesta por remarcar que existen diversidad de formas de vivir la adolescencia y pluralidad de adolescentes encontrando sus salidas.

Ver las adolescencias desde otro prisma es, desde luego, el aliento de este libro. En la calle nos encontramos con las preguntas ¿qué futuro para los adolescentes?, ¿qué hacemos con los adolescentes?, ¿qué hacer, hoy, ante las nuevas formas del despertar adolescente? En este libro esbozamos respuestas a esas preguntas que nos formulan casi a diario a los psicoanalistas en nuestro encuentro con educadores y padres, o también en los medios de comunicación.

Los textos de este libro, que proceden de autores que desarrollan su trabajo con adolescentes en cuatro países (Italia, Francia, Argentina, y España), confirman que

cuando recibimos a un adolescente, los psicoanalistas lacanianos sabemos que entramos en una aventura imprevisible. Ese riesgo, la búsqueda del acontecimiento imprevisto, la sorpresa, es lo que buscamos ahora con el guiño que hacemos al lector de *Adolescencias por venir*.

PIERRE MALENGREAU

LA PRÁCTICA PSICOANALÍTICA Y SU ORIENTACIÓN

Hoy día el psicoanálisis ya no se practica como hace treinta años. En una primera época del movimiento lacaniano, la práctica del análisis estaba marcada por la importancia que Lacan daba a lo simbólico en la dirección de la cura. Luego conocimos otra época. Pasamos de una época dominada por el Otro y sus leyes a una época en la que la práctica del análisis estaba orientada por la importancia que Lacan daba al goce. Era una época en la que el discurso del analista todavía tenía como reverso el discurso del amo y sus virtudes. Ello daba como resultado un psicoanálisis más orientado por el sujeto del goce que por el sujeto del significante. Esta es aún nuestra época, con la salvedad de que, desde entonces, las cosas se han agravado.

PREFACIO

1. *Tropmatisme* resulta de fusionar *trop*, «demasiado», y *traumatisme*, «traumatismo» mediante aféresis de esta última; *troumatisme*, de la fusión de *trou*, «agujero», y *traumatisme*, «traumatismo». (*N. del t.*)

2. Es el nombre con el que se designó, en 2013, el debate en Francia sobre el derecho de los homosexuales a contraer matrimonio. (*N. del t.*)

* El original francés dice: «papa pique et maman coud». (*N. del t.*)

OBERTURA

1. Véase *Scilicet 1*, París, Seuil, «Le Champ freudien», 1968.
2. J. Lacan, «Discurso a la Escuela freudiana de París» (1967), *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2012, pág. 299.

EL NIÑO, ¿UN SUEÑO PARA TODOS?

1. *Psychothérapie. Trois approches évaluées*, París, INSERM, 2004.
2. C. Meyer (dir.), *El libro negro del psicoanálisis*, Buenos Aires, Sudamericana, 2007.
3. Lacan explicó las razones que le condujeron a privilegiar el término *significante*: «Sustituyo la palabra “palabra” por la palabra “significante” [porque esto] significa que se presta al equívoco, es decir, que tiene siempre varias significaciones posibles». J. Lacan, «Conférences et entretiens dans des universités nordaméricaines. Yale University, 24 novembre 1975», *Scilicet 6/7*, París, Seuil, «Le Champ freudien», 1976, pág. 34.

DESEO DE NIÑO

1. J. Lacan, «Los complejos familiares en la formación del individuo» (1938), *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2012, pág. 37.
2. Véase nota 3.
3. En castellano, *rapport sexual* también puede traducirse por «proporción sexual». (*N. del t.*)
4. Es crucial, indica Lacan, que los cuidados recibidos por el niño «lleven la marca de un interés particularizado». Así, la constitución de la subjetividad implica la relación con «un deseo que no sea anónimo». J. Lacan, «Nota sobre el niño» (1969), *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2012, pág. 393.
5. J. Lacan, «Juventud de Gide o la letra y el deseo» (1958), *Escritos*, Madrid, Siglo XXI, pág. 734.
6. S. Freud. «La novela familiar de los neuróticos» (1909), *Obras completas de Sigmund Freud. Tomo 2*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1981, pág. 1.361. Y también en J. Lacan, «El mito individual de un neurótico o Poesía y verdad en la neurosis» (1952), *Intervenciones y textos I*, Buenos Aires, Manantial, 1999.
7. American Psychiatric Assotiation, *DSM-IV-R. Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*, Barcelona, Masson, 2002.
8. Centros médico-pedagógicos. (*N. del t.*)
9. Centros médico-psicopedagógicos. (*N. del t.*)
10. Los «servicios de educación y atención especializados a domicilio» intervienen con personas discapacitadas, en servicios de proximidad, principalmente en lo que respecta a la ayuda a la integración escolar.

ELEGIR EL PSICOANÁLISIS LACANIANO

1. El centro médico-psicopedagógico es un centro abierto en el barrio que tiene la función del diagnóstico y del tratamiento de los síntomas del niño. El equipo pluridisciplinar que trabaja allí está especializado en los síntomas que presentan los niños en su vida familiar, pero también escolar y social.

2. J. Lacan, principalmente en «La ciencia y la verdad» (1956), *Escritos*, Madrid, Siglo XXI, pág. 846.

3. J. Lacan, principalmente en «El seminario sobre “La carta robada”» (1955), *Escritos*, Madrid, Siglo XXI, pág. 10. Y también en «Introducción al comentario de Jean Hyppolite sobre la *Verneinung* de Freud» (1954), *Escritos*, Madrid, Siglo XXI, pág. 382.

4. J. Lacan, principalmente en «Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis» (1953), *Escritos*, Madrid, Siglo XXI, pág. 237. Y también en *El Seminario. Libro XXIV*, «L'insu que sait de l'une-bévue s'aile a mourre», lección del 15 de marzo de 1977, *Ornicar?*, n.ºs 17/18, pág. 11.

5. J. Lacan, «Discurso de Roma» (1953), *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2012, pág. 154.

6. J. Lacan, «El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma» (1945), *Escritos*, Madrid, Siglo XXI, págs. 187-203.

7. S. Freud, «Más allá del principio del placer», *Obras completas de Sigmund Freud. Tomo 3*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1981, pág. 2.507.

8. J. Lacan, *El Seminario. Libro XVII. El reverso del psicoanálisis (1969-1970)*, Buenos Aires, Paidós, 1992, pág. 82.

9. J. Lacan, «Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano» (1960), *Escritos*, Madrid, Siglo XXI, pág. 786.

10. J. Lacan, *El Seminario. Libro XXIII. El sinthome (1975-1976)*, Buenos Aires, Paidós, 2006, pág. 135. Y también en J.-A. Miller, «Un real para el siglo XXI», presentación del tema del IX Congreso de la AMP, disponible en <www.congre_samp2014.com>.

11. J. Lacan, *El Seminario. Libro XX. Aun (1972-1973)*, Buenos Aires, Paidós, 1981, págs. 34 y 127.

EL SÍNTOMA ES UN DECIR

1. J. Lacan, «Televisión» (1973), *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2012, pág. 543.
2. J. Lacan, *Le Séminaire. Livre XIX, ... ou pire (1971-1972)*, París, Seuil, «Le Champ freudien», 2011, pág. 151.
3. J. Lacan, «Nota sobre el niño», *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2012, pág. 393.

LA DEMANDA INCONSCIENTE

1. J. Lacan, *El Seminario. Libro V. Las formaciones del inconsciente*, Buenos Aires, Paidós, 1999, pág. 367.
2. S. Freud, «Más allá del principio del placer», *Obras completas de Sigmund Freud. Tomo 2*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1981, pág. 2.511. Y también en J. Lacan, «Función y campo de la palabra y del lenguaje», *Escritos*, Madrid, Siglo XXI, pág. 307.
3. J. Lacan, «Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano» (1960), *Escritos*, Madrid, Siglo XXI, pág. 793.
4. J. Lacan, «La dirección de la cura y los principios de su poder» (1958), *Escritos*, Madrid, Siglo XXI, pág. 608.

MADRES SOBREPROTECTORAS

1. J. Lacan, *El Seminario, Libro V. Las formaciones del inconsciente*, Buenos Aires, Paidós, 1999, pág. 194.
2. J. Lacan, *El Seminario. Libro VII. La ética del psicoanálisis (1959-1060)*, Buenos Aires, Paidós, 1988, pág. 68.
3. J. Lacan, *El Seminario. Libro XI. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis (1964)*, Buenos Aires, Paidós, 1984, pág. 134.
4. *Ibid.*, págs. 141-143.
5. S. Freud, «La represión» (1915). *Obras completas de Sigmund Freud. Tomo 2*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1981, pág. 2.053.
6. S. Freud, «Tres ensayos sobre una teoría sexual» (1905), *Obras completas de Sigmund Freud. Tomo 2*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1981, pág. 1.200: «Lástima que no pueda besar mis propios labios», hace él decir, con humor, al niño que buscará más tarde «los labios de otra persona», con mayor satisfacción de ser destacados en otro cuerpo que en el suyo, como lo es también el seno materno.
7. J. Lacan, *El Seminario. Libro XI. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1984, pág. 178.
8. *Ibid.*, pág. 67.
9. *Dislexiques*, «disléxicos», en francés es homónimo de *dit-slexiques*, «llamados léxicos». (*N. del t.*)
10. J. Lacan, «El Seminario. Libro XXII. RSI (1974-1975)», lección del 21 de enero de 1975, *Ornicar?*, n.º 3, pág. 107.
11. J. Lacan, *El Seminario. Libro XVII. El reverso del psicoanálisis (1969-1970)*, Buenos Aires, Paidós, 1992, pág. 132.
12. J.-A. Miller, «L'enfant et l'objet», *La Petite girafe*, n.º 18, pág. 7.

AUSENCIA O PRESENCIA DEL PADRE

1. J. Lacan, «De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis» (1957-1958), *Escritos*, Madrid, Siglo XXI, pág. 560.
2. J. Lacan, «Juventud de Gide o la letra y el deseo», *Escritos*, Madrid, Siglo XXI, pág. 732.
3. J. Lacan, «De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis» (1957-1958), *Escritos*, Madrid, Siglo XXI, pág. 539.
4. Véase el caso de Jérémie, citado anteriormente.
5. J. Lacan, «Nota sobre el niño» (1969), *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2012, pág. 394.
6. S. Freud, «Cuarta lección», Cinco lecciones sobre el psicoanálisis (1909), seguido de «Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico», *Obras completas de Sigmund Freud. Tomo 2*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1981.
7. J.-A. Miller, «Seminario de Barcelona sobre *Die Wege der Symptombildung*», *Revista Freudiana*, n.º 19, págs. 7-56.
8. J. Lacan, *El Seminario. Libro V. Las formaciones del inconsciente*, Buenos Aires, Paidós, 1999, pág. 201.
9. *Ibid.*, págs. 195 y 205.

TRAUMA Y TRANSMISIÓN

1. J. Lacan, «Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis», *Escritos*, Madrid, Siglo XXI, pág. 249.
2. J. Lacan, *El Seminario. Libro XX. Aun (1972-1973)*, Buenos Aires, Paidós, 1981, pág. 166.
3. J. Lacan, «Joyce el Sintoma» (1975), en *El Seminario. Libro XXIII. El sinthome (1975-1976)*, Buenos Aires, Paidós, 2006, pág. 160.
4. J.-A. Miller, «L'enfant et l'objet», *La Petite Girafe*, n.º 18, págs. 7-8.
5. J.-A. Miller, «Effet retour sur la psychose ordinaire», *Quarto*, n.ºs 94-95, pág. 43.

LA TRANSFERENCIA Y EL ACTO ANALÍTICO

1. J. Lacan, *El Seminario. Libro VIII. La transferencia (1960-1961)*, Buenos Aires, Paidós, 2003, págs. 223-229.
2. S. Freud, «Fragmento de un análisis de histeria (Dora)» (1905). *Obras completas de Sigmund Freud. Tomo I*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1981, págs. 933-996.
3. S. Freud, «Psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina» (1920), *Obras completas de Sigmund Freud. Tomo 3*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1981, págs. 2.545-2.563.
4. J. Lacan, *El Seminario. Libro VIII. La transferencia (1960-1961)*, Buenos Aires, Paidós, 2003, pág. 227.
5. J. Lacan, «Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela» (1967), *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2012, pág. 267.
6. *Ibid.*, pág. 267.
7. *Ibid.*, pág. 266.
8. J. Lacan, *El Seminario. Libro XI. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis (1964)*, Buenos Aires, Paidós, 1984, pág. 241.
9. S. Freud, «Teorías sexuales infantiles» (1908), *Obras completas de Sigmund Freud. Tomo 2*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1981, pág. 1262.
10. J. Lacan, *El Seminario. Libro XI. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis (1964)*, Buenos Aires, Paidós, 1984, pág. 126.

EL PSICOANALISTA Y LA INSTITUCIÓN

1. J.-A. Miller desarrolla en concreto esta problemática en su curso del año 2000-2001, «La orientación lacaniana. El lugar y el lazo», enseñanza pronunciada en el marco del Departamento de Psicoanálisis de la universidad París VIII (inédito).

2. J. Lacan, «Acto de fundación», *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2012, pág. 248.

3. S. Freud, «Pegan a un niño» (1919), *Obras completas de Sigmund Freud. Tomo 3*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1981, pág. 2465.

NO HAY CLÍNICA SIN ÉTICA

1. J.-A. Miller, «Le monologue de l'apparole», *La Cause Freudienne*, n.º 34, págs. 7-18.
2. J. Lacan, «Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis», *Escritos*, Madrid, Siglo XXI, pág. 301.
3. IPA: International Psychoanalytical Association (Asociación Psicoanalítica Internacional).
4. El término *parlêtre* se ha traducido en español como *hablanteser*, esto es, el ser que está necesariamente afectado por el lenguaje. (*N. del t.*)
5. J. Lacan, «Prefacio a la edición inglesa del Seminario XI» (1976), *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2012, págs. 599-601.
6. J. Lacan, «Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la Escuela», *Otros escritos*, Buenos Aires, Paidós, 2012, pág. 272.
7. *Ibid.*, pág. 261, y *Le Séminaire. Livre XXI*, «Les non-dupes errent», lección del 9 de abril de 1974 (inédito).
8. Véase *Obras completas de Sigmund Freud. Tomos 1, 2 y 3*, Madrid, Biblioteca Nueva. 1981.

CONCLUSIÓN

1. J. Lacan, «Respuesta al comentario de Jean Hyppolite sobre la *Verneinung* de Freud» (1954), *Escritos*, Madrid, Siglo XXI, pág. 373.
2. J. Lacan, *El Seminario. Libro XXIII. El sinthome (1975-1976)*, Buenos Aires, Paidós, 2006, pág. 135.

CONSULTE OTROS TÍTULOS DEL CATÁLOGO EN:

www.rbalibros.com

Índice

PREFACIO	5
EL INCONSCIENTE DEL NIÑO	8
OBERTURA	9
1. EL NIÑO, DESAFÍO DE LA MODERNIDAD	11
EL NIÑO, ¿UN SUEÑO PARA TODOS?	14
DESEO DE NIÑO	22
ELEGIR EL PSICOANÁLISIS LACANIANO	35
2. NIÑOS EN ANÁLISIS	44
EL SÍNTOMA ES UN DECIR	47
LA DEMANDA INCONSCIENTE	55
MADRES SOBREPROTECTORAS	63
AUSENCIA O PRESENCIA DEL PADRE	73
TRAUMA Y TRANSMISIÓN	81
LA TRANSFERENCIA Y EL ACTO ANALÍTICO	90
3. LUGARES PARA DECIR LOS VÍNCULOS	100
EL PSICOANALISTA Y LA INSTITUCIÓN	103
NO HAY CLÍNICA SIN ÉTICA	112
CONCLUSIÓN	125
BIBLIOGRAFÍA	133
AGRADECIMIENTOS	138
NOTAS	146